

Biblioteca moral y religiosa por los P. P. del Oratorio
de San Felipe Neri de Sevilla

VOLUMEN IX

Vivamos alegres

por el P. D. JOSE ROCA Y PONSÁ

Magistral de Sevilla

Con las licencias necesarias

LAS PALMAS
1933

Es propiedad de la Editorial
Canaria.—Queda hecho el de-
pósito que marca la Ley.

DONACIÓN
Cabildo Insular
de Gran Canaria

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE LA CAJON
N.º Documento 94582
N.º Copia 724804



INTRODUCCIÓN

Es mi propósito, lector amable, escribir unas cuantas páginas para demostrar que el vivir sólo es triste para el que voluntariamente se entristece o que a la tristeza se entrega. ¿Lo conseguiré? Por lo menos quiero tener, si no el mérito, la pretensión de conseguirlo, fiándolo todo en la bondad y gracia de Dios.

Vivir bajo el peso de la tristeza, no es vivir, es un morir continuo. Vivir con alegría, esto es vivir.

Hay quien afirma que la vida es muy triste, y quiere alegrarla con placeres, espectáculos, banquetes, músicas, bailes, viajes de recreo, entregándose totalmente a la vida exterior de los sentidos; como si de este conjunto de cosas pudiera derivarse la alegría del corazón. Se han desviado y no consiguen lo que se proponen: algún rato de placer sensible, otros de distracción, alguno que otro muy breve de olvido pasajero de los males que se soportan: esto es lo único que consiguen. Pero la verdadera alegría, la alegría de corazón, la que nace y permanece en el interior, en el alma, ésta es desconocida y aún se considera imposible.

Para conseguir la verdadera alegría es indispensable querer; querer con confianza, querer de veras, quitando, en cuanto esté de nuestra parte, lo que la impide o mata y poniendo lo que ciertamente la ha de hacer germinar y conservar viva en nuestro espíritu.

A esto tienden las observaciones que, si te place, lector discreto, leerás a continuación.

Dichoso me sentiría, si consiguiera matar la tristeza y engendrar la alegría en algún corazón.

Te desea una alegría imperturbable en el Señor el que tendría honra en ser tu amigo,

EL AUTOR



CAPITULO PRIMERO

DIOS NOS QUIERE ALEGRES

Hay una preocupación que impide gozar de la alegría del vivir, y consiste en pensar, creer o decir que son incompatibles la alegría y la piedad.

Practicar lo que Dios manda, privarnos de lo que le ofende, vivir en espíritu separados del mundo, está en oposición con el goce de la alegría, o sea con lo que se llama la "vida alegre". La razón, el estudio psicológico del ser humano y la experiencia de todos los tiempos con luz meridiana demuestran que nada hay más triste y desesperante que la "vida alegre", y nada que llene tanto de contento, consuelo y sólida alegría como lo que el mundo llama, sin conocerla, la vida triste y melancólica de la piedad.

Dios no quiere ser servido por almas tristes, quiere que cumplamos su ley y le amemos con alegría de corazón. Alegraos en el Señor y saltad de júbilo, oh justos, y llenaos de gloria todos los que obráis rectamente. El real profeta David nos exhorta siempre a cantar con alegría las alabanzas del Señor.

Cristo Señor Nuestro llama felices o bienaventurados a los que viven según el espíritu del evangelio. San Pablo dice a los fieles: gozad, otra vez os digo gozad. No quería, pues, cristianos tristes.

En los libros. Sapienciales se nos dice que el Señor es el que nos dará gozo y alegría y que una alegría sempiterna acompañará a los justos.

San Pedro nos dice que nos alegremos con la esperanza. Se nos convida á alegrarnos todos los que esperamos en Dios; y el alma piadosa, le dice al Señor me alegraré y saltaré de júbilo en tí.

Contra la tristeza nos dice Dios: arroja lejos la tristeza, porque la tristeza mata a muchos y ninguna utilidad reporta. No quiere Dios almas tristes; al que da con alegría ama el Señor.

La tristeza, nos dice en otra parte, es causa de todo mal; y luego añade: la tristeza apresura la muerte.

No quiere el Señor que estemos tristes, sino alegres.

Alegraos en el Señor y gozaos, justos, y gloriaos todos los que tenéis recto el corazón.

Todos los que buscan al Señor salten de júbilo y se alegren: Servid a Dios con alegría.

En la casa de los justos suenan voces de júbilo y alegría.

Ciertamente, aún dejando aparte muchos otros lugares de la S. Escritura, dos cosas se ven aquí: una que Dios no quiere servidores tristes; pues más bien le molestan cuando oran o practican su ley tristes y aburridos. La segunda, que los buenos, los justos, los cumplidores de la ley siempre están alegres. Se alegrará el justo en el Señor. Todo esto está contenido en la revelación, es la palabra de Dios, y no es lícito dudar de ella.

Es, después de todo, una verdad de sentido común. ¿Quién no sabe que una conciencia recta, tranquila y en paz ha de dar sumo contento, inalterable al que la posee? La limpieza de corazón es poderosa para quitar de en medio todo lo que puede contristar al alma.

Ciertamente está alegre el que obra bien.

Hay una relación íntima entre obrar bien y la alegría, como hay una relación estrecha e irrompible entre la tristeza y el obrar mal. ¡Tan lejos está de ser triste una vida buena, cristiana y piadosa!

El corazón malvado causa tristeza, dice el Espíritu Santo, y se nos revela en Caín el fratricida. Cuando se apoderó de su alma la envidia, se llenó de tristeza, malestar, ira y odio. Al fin, no es otra cosa la envidia que tristeza por el bien ajeno: tristeza al fin. Al contrario, la caridad y el amor nos hace gozar con el bien del prójimo, que hacemos nuestro: nos proporciona alegría. El mismo Dios le decía a Caín para enderezar su vida, antes que cometiera

el crimen: si mal hicieres, luego a la puerta está tu pecado, dando golpes para entrar a atormentarle:

La razón de esto es porque no hay mayor pena, ni mayor castigo, ni cosa que nos entristezca más que una mala conciencia, que siempre justiciera muerde en el interior, aunque tratemos de disimularlo por fuera.

¿No quieres estar triste? Dica San Bernardo, vive bien, porque la buena vida nos da gozo.

El Discípulo amado nos dice: Si la conciencia no nos reprende, tenemos gran confianza en Dios, pues está contento de nosotros, y nosotros alegres con tal pensamiento.

Está la buena vida en la práctica de los Mandamientos de Dios, y de éstos nos dice el Real Profeta que son en sí mismos tanto más apetecibles que las piedras preciosas y más dulces que la miel y el panal. Quien los practica no puede menos de gozar de muy honda y subida alegría. Y es tal la dulzura del cumplimiento de la Santa Ley de Dios, que endulza hasta las amarguras, los trabajos, las enfermedades que hemos de soportar en este valle de lágrimas.

No hay cosa que más nos alegre como una buena y pacífica conciencia. Lo dice el Espíritu Santo: la luz brilla para el justo y la alegría para los que tienen un corazón recto.

Lo contrario se dice de los impíos que andan en tinieblas; quebrantamiento de corazón se halla en sus caminos, y no conocieron la senda de la paz.

Estas son palabras de Dios que de ninguna manera pueden apartarse de la realidad y de cuya verdad es abonado testigo la cotidiana experiencia.

Tan lejos está la piedad y una buena y delicada conciencia de entristecer el alma que más bien es el único medio de poseer siempre una plácida y constante alegría, que nada, ni nadie puede arrebatarse, porque se identifica con el alma, unida a Dios.

Quien sirve a Dios sabe que es de Dios amado, y teniendo en cuenta lo que Dios es, infinito, omnipotente y amabilísimo; y lo que somos nosotros pobres criaturas, pendientes de El, causa profunda alegría el saber que nos ama y que está contento de nosotros.

Por otra parte, es natural y lógico que quiera el Señor ver alegres a los que le sirven, porque esto es servirle con buena voluntad y amor. Y pudiendo El, que es el dueño ab-

soluto del alma comunicarle esta honda y gratisima alegría, ciertamente que lo hará y no permitirá que sus amigos vivan sumergidos en un mar de melancolía y tristeza.

Lo que quiere Dios lo hace, y pues quiere ser servido con alegría, El en alegría baña suavemente a sus siervos.

De donde se sigue que el vivir sin piedad, y más rebeldes contra la voluntad de Dios es el impedimento más fuerte, el impedimento por antonomasia, de la verdadera alegría del hombre.

Se ha dicho que servir a Dios es reinar, y es verdad, porque es reinar sobre las pasiones, sobre el mundo y sobre el infierno, como verdaderos dueños y señores, aún acá en la tierra. Nadie más libre y señor que el humilde siervo de Dios.

De igual manera puede decirse que el servir a Dios nos da la alegría del vivir. Creo que quedará demostrado en los capítulos siguientes.



CAPITULO II

¿En qué consiste la verdadera alegría?

1.º Se engañan muchos hombres cuando buscan la alegría en las cosas exteriores. No está en ellas, sino en nosotros; no en lo exterior, sino en lo interior. Podrán algunas cosas complacernos y agradarnos; pero esto no es la alegría; pues si lo fuera, no duraría mucho, porque o acababan por desagradarnos, produciéndonos hastío, o se acababan y fenecen y nos causan harta pena.

2.º La alegría es un estado del alma, estado de perfecto equilibrio en sus facultades racionales, del cual procede una vida tranquila, plácida y contenta. El desequilibrio es violento, intransigente, causando la exaltación de la ira, con un lánguido abatimiento. La alegría es imposible.

Decía San Agustín que la paz es la resultante del orden, y como el orden procede del equilibrio de todas las energías que encontramos, lo mismo en la vida individual que en la de familia, que en la sociedad, y con el desequilibrio es imposible la paz, porque es imposible el orden; así también es imposible la alegría con el desequilibrio que produce un malestar interior, intenso, incompatible con ella. La paz interna en el hombre, esta en la alegría.

Si alguna pasión domina, no hay orden, no hay paz, no es posible la alegría. El buen uso de la razón, la adhesión de la voluntad al bien, el amor puro y noble del corazón,

la imaginación regulada, las concupiscencias sometidas, juntamente con la sumisión de nuestra inteligencia a la Razón eterna de Dios; esto es el equilibrio y el orden en nosotros, esto es la santa paz interior que nada ni nadie puede alterar; esto es la verdadera alegría, que ningún atropello puede perturbar.

3.º No hay que confundir la alegría con el placer. Este es parcial y pasajero y no está refrendado con la tristeza o melancolía. Es parcial, porque afecta ordinariamente a una facultad o potencia; así es el placer sensible; así también el del corazón al sentirse amado por la criatura; así el de la inteligencia al descubrir una verdad antes ignorada; así el placer producido por una notable ganancia material o por haber obtenido un destino elevado y pingüe.

El placer es pasajero de suyo, como el sensual, o por el hastío producido con la posesión, o por el conocimiento que adquirimos de su vanidad.

Tampoco el placer destierra o mata la tristeza o melancolía, pues cualquier placer sensible, como el del gusto o del tacto, en nada influye para quitar la tristeza o melancolía que embarga el ánimo.

Se refiere la siguiente anécdota: Se presentó a un famoso médico un hombre de la clase media, bien portado y le dijo: Vengo a usted para ver si puede acabar con la tristeza o melancolía que me devora y me mata. Después de indicarle diferentes medios que en otras ocasiones habían influido para arrancarlo del todo o disminuir la tristeza en otros clientes, viendo que todo resultaba ineficaz e inútil, se le ocurrió al doctor decirle: Vaya usted a tal Circo y no podrá menos de reírse y gozar con las habilidades del clown, que es la delicia de toda la ciudad.

—Este no es remedio para mí, pues el clown soy yo.

Esto demuestra lo que estamos diciendo, a saber, que la alegría verdadera no está en el placer, ni en las cosas exteriores, sino en lo dicho arriba, en el equilibrio de nuestras facultades, en el orden, en la paz del alma y por consiguiente de la conciencia.

4.º La tristeza mata la alegría, o le cierra las puertas para que no llegue, para que no se apodere del alma. ¿De dónde proviene la tristeza? De las contrariedades que sufrimos, de los disgustos que nos dan, enfermedades que no sobrellevamos con paciencia, o la negación de nuestra voluntad. Es, pues, la tristeza un malestar producido por

las cosas internas o externas que nos molestan o fastidian, sin que podamos librarnos de ellas, o bien mientras de ellas no nos libramos.

Como en la presente vida los males que nos aquejan son muchos e inevitables, no hay otro camino para estar alegres que recibirlos bien, con paciencia, con mansedumbre, con resignación, con entera conformidad, con la voluntad de Dios. La paciencia y aún la resignación en los males y trabajos de la vida nos proporciona tranquilidad y mantiene el alma serena. Pero esto no es la alegría, aunque sea una preparación para llegar a ella.

La alegría procede, en estos casos, de dos cosas, a saber: ver la mano de Dios en todo lo que nos sucede, próspero o adverso, y conformarnos con este querer o voluntad divina.

La primera no es una cosa fantástica, una ficción de nuestra mente; es una verdad que la razón demuestra y la fé con claridad suma enseña y confirma.

En efecto, Dios como causa primera, está en todo, y nada puede moverse sin El. Su gobierno o Providencia alcanza hasta lo más pequeño, sin que haya cosa que pueda sustraerse a ella. La naturaleza con todos los fenómenos que nos favorecen o perjudican, bajo la acción gobernadora están y El los encamina de suerte que nos favorezcan todos, porque de todos podemos sacar un gran bien moral, que es el bien nuestro por excelencia en la presente vida. Agradecidos a los prósperos y sirviéndonos de los adversos para llorar nuestros pecados o desprendernos de lo terrenal; todo lo encamina Dios á nuestro bien.

Y hasta los males que nos acaecen, procedente de la malicia de hermanos nuestros, provienen de Dios, no en cuanto son pecados, sino en cuanto son acción; y permite el mal, porque nos conviene, llevándolo bien, aunque a nuestro corto alcance se oculte.

Nada sucede que no esté ordenado por Dios, y siempre para nuestro bien. No nos quiere mal el Señor, antes nos ama tiernísimamente y no le falta sabiduría para conocer lo que nos conviene, ni poder para procurarlo, ni amor para llevarlo todo a feliz término.

Tal es la primera grande y trascendental verdad que hemos de tomar como base de nuestra existencia y vida moral, y habremos dado un paso de gigante para conseguir la verdadera alegría.

5.º Lo segundo, complemento de lo primero, es conformar nuestra voluntad con la voluntad de Dios, lo mismo en lo próspero que en lo adverso.

Nada más santo, nada más cómodo, nada más alegre que conformarnos en todo con la voluntad de Dios, de suerte que queramos siempre y en todo lo que El quiere y rechacemos con todas nuestras fuerzas lo que a su soberana voluntad no place.

Nada más santo que unir nuestra voluntad a la de Dios, que es del todo santa. Cuando nuestra voluntad anda suelta, por su propia cuenta, no sabemos si acierta, constándonos, en cambio, que muchas veces, ciega se arroja al mal, que la enferma. Pero cuando sólo quiere lo que quiere Dios y lo que es conforme con su voluntad, estamos seguros de acertar, de amar el bien y siendo nuestra voluntad la voluntad de Dios, resulta santa, participante de la santidad divina.

Por otra parte, es una obligación ineludible, que como criaturas tenemos. Nuestra voluntad es criatura de la voluntad divina, y le está sometida, como toda criatura a su Creador. Si no se somete libre y espontáneamente será rebelde y tendrá que someterse sin réplica, ni excusa al castigo que la voluntad soberana le imponga. Dentro del orden no podemos ni debemos querer más que lo que Dios quiere. Y siendo así, nuestra voluntad es recta y se ajusta al derecho.

Nada hay, después de todo, más cómodo; pues nos ahorra mucho trabajo y grandes vacilaciones, comunicándonos la certeza absoluta de que obramos rectamente.

La única dificultad podría consistir en no conocer cuál es la voluntad divina, pero por su infinita misericordia nos resulta clara: las leyes morales y religiosas en las que la voluntad divina se revela, bien conocidas nos son; y tratándose de hechos recordemos lo dicho, a saber: que en todo lo que acontece en el orden físico, en el moral y en el social, bueno o malo, en todo resplandece la voluntad de Dios.

No hay más, por consiguiente, que rendirnos a ella; que para nuestro bien es todo lo que nos sucede, como arriba explicamos.

En fin, en hacer en todo la voluntad de Dios está nuestra alegría; porque, viendo a Dios en todo, nos acogemos con gusto a su voluntad. Nada nos turba, nada nos espan-

ta; pues estamos seguros que ni una hoja del árbol se mueve, ni un mosquito nos pica sin la voluntad de Dios, que en cuanto hace sólo busca nuestro bien.

Quien así mira la cosas está siempre contento; porque siempre hace la voluntad de Dios; y no hay un motivo mayor de alegría que saber que el Señor está contento con nosotros.

No excluye esta alegría el dolor, la enfermedad, la persecución, los trabajos; pero sin dejar de sentirlo y muy vivamente en ocasiones, se padece con alegría, porque Dios lo quiere.

6.º Lo que no es esto, lo que es apartarnos de esto, es sufrir sin consuelo, es vivir una vida amarga. Es imposible que esté sin sufrimiento nuestra vida, es imposible que siempre y en todo se haga nuestra voluntad. Y siendo así la vida, abundarán las penas y tribulaciones y se juntará el mal humor por lo que sufrimos o la antipatía y enemistad con los que creemos culpables de nuestras desazones; por lo cual el corazón rebosará amargura. Si no vemos la mano de Dios en todo, y no ajustamos nuestra voluntad a la suya en cuanto nos aconteciese, no podremos jamás estar contentos, nunca descenderá la alegría a nuestra alma para iluminarla, ni su aroma para perfumarla, ni su gusto para regalarnos.

Por esto no puede estar ni está la alegría en una voluntad pegada a las riquezas, a los placeres, a la vana estimación de las criaturas; porque en todo esto no hallará más que pesadumbre, antes de conseguirlo; desengaños, ilusiones marchitas, luchas con nuestros semejantes. Cuando se consiga lo que se pretende se sentirá fastidio, cansancio, aburrimiento. Pero, ¿es esto alegría? ¿Puede cohabitar la alegría con semejante compañía?

Por esto nadie más alegre que los santos; nadie más infeliz, nadie más turbado, nadie más insoportable en su trato, que los que pretenden que siempre y en todas partes se haga su voluntad, sedientos y hambrientos de todo lo sensible y mundano.

Vivamos siempre alegres queriendo lo que Dios quiere y amando lo que El ama.

Hombres quiere el Señor que le sirvan amantes y alegres.

“Datorem hilarem diligit Deus”. Ama Dios al que da, y más aún al que se da con alegría.

CAPITULO III

El amor de Dios y la alegría

1.—No hay alegría posible sin amor. La adhesión de la mente humana a la verdad, agrada y satisface; pero sin la acción de la voluntad, sin el amor, no podemos decir que hay alegría.

La unión de la voluntad con su objeto, que es el bien, esta unión que es amor, causa verdadera alegría.

Amar y ser amado; unión con amor puro, espiritual, siendo correspondido con igual amor, esto es lo que alegra la vida.

Si nuestro corazón no ama, está seco, árido, frío, muerto; y con un corazón así la alegría no existe, se desvanece, se esfuma en seguida, si es que llega a asomarse. Pero si amando no hallamos correspondencia se siente desfallecido, desilusionado, marchito el corazón.

Amar con amor racional, espiritual, puro e intenso y sentir este amor correspondido de igual manera, en esto está la suave, dulce y santa alegría.

El que no ama está dominado por el egoísmo, y el egoísmo ni es alegre ni causa alegría a los demás. Es el enemigo del orden, de la tranquilidad, de la paz; es el choque con todo lo que a él servilmente no se acomoda. Es, pues, causa de un inquietante malestar, enemigo de toda alegría. Fuente de alegría es el amor.

2. Según sean los quilates del amor, así será nues-

tra alegría. Cuando el alma humana rebosa amor hasta el punto que todo en ella es amor, y ama así a un Amor infinito, con el cual se junta y funde el nuestro, entonces la alegría de amar y ser amado llega a una altura inconcebible, alcanza profundidad insospechada y enajena del todo al feliz amante.

Tal es el amor a Dios del alma, tal el amor al alma de nuestro Dios.

2.--Fuente inagotable de alegría es el amor a Dios. Es un amor que le debemos por ser el Sumo Bien, al cual, como a su propio objeto, tiende naturalmente la voluntad. Es el Creador y le debemos todas las actividades de nuestro ser, y una de las principales es el amor. Se lo debemos porque es nuestro Bienhechor único; pues todo el bien que en nosotros hay, de El misericordiosamente dimana. Se le debe amor, porque se ha dignado mandárnoslo, y la criatura debe ser obediente, sumisa a su Creador. Se lo debemos, en fin, por los innumerables beneficios que el Amor le ha impuesto, al encarnarse, al nacer, y vivir, padecer y morir gratuitamente para redimirnos y salvarnos. Es un amor infinito que nos ha amado antes que nosotros pudiéramos amarle.

¿Cómo debe ser nuestro amor a El? A un amor infinito no se le ama como es debido, si no es amado con todas las energías de nuestro ser, y sobre todos los amores de las criaturas. ¿Por qué? Por ser el Bien Sumo y las criaturas una pequeñísima participación de este Soberano Bien, en el cual tiene a su fundamento. Es razonable que amemos menos lo que vale menos, y más, y por encima de todo, al que es origen y sostén de todo lo que es ser y verdad y bien de las cosas. Amarlo menos, lo contingente, lo participado, tanto como el Sumo Bien y quizás más que a El, es un absurdo en el terreno ideológico y una locura en el orden práctico de la vida.

Siempre que cedemos a la pasión, cualquiera que sea, y quebrantamos la ley de Dios, amamos más a la criatura que al Criador, abismándonos en el absurdo y en la locura dicha.

Hay, además, un precepto formal y gravísimo, alma de todos los demás: amarás al Señor tu Dios con toda tu mente, con todo tu corazón, con toda tu alma y todas tus fuerzas; y le amarás muchísimo más que a todas las cosas, y todo lo amarás en El y por El.

Es un precepto de amor, cuyo cumplimiento entraña el más grave deber. Así como el ser amado Dios por sus criaturas es el primer derecho de Dios en relación con las obras de sus manos.

¡Triste cosa que se quebrante tan razonable, consolador precepto, pisoteando el soberano derecho de la divina voluntad, rondenándose el hombre a un mal estar horrible y a una desviación envilecedora y a una corrupción que espanta, y envenena nuestro corazón!

¡No amar a Dios! ¡Posponerlo a las criaturas! Rebelarse contra El nuestra voluntad! ¿Qué puede esperarse de todo este conjunto de miserias? ¿Satisfacción, contento, alegría? Todo lo contrario.

Si no hay alegría sin amor, ¿qué alegría podrá sentir quien destierra de su corazón el amor de los amores, el amor al Dios amor, por dejarse prender en las redes de miserables criaturas, o por entregarse a la feroz dictadura del amor propio?

3. El alma cristiana sólo se entristece cuando ha ofendido a Dios, y aún más, cuando se halla dominada por una pasión pecaminosa. Entonces, si por una parte quiere gozar, por otra padece angustias terribles, porque no le satisface el pecado, siente su esclavitud y se avergüenza de no amar a quien tanto nos ama.

Se perdió la alegría, la quietud, la paz, y se pasa la vida nublada, gris, triste y melancólica. Ha perdido la libertad, preso de la tirana pasión, esclavo de Satanás y no puede vivir en cadenas, ni estar alegre cantando al son de los hierros que le aprisionan. Gime por no ser libre y no se siente con fuerzas para romper las ignominiosas cadenas y recobrar la santa libertad de los hijos de Dios.

No hay alegría posible, porque no hay en su corazón el suave y dulce amor divino.

En el pueblo cristiano no reina, por desgracia, en muchos la sólida, arraigada, santa y suave alegría, porque hay poco amor y mucha indiferencia, y por esto se busca la alegría donde no está, en el cine, en los teatros, en los bailes y en otros espectáculos y pasatiempos semejantes. Y como estos espectáculos no pueden dar lo que no tienen, proporcionan un instante de placer, más o menos sensual, dejando el desengaño, la melancolía y la amargura en el fondo del alma.

Falta amor, y por esto falta la alegría perenne que

sienten los espíritus enamorados de Dios. El amor a Dios es la verdadera alegría. Probadlo y lo sabréis; con gusto lo confesaréis.

4. Tal vez alguno observe que el amor exige sacrificio, y que con el sacrificio es imposible la alegría, porque con él se violenta la naturaleza.

Ciertamente que el amor exige sacrificio; pero éste, que acrecienta el amor, acrecienta también la alegría.

El amor se goza en el sacrificio, porque es la manera más adecuada para manifestarse; y porque puede afirmarse que el sacrificio arranca de las mismas entrañas del amor.

Así se ve en los santos, los grandes amadores, los de corazón seráfico, los de espíritu ardiente, que nunca están más contentos que cuando viven crucificados con Cristo.

Véase lo que por experiencia propia, mientras estaba, quizás, sufriendo la mayor pena de su vida, dolorosísima, decía Santa Teresita del Niño Jesús:

“No se encuentra la alegría en los objetos que nos rodean, reside en lo más íntimo del alma. Lo mismo podemos gozar de ella en las profundidades de una obscura cárcel, que en un palacio real. Así es que aún en medio de las pruebas exteriores e interiores, soy más feliz en el Carmen que en el mundo, donde nada me faltaba, particularmente las dulzuras del hogar paterno.”

La pena y el dolor embriagan a las almas amantes. Los que huyen del sacrificio y temen la cruz, éstos aman muy poco, o sencillamente no aman.

El sacrificio es la sangre y la vida del amor; es su alimento, su aroma, es como el color de púrpura en que se envuelve, es el fuego que le abrasa, es el manjar de que vive.

Decir amar es decir sacrificarse, y por esto, si el amor es causa de alegría, para el verdadero amante lo es el sacrificio también.

4.—Por esto, el gran foco de amor a Dios y a los hombres es el benditísimo Corazón de Jesús, que se nos ha revelado coronado de espinas y rematado con la santa cruz; pero cruz y espinas envueltas en las llamas vivísimas y abrasadoras que brotan de su Corazón llagado y abierto.

Se nos ha revelado en estos últimos tiempos para inflammar a los hombres con su amor, porque quiere alegrar

nuestro espíritu, contentar su vida tan triste por el pecado.

El hombre se ha perdido por falta de amor. Por esto no hay más que egoísmo, discordias, odios y guerras. Con este conjunto de males y sin amor, ¿dónde encontraremos la alegría?

El Corazón benditísimo de Jesús ha venido a alegrarnos con su amor, deseando que prenda en los corazones.

Y nos advierte que las espinas y la cruz con amor perfeccionan al hombre, le equilibran, le elevan, le ennoblecen, le hacen feliz, proporcionándole una alegría que nada ni nadie le puede arrebatar.

Cuando el Corazón de Jesús reine en nuestro corazón, reine en la familia, reine en la sociedad, la alegría inundará la tierra.

Quien más ama al Sagrado Corazón de Jesús más desea sacrificarse por El y por el prójimo, y amarlo más y más. Quien más se sacrifica más goza.

Sin amor a Dios no hay sino tristeza y pesadumbre. Según es el amor a Dios así es la alegría.



CAPITULO IV

La alegría de la fé

1. La fe no deprime, ni envilece, ni vela a la razón ni corta sus alas, como dicen sus enemigos, creyéndolo o no creyéndolo los librepensadores; antes por el contrario, vigoriza nuestra facultad intelectual, extiende y dilata el horizonte de nuestros conocimientos y comunica una certidumbre de las verdades del orden moral, que sin ella flaquea mucho o totalmente desaparece, vacilando la mente humana en discutidas opiniones, ineficaces para ordenar la vida humana.

Siendo la fe virtud sobrenatural, eleva y robustece la potencia intelectual. Siendo un conjunto de verdades reveladas nos proporciona una cultura superior, inesperada. Estando garantida por la palabra de Dios, tiene una certidumbre de que carecen los demás, conocimientos naturales, que no estén contenidos o no se desprendan claramente de las verdades reveladas.

Luego es evidente que la fe aumenta las energías de la razón, la ilumina, la enriquece y le proporciona el descanso tranquilo en la verdad, gozando de completa certeza en su posesión.

Resulta, pues, un elemento esencial de la alegría, que sólo puede fundarse en la verdad y en su plena y pacífica posesión.

No basta, sin embargo; pero es indispensable, porque

sin la fe no hay verdad cierta en el orden moral, que es el orden de la vida humana.

Todo son vacilaciones y opuestas teorías en dicho orden sin la santa fe, y con estas dudas y vacilaciones nunca puede estar contento el hombre en lo que piensa y en lo que practica. Y sin este contentamiento, ¿cabe gozar de alegría?

2. Nos enseña la fe que debemos practicar los preceptos y leyes que gobiernan nuestra voluntad. Los conocemos de manera certísima, como las demás verdades reveladas, sin dudas ni vacilaciones. Dentro de la fe no cabe la incertidumbre, ni tampoco la ignorancia, no siendo afectada, porque es lo primero que se nos enseña, diciéndonos que pecamos gravemente si no queremos aprenderlo.

Ley conocida y ley cumplida, tal es la verdadera alegría que debemos a la santa fe.

Sin practicar lo que por la fe conocemos hay un grave desequilibrio en nuestro ser, porque consistiendo el equilibrio en el acuerdo entre la cabeza y el corazón, entre la razón y la voluntad, entre lo que creemos y practicamos, entre nuestro pensamiento y nuestra vida, resulta un desequilibrio inquietante, una lucha tremenda entre lo que creemos y lo que hacemos, entre nuestra fe y nuestra vida; causando mil desazones, disgustos, luchas interiores y un malestar íntimo que no puede ser desechado. El alma está como eclipsada o entenebrecida, el corazón amargo y la conciencia roida por el gusano del remordimiento.

La alegría proviene del conocimiento sobrenatural de la Ley que nos da la fe y de su fiel cumplimiento. El que no practica la Ley que por la fe conoce es un desdichado pecador, y para el pecador no hay paz ni alegría.

La fe viva, la fe con obras, porque sin obras está muerta, es luz vivísima que ilumina al mundo sobrenatural y aclara también el natural. No hay región intelectual a la que no llegue con su prodigiosa virtualidad: es un sol al que nada se esconde. Es Cristo, luz del mundo que ha dado principio a un nuevo día que destierra la negra noche.

Esto es la fe, la doctrina del divino Maestro, del único verdadero maestro del humano linaje.

... Y cómo se entristece el ánimo, cuando fenece el día, al ocultarse el sol; así se entristece el alma cuando la fe se oscurece en nuestra mente; pero la alegría renace al afir-

marse en nosotros la fe, ilustrada con el estudio y la meditación.

Conste, pues, que la fe es causa de nuestra alegría.

3. Mas la fe debe sernos garantizada, no porque lo necesite ella, que es cierta y evidente en sí misma, por ser la palabra de Dios, sino para que a nosotros conste que es la divina palabra y su recto sentido, el mismo sentido en que el divino Maestro la haya enseñado.

¿Dios ha revelado? ¿Qué es lo que ha revelado Dios? ¿Qué sentido ha querido dar a sus palabras?

El hombre tiene el triste privilegio de discutirlo todo, de poner dificultades a todo y de enfrentar opiniones propias a opiniones ajenas; de donde se sigue un fatal escepticismo práctico.

¿Hay revelación? No son pocos los naturalistas que la rechazan. Debe haber una autoridad que nos cerciore de su existencia.

¿Qué es lo revelado? También se discute y en medio de mil herejías no sabríamos lo que es revelado, si no hubiera una autoridad que nos lo enseñara. ¿Qué es lo que quiso expresar el Espíritu Santo con las palabras reveladas? Nuevas discusiones, nuevas contradicciones, poniendo la palabra o sentir del hombre en lugar del sentir de Dios. A no ser que nos cerciore de este divino sentir una autoridad suprema e infalible, constituida por el mismo Dios.

Sin esta autoridad que nos garantiza la Revelación en su existencia, conservación y recto sentido, no hay fe, y por consiguiente, tampoco alegría.

Luego la autoridad que nos da la perfecta inteligencia y certidumbre de la fe es necesaria de todo punto para que con certeza plena estemos en posesión de la santa fe, rico y fecundo manantial de alegría.

4. Así se ve con claridad meridiana la necesidad del magisterio infalible de la Iglesia para que haya verdadera fé.

Sin esta autoridad, domina la razón individual, el libre examen, que siempre en cada uno discrepa de los demás y aún de sí mismo, nunca satisfecho, nunca contento, jamás alegre. La razón es evidente, los que se dejan guiar por su razón individual carecen de fé, porque no es fé lo que cada uno piensa; antes es fé pensar y adherir nuestro pensamiento al de Dios.

Y sin fé está muy lejos la alegría del alma, porque le

falta la base indispensable: la verdad conocida y practicada.

¡La alegría del creyente! El creyente tiene la razón unida a la razón eterna y participa de sus esplendores. Luz del cielo le alumbra, plácida, tranquila, sosegada, sin celajes ni eclipses. Es luz que brilla sin que la oscurescan los nubarrones tormentosos que levanta el desorden pasional.

¡La alegría del creyente! El creyente piensa como Dios, y posee la verdad de Dios con la misma firmeza con que la posee Dios; todo por participación. Es una placentera comunicación con la Verdad suma que la baña; al paso que esta luz haciendo feliz el alma, vuelve a su origen, a saber al foco luminoso, infinito que es Dios.

Bien convencido estaría a su costa aquel filósofo que exclamaba: ¡Quién pudiera creer! Las ciencias, las Artes, las costumbres públicas y privadas todo lo baña, todo lo ilumina, todo lo compenetra la luz bendita de la santa fé; por esto, cuando es creyente una nación reina en ella la fé con pensamientos elevados, hazañas heroicas y glorias purísimas, el orden, la paz, el amor; es decir lo que da y causa la verdadera alegría.

¿Quieres estar alegre? Cree: profesa y practica una fé viva.





CAPITULO V

La esperanza y la alegría

1.—Los gentiles entendieron, a su modo, el gran bien de la esperanza, como el único bien que podemos gozar en la presente vida. La fábula de Pandora, que era otra de las creencias paganas, pone de relieve esta verdad.

Pandora, primera mujer, recibió de los dioses una caja cerrada, prohibiéndole que la abriera, porque iba mucho en ello. Lo prometió la mujer; pero estando sola se entretuvo en mirarla y a observar si tenía algún resquicio por donde enterarse de su contenido. Todo fué inútil. Intentó luego levantar un poquito la tapa y pegar los ojos a la pequeña abertura; pero por lista que anduvo por cerrar de nuevo la caja, ya se habían escapado muchas avecillas, todas menos una. La única que quedó fué la esperanza: todos los bienes habían volado.

La fábula, como se ve, es una reminiscencia borrosa del pecado de Eva con el que perdió ella y su descendencia todos los bienes, quedando sólo la esperanza en la promesa de la redención que se dignó hacerle el Señor para cumplirla y consolarla.

2.—Elemento esencial de nuestra alegría es la esperanza, en medio de los males sin número que nos afligen.

Y la esperanza en el Redentor anunciada por Dios claramente y depositada en el corazón de nuestros primeros padres, fué el único bien de que pudieron disfrutar los hombres creyentes.

Realmente es la esperanza única del mayor bien, del bien que consiste en obtener el perdón de nuestras culpas,

en la restauración de la humana naturaleza, en la victoria contra nuestros enemigos, en la paz y el amor en este desierto y la bienaventuranza plena en la vida futura por toda la eternidad.

Sin el Redentor nos angustian las torpezas de nuestra mente, los desequilibrios de nuestra voluntad, los egoísmos de nuestro corazón, las enfermedades de nuestro cuerpo, las violencias y desórdenes de nuestras pasiones, los tristes efectos de la envidia, del odio, de la maledicencia, de la ira y venganza de los hombres nuestros hermanos, los fenómenos de la naturaleza física, los ataques de los criminales, y otros muchos sufrimientos que nos causamos nosotros mismos.

Sin Cristo ninguno de estos males tiene remedio adecuado; siendo la vida un martirio sin gloria, causando una tristeza que mata o llevándonos a una horrible desesperación. Es El quien nos lo dá todo, quien nos ha de enriquecer y dar vida con todos los bienes, y librarnos de los males, coronándonos con el laurel de la victoria y acumulando en nosotros sus méritos.

3.—La esperanza tiene por objeto un bien de que carecemos, que creemos posible y que está a nuestro alcance, hoy, mañana o en otro tiempo. El bien poseído no es esperado, como tampoco el que consideramos imposible conseguir. La esperanza, en este caso, se desvanece, o es una locura. Si el bien esperado es muy difícil de alcanzar, la esperanza es muy débil.

Todas las gracias que nos concede Cristo, gracias son; pero podemos esperarlas y aún debemos, antes de recibir-las; y después todavía esperamos conservarlas y acrecentar-las. Y, además y sobre todo, confiando en la misericordia de Dios, que perdonará nuestros pecados, esperamos alcanzar por los méritos de Cristo la vida y felicidad sempiterna. Esta esperanza es nuestra verdadera alegría. El cielo, la esperanza del cielo es lo que nos hace soportar con alegría todas las molestias y dolores de la vida terrestre.

Pensar que los mayores sufrimientos pasan y que podemos convertirlos en méritos para nuestra salvación; y que tanto mayor será nuestra gloria, cuanto más duros hayan sido ahora los trabajos soportados resignadamente y con plena conformidad con la voluntad de Dios; tanta será la intensidad de nuestra dicha en el Edén celestial. Todo esto nos comunica fortaleza para soportarlo bien y nos

produce gusto y alegría espiritual, sin que desaparezca el dolor. Es sacar del dolor consuelo y alegría, con la esperanza de la felicidad sempiterna. La esperanza del cielo es nuestra verdadera alegría.

El sapientísimo San Basilio fué amenazado por el emperador Valente de ser arrojado al mar y el santo doctor contestó muy tranquilo: me es igual ir al cielo por mar o por tierra.

4.—La gran obra de Nuestro Señor Jesucristo consiste en la transformación del dolor, consiguiendo que surja de sus entrañas la alegría.

No ha habido sabio o filósofo en el mundo, ni institución religiosa, científica o política, ninguna escuela ha conseguido, ni pensado siquiera en esta asombrosa transformación. Se inventan trazas para evitar el dolor, o para aliviarlo, o para matarlo; pero, aparte de que son casi siempre estériles estas trazas, a nadie se le ha ocurrido santificarlo y convertirlo en bien, haciéndolo apetecible a las almas superiores, que en Cristo quieren padecer o morir, o bien, padecer y no morir.

La cruz del Redentor ha obrado esta maravilla, muy superior a nuestra naturaleza. Sufrir, padecer por Dios es el regalo de los espíritus fuertes. Padecer lo que quiera que sea y gozar a la vez de la santa alegría, sin que el dolor disminuya con la alegría, ni esta mengüe con el dolor, es la obra de la gracia, es la obra de nuestro Salvador.

Cristo, nuestra esperanza, se convierte en una hermosa y radiante realidad para las almas que a El se entregan. Cristo fué el varón de Dolores, mientras la parte superior de su alma era felicísima, alegre y contenta, viendo y gozando de Dios.

Así de manera semejante, pero infinitamente inferior, el alma cristiana y piadosa puede estar atormentada de toda clase de penas, y al mismo tiempo gozar de indecible alegría; porque se alegra de poder padecer.

No sólo es un disparate el creer que la religión y la piedad hacen tristes y melancólicos a los que la practican; y que a causa de esta tristeza se hacen insoportables; sino al contrario, pues la única fuente pura, limpia y constante de la alegría está en la Religión, conocida y practicada de corazón con toda nuestra alma, con verdadero amor. Ella nos infunde una dulce y encantadora esperanza y esta esperanza es sólida alegría.

CAPITULO VI

La alegría y la piedad

1.—La piedad sólida y consciente es también manantial de verdadera alegría.

No hablamos de una piedad superficial, que consiste en creer sin saber lo que se cree; en rezar sin saber lo que significa lo que se reza; ni menos de la piedad farisaica, puro engaño y vanidad, que no engaña ni a Dios ni a las gentes, ni siquiera a las mismas personas que la practican. Nada de esto es la verdadera piedad.

Hablamos de la sincera, fervorosa y sólida piedad, y de ésta afirmamos resueltamente que alegra al hombre con una alegría que nadie puede arrebatár. Es la verdadera alegría, la interior, la que proporciona Dios al alma fiel y devota, como recompensa en la tierra de los amorosos obsequios cordiales que continuamente le ofrece.

Es la piedad en el alma una disposición e inclinación a alabar al Señor por ser nuestro Criador y Redentor; es el amor a Dios activo que en el interior se complace en hablar con El, en meditar sus atributos y excelencias y en darse a El totalmente y sin reservas. En el exterior es expresar con la palabra lo que interiormente se siente; alabarle, glorificarle, pedirle, conformándose en todo con su divina voluntad. El alma piadosa quiere dar a Dios, a quien tanto ama, la mayor gloria posible, oyendo devotísimamente la santa Misa y comulgando con anhelo, con atención y con amor. Es el rezo, aunque corriente, sin prisa, sin apresura-

mientos, como quien tiene ganas de salir del paso y acabar cuanto antes; cosa que no sería verdadera piedad. Es la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a la Stma. Trinidad, a la Bienaventurada Virgen María y a los Santos, procurando no cargarse de muchas prácticas piadosas con detrimento de su espíritu: tiene por norma esta máxima: más devoción y menos devociones.

La letra mata, dice San Pablo, y el espíritu vivifica. Aún en la oración vocal debe encontrarse la mental; lo exterior ha de ser vivificado por lo interior, para que no resulte mera hojarasca.

2.—La piedad nos hace agradables a Dios, que se complace en comunicarse con el que le busca y procura comunicarse con El.

¿Hay nada más dulce, ni más grato que esa comunicación? ¿Hay algo que pueda darnos mayor alegría? El alma piadosa se complace en el Señor y el Señor en el alma piadosa. Es la comunicación del amor, la unión de dos corazones, el piadoso y el divino.

Sabe el alma piadosa que agrada a Dios y ella de Dios está enamorada. De esta comunicación, de esta unión de amor ¿es posible que no surja la alegría? Si en esto no la encontramos ¿dónde la hallaríamos? No en viles y pasajeros placeres, no en los bienes terrenales, no en las honras del mundo. ¿En dónde pues?

Sin alegría la vida es pesadísima, carece de aliciente. Tal vez haya momentos de risa, jolgorio, placer y cierta alegría superficial, pero no la alegría plácida, tranquila, firme y estable, que baña suavemente toda el alma. Esta es la alegría que nos proporciona la piedad.

Nada te turbe, nada te espante: quien a Dios tiene nada le falta. Así lo expresaba y lo sentía un alma experimentada, de sólida piedad, a la que debía toda su grandeza, en medio de pruebas y dificultades y contradicciones, la gloria de España, la honra de la Iglesia, Santa Teresa de Jesús que siempre aparecía alegre, sin que nada turbara ese estado de su alma, siendo el encanto de todos los que la trataban.

Nada espanta, nada turba esta alegría hija de la piedad, porque el alma piadosa posee a Dios; y quien a Dios tiene y posee nada le falta.

Por esto Santa Teresa, que era la suma piedad era también la suma alegría.

3.—Que hay santos adustos, tristes, melancólicos, pesados e insoportables?...

No trato de juzgar a nadie; solo afirmo una regla general, a saber que no es preciso ser adusto, triste y melancólico para ser santo; antes todo esto estorba. Es posible que haya deficiencia en la piedad, que el amor propio impere, lo cual es demasiado frecuente y revela falta de pureza de intención en la piedad ó pereza y a veces abandono. Quiero decir que lo que hace antipática la piedad son los defectos anejos a la naturaleza caída; pero estos defectos están muy lejos de encontrarse en los santos en la plenitud de su santidad.

La suavidad, la dulzura, el ceder y sacrificarse para dar gusto a los demás, una caridad eximia, estas son las prendas de una piedad sólida.

No negaré que en lo exterior ciertos rasgos desagradables, proceden del carácter todavía no domado enteramente; pero el notarlo y ponerlo de realce se debe a la falta de humildad y de caridad de los demás.

Pues bien, aún los que son o parecen menos amables, si son verdaderamente piadosos, gozan de la alegría interior, que no pierden, aunque no la exterioricen.

Tal vez el Señor les envíe ceguedades y creen que se les esconde enojado o disgustado Jesús; pero esto les causa un dolor vivísimo, sobre todo si se prolonga mucho.

Separada el alma del mundo, negada a sí misma y sin Jesús, sin sentir su comunicación con El, está como en el aire y en desolación espantosa. Pues aún en este estado de tinieblas y tentaciones y sin sentir la presencia de Jesús, goza de paz y de tranquilidad y dice en el fondo de su ser: así como la noche sucede al día, y no por esto nos entristecemos; así, el día de la devoción sensible sucede por la voluntad de Dios a la noche cerrada de la ceguedad; yo me alegro en esta noche del alma, como si fuese día pleno. Es la voluntad de Dios, con ella me conformo y espero siempre su gracia.

De esta conformidad con la voluntad de Dios brota la alegría, que no mata al dolor; pero lo alivia y consuela.

No, la piedad no es triste, es alegre, con la alegría que da el testimonio de una conciencia recta; con la alegría que brota de un corazón encariñado de Dios; con la alegría que comunica el Señor, preludio de la alegría sempiterna del Edén celestial.

CAPITULO VII

La alegría en la familia

1.—Institución divina, dentro de la naturaleza, es la familia; pues fué Dios quien la instituyó, creando a la mujer y dándosela al hombre, diciéndoles creced y multiplicaos y llenad la tierra.

Le dió Leyes, que nadie puede revocar, como son la unidad, una mujer para un varón, y la indisolubilidad de suerte que siendo el varón de la mujer y ésta del varón, ya no pueden separarse sino con la muerte. No puede la criatura separar lo que Dios ha unido. Fueron estas leyes restauradas por Cristo, que elevó también a sacramento el contrato matrimonial.

No es posible que falte la alegría en esta institución, si se observan las leyes que el Criador y Cristo Redentor nuestro le han impuesto. Es el centro del amor de los esposos, de los hijos y los padres; es un centro en que se ama a Dios. Pero donde hay amor sincero, sin egoismos, donde cada uno es para los demás y todos para cada uno, reina necesariamente la alegría, aún en medio de los trabajos, tribulaciones y dolores de esta vida mortal.

Gózanse los esposos, mirándose mutuamente; gózanse los padres mirando a sus hijos; gózanse los hijos mirando a sus padres; y unos a otros con amor fraternal.

Esta alegría no se nubla más que cuando se quebranta alguna ley y pierde intensidad y generosidad el amor

del hogar. Siendo la alegría interior, todo lo que altera el alma, altera o disminuye la alegría.

Si los esposos no se guardan fidelidad, si los padres son descuidados en la educación de sus hijos, si éstos son rebeldes y envidiosos, claro está que no puede reinar la alegría en la casa; antes reinará el disgusto, las disputas, el deseo de cada uno de imponerse a los demás, haciendo insoponible la vida. Pero quitad la causa del malestar, haced que cada uno cumpla con su deber y se habrá metamorfoseado la vida; habrá entrado en el hogar la dulce alegría, asentándose en él como en su propio domicilio.

La familia ordenada por Dios y santificada por Cristo siempre rebosa alegría.

3.—Está la alegría en el hogar en razón directa de su perfección moral y religiosa. A mayor perfección mayor alegría; a menor perfección menor alegría; si falta el cumplimiento de los deberes que ha impuesto Dios y confirmado el Redentor, entonces la alegría desaparece totalmente.

Como la familia es un cuerpo moral, así como todos y cada uno ha de contribuir al bien de la misma, como miembros de un mismo cuerpo; así todos y cada uno contribuye al bienestar general y, por consiguiente al amor, fuente de alegría, que en el ambiente del hogar se respira.

De modo que se resiente el bienestar de cada uno, y por ende el bienestar común por las faltas o deficiencias de cualquiera de sus miembros.

Lo mismo que en el cuerpo humano, si está enfermo un órgano, no hay salud plena; si son varios los órganos enfermos resulta más grave el estado del individuo; así también un miembro de la familia desordenado, y más si son muchos, también, la familia está moralmente enferma, y tanto más grave es su enfermedad, cuanto son más los órganos desordenados, o es más importante el órgano enfermo.

No está pues, el mal en la familia, ni en su organización, tal y como la instituyó el Señor; sino en apartarse de la ley soberana de su Fundador, en pecar contra las leyes de su organización.

Mientras el espíritu de Dios informa a la familia, todo va bien: el bienestar es completo y completa la alegría. Cuando no es el espíritu de Dios, sino el mundano con todos sus deficiencias y desórdenes, o el diabólico con su

soberbia; entonces reina en la familia el mal genio, las discusiones enfadosas, los vicios, las discordias, las antipatías, los odios; y con tales terribles elementos está totalmente reñida la alegría.

3.—Aparte de defectillos, que como celajes pasajeros nublan a veces, el sol de la alegría; defectillos, enmendados casi enseguida, hijos de la humana flaqueza; o domina en la familia el espíritu cristiano o el mundano; resueltamente afirmo que la alegría no existe en el segundo caso; pero florece con todo su frescor en el primero.

El espíritu mundano convierte a la familia en una esclava del mundo, que sacrifica su vida interior é íntima a la vida exterior bulliciosa, fiel cumplidora de las leyes mundanas, rigiéndose por sus máximas, asidua en la asistencia a sus fiestas y diversiones, olvidada de Dios y de sus deberes cristianos, desprendida de la piedad sólida y fecunda.

En el interior de la familia mundana sólo se respira el disgusto y desasosiego, juntamente con el desorden y el abandono de lo que reclama el hogar doméstico. La moda con sus necias y costosas exigencias, las reuniones y tertulias, bailes y teatros; cada una de estas cosas con sus vestimenta propia y adecuada; causa necesariamente la ruina económica a la vez que la moral, no separadas de la ruina total doméstica; pues no domina en la casa una voluntad, un espíritu, un corazón, una aspiración común. El mundo se lo lleva todo y cada uno procura vivir según el mundo o sus caprichos, sin cuidarse de los demás.

El espíritu del mundo mata a la familia separada de Dios, dominada por aquel mal espíritu, que rige y gobierna el mundo, enemigo de Dios.

¿Que no reina la alegría en tales familias? Es evidente: sólo puede encontrarse alguna artificial y momentánea; fuegos artificiales del placer sensual, en algún individuo de la familia. Pero no en ésta, que no existe propiamente, porque está muerta. Al revés en la familia donde domina el espíritu de Cristo; en ella se goza la vida común, resultante del corazón de cada uno, que sabe palpitar, vivir para los demás.

La práctica de los virtudes cristianas une estrechamente sus miembros; y el amor a Dios que es también amor al prójimo lo suaviza todo y con su calor todo lo vivifica.

Solamente en ella reina la caridad y con la caridad el orden y con el orden la paz y tranquilidad.

La piedad es medio poderoso y eficaz para que cada uno vaya corrigiendo sus defectos, soportándose unos a otros con espíritu de sacrificio: el hogar doméstico se convierte en una especie de paraíso.

El espíritu mundano hace de la familia un infierno. El espíritu cristiano hace de la familia un cielo.

La que es un infierno no puede menos de participar de los dolores infernales. Está sin alegría.

La que es el atrío del cielo saborea unas gotitas de la gloria celestial. Goza, pues, de la alegría posible en este valle de lágrimas, que es nuestro destierro.

Aprendamos a vivir: saboreemos las delicias del vivir de la familia cristiana.



CAPITULO VIII

El amor al prójimo y la alegría

1.—Conste bien que la verdadera alegría arranca del cumplimiento fiel y constante de la Ley de Dios. El hombre sin ley es un desgraciado; el hombre sin Dios es una fiera; el hombre que no conoce la ley de Dios y no la practica falta al más grande de sus deberes y no puede vivir tranquilo y sin remordimiento. No hay paz para el impío, dice el Señor.

La alegría y la transgresión del Decálogo no pueden convivir en un mismo individuo: toda la ley de Dios se reduce a amarle más que a todas las cosas, más que a nosotros mismos, y amar al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios.

Vamos a considerar hoy el amor al prójimo en relación con la alegría.

Desde luego afirmamos que sin este amor no hay alegría posible. Es cierto también que cuanto más se ama al prójimo más alegría rebosa el alma.

2.—El Señor nos dice: no matarás. Bajo esta fórmula negativa se nos da toda la doctrina del amor.

Lo primero es no hacer daño a la persona del prójimo; y lo segundo es hacerle bien. No puede disfrutar de alegría el que hace daño o perjudica a su prójimo; ni tampoco el egoísta que se niega a hacerle bien. El que cuida de no perjudicar y sabe sacrificarse para hacer bien a sus

hermanos, éste posee un corazón bañado en íntima alegría; porque está lleno de amor, y el amor es el manantial fecundo de la verdadera alegría.

El que hace daño a la persona del prójimo quebranta el quinto mandamiento; el que le perjudica en sus bienes pisotea el séptimo mandamiento. Son dos preceptos dados por Dios para resguardar nuestros derechos, contra las violencias de nuestros hermanos, cegados por la pasión.

¿Quién gozará de más alegría? ¿El que daña, hiere, estropea o mata a su prójimo ó el que por ambición, envidia ó avaricia roba sus bienes que legítimamente posee; o el que no solo no roba sino que es dadivoso con él y defiende cuanto puede su persona? Con sólo formular esta pregunta sabemos ya la contestación que dará todo aquel que no carezca de sentido común.

No puede gozar de alegría el que atropella la persona de su hermano, cómo no la gozó Caín el fratricida. Siempre tendrá ante la vista de su alma a su víctima y el atropello cometido, o la sangre derramada: sentirá que se levantan tempestades de remordimientos, recordando la suprema y terrible justicia del Eterno. Porque un fratricidio, al dañar al hermano es lo que cometemos, ya que todos los hombres somos hermanos, según la naturaleza, como hijos de unos mismos padres, miembros de una misma familia, la de Adán y Eva, de quienes todos descendemos. Además tenemos un mismo padre que es Dios, que está en los cielos, y otro Padre que nos ha redimido con su sangre, Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha devuelto nuestro título perdido en el paraíso, de hijos de Dios. Son hijos de Caín los que lastiman o matan a sus hermanos.

3.-¿No podemos devolver mal por mal? ¿No es lícito defendernos? La venganza está prohibida terminantemente por Dios. La venganza es cosa mía, dice El. Quien se venga usurpa a Dios lo que es exclusivamente suyo. El cuidará y dará a cada uno lo merecido. Y aunque se ha dicho, refiriéndose a los falsos dioses del paganismo, que la venganza es el placer de los dioses, bien claro está que no es el placer del verdadero Dios, ni la alegría de sus escogidos. El vengativo padece y sufre, más que goza. El que por amor a Dios no quiere venganza, ni volver mal por mal, siente los aplausos de su conciencia y bendice a Dios y canta alegremente sus misericordias, porque le ha hecho superior a las pasiones y malas inclinaciones naturales.

La alegría no es del que se venga, del que devuelve mal por mal; sino del que vuelve bien por mal y deja la venganza a cuenta de Dios Nuestro Señor.

4.—¿Dejaremos triunfante la injusticia? ¿No podemos defendernos? Amar la justicia es cosa santa, con tal que no se mezcle algo de venganza. Amar la justicia con caridad, desear que se restablezca el equilibrio que la injusticia destruyó; el buen Jesús, divino Maestro lo aprueba y llama bienaventurados a los que tienen hambre y sed de justicia.

Podemos también procurar que se nos restituya lo que nos han robado, sean bienes materiales, o sea el honor nublado por la calumnia.

Tampoco está vedado por la ley de Dios, siempre que se haga sin enemistad, sin odio, sin espíritu vengativo, porque así como la enemistad, el odio y la venganza son vicios reprobados por el Señor, y empequeñecen y desmejoran el alma; así ve el Señor complacido que sin estos defectos se procura recobrar lo perdido y que se nos rezarsa de los perjuicios que se nos han causado.

Hasta la defensa contra el injusto agresor está conforme con la ley divina, pero sin pasar los límites que la justicia y la caridad imponen, no haciendo más daño que el indispensable para rechazar la injusta agresión. Si nos excedemos pecamos contra la justicia y la caridad en todo lo que hay de exceso innecesario.

Buena es, pues, la defensa personal o de nuestros intereses; lo malo es lo que a la defensa se adhiere, el espíritu de venganza, de ira, de odio, el amor propio que afea la defensa, la hace desagradable a Dios y resulta antipática a nuestros semejantes.

Y esto que Dios reprueba altera nuestra alma, perturba nuestra conciencia y nos roba, al fin, la tranquilidad y la paz, incompatibles con una pura y santa alegría.

5.—El ladrón no puede gozar de alegría; el calumniador no puede sentirla; el que atropella, hiere o mata al prójimo está reñido con la alegría suave y gozosa.

Es que la alegría requiere amor. En el fondo de estos mandamientos (quinto y séptimo) está el amor que nos manda Dios profesar al prójimo; hasta a nuestros enemigos. De tal suerte nos impone este amor que lo llama su precepto: que no ama a Jesús quien no ama a su enemigo.

Todo, pues, lo que disminuye o falta a la caridad es ma-

lo. El amor que Cristo nos manda es universal, a nadie excluye, ni siquiera a los que nos hacen daño.

Cuando el amor exija sacrificio, como es volver bien por mal, no usar de nuestros derecho, ceder, transigir y portarnos con los malévolos con caridad, como si fuéramos tontos o insensibles; entonces cuando escuchamos los santos requerimientos de la caridad, nos sacrificamos por todos y más por los que no nos quieren bien; entonces es cuando Dios nos mira con más cariño, como imágenes vivas de su unigénito Hijo, Jesucristo; entonces es cuando damos ejemplo a nuestros hermanos, entonces es cuando nos sentimos contentos, rebosando alegría nuestro corazón.

La falta de amor entristece a nuestros hermanos y al cabo nos aflige a nosotros. El amor propio es un tirano, un déspota, bajo cuyo injusto imperio no hay más que tristeza, horrores y aficciones de espíritu.

Sacudiendo su yugo hipócrita encontramos la alegría interior y la comunicamos a cuantos nos rodean: en el cumplimiento de este gran precepto y en practicar con fidelidad y delicadeza y amor los mandamientos quinto y séptimo, en esto consiste la alegría del vivir.



CAPITULO IX

La alegría y la pureza

1.—Uno de los escollos en que tropieza el hombre con más frecuencia es la concupiscencia de la carne; y se deja dominar por ella, engañado por el placer sensual.

No se puede negar el placer, que a tantos seduce y arrastra; pero este placer no sólo no es la alegría, sino que la impide o la mata. Es un placer pasajero, que debilita y enerva, dejando hastío en el alma. Ciertamente estos desdichados efectos del placer sensual no son la alegría, ni la engendran; antes constituyen un insuperable obstáculo para conseguirla.

Además, el placer sensible sólo puede dar de sí un gusto sensible, pasajero, como todo lo de esta especie; pero no algo racional, como es la alegría, porque en este caso el efecto sería mayor y más excelente que la causa que lo produce. Lo sensible no puede ser causa de lo racional, y por consiguiente lo racional no puede ser efecto de lo sensible. La lógica lo prohíbe.

La alegría procede de la razón y de la voluntad, nace de la conciencia ilustrada y sana, sostenida por sentir claramente que el Señor está contento de nosotros. Nada de esto, sino todo lo contrario puede hallarse en el hombre sensual.

No importa que la torpe concupiscencia se engalane con el atrayente ropaje del amor: la pasión no es amor, es

egoísmo, es el afán de satisfacerse con un objeto determinado, al cual sacrifica el sensual a su pasión. Y cuando a ello no se presta, es aborrecido; porque no era amor, sino egoísmo. De aquí los que se llaman crímenes pasionales, producidos por la pasión contrariada.

El sensual no ama, se ama. Ni aún esto; porque es un miserable esclavo de una pasión tirana, a la cual quiere contentar con daño propio. La razón y la voluntad resultan esclavas; la concupiscencia las domina; el pobre esclavo gime con el peso de sus cadenas, aunque en un momento dado le parezcan doradas.

2.—¿Cómo va a producir alegría lo que degrada al individuo, le hace cometer muchos y muy feos crímenes, que producen grandes catástrofes en los pueblos?

En el hombre es el mayor desorden, es el predominio de lo inferior sobre lo superior, es el triunfo de la carne sobre el espíritu, es no pensar ni querer, ni preocuparse más que de la carne; matando todo pensamiento elevado, todo sentimiento noble, todo lo que es dignidad. Mira a la tierra y se rebaja hasta el polvo, y tiene una vida, no racional, sino propia de la bestia y aun peor y mas baja. ¿Quién no comprende que esto es la muerte de la alegría?

Cuando la sensualidad es una ola fétida que lo invade todo, obliga a Dios a enviar grandes castigos; tal fué el diluvio universal, porque toda carne había corrompido sus caminos; y el fuego devorador sobre las ciudades malditas por el pecado de la sodomía; y las terribles penas que acarreó David sobre sí y sobre su pueblo por su adulterio; así también las guerras han desolado a los pueblos por idénticas causas.

Es pecado que mina la existencia del hombre, la vida de la familia y el bienestar de los pueblos.

Es el pecado que ha hecho derramar más lágrimas, mezcladas con ríos de sangre, manchando las páginas de la historia del género humano.

¿Habría todavía alguno que considere el sensualismo como condición precisa de la alegría humana?

3.—La pureza sí que alegra el corazón casto y alegra grandemente a los que le tratan.

La pureza es el equilibrio de las humanas facultades; la carne obedece al espíritu, las pasiones son gobernadas por la razón; y la razón y la voluntad gozan subordinadas a la Razón eterna y a la Voluntad soberana del Criador.

Cuando todo está equilibrado en nuestro ser, cuando cada cosa está en su sitio y el orden resplandece, surge el bienestar y de él brota una intensa alegría, que procede del interior del ser y baña suavemente al alma.

La pureza hace al hombre vencedor de sí mismo, luchando y dominando con valor heroico a su terrible enemigo, la concupiscencia de la carne. Esta victoria da siempre alegría al triunfador.

Base de nuestra dignidad es la pureza, porque pone por encima de todo lo que en nosotros hay de ángel, abatiendo lo que en nosotros hay de bestia. Que si con la impureza nos rebajamos poniéndonos al nivel de los brutos; por la pureza nos exaltamos, poniéndonos al nivel de los ángeles. ¿No es esto fundamento de gratísima alegría?

La pureza mantiene serena y clara la inteligencia, que despejada se eleva y entiende las cosas más difíciles sin confusión, resolviendo dudas que matan a la verdad. Así se siente el placer intelectual, del cual fluye la sana y dulce alegría.

La pureza mantiene serena y clara la inteligencia, que suspira por unirse a Dios, suma Verdad; es amiga de la oración y deja el campo libre a la piedad más acendrada. Y ya tenemos declarado y demostrado que la piedad y la unión con Dios causan en el alma una inefable alegría.

La pureza es amor, porque es sacrificio y vence al amor propio y fomenta la caridad; es un amor racional, un amor santo. Y el amor es causa de alegría, así como el amor propio, el egoísmo, es nuestro verdugo.

4.—Nada más fecundo que la pureza. Con esta virtud se han realizado las más heroicas obras de caridad, dando padres y madres a los huérfanos o abandonados, ángeles para cuidar a los enfermos, maestros gratuitos y amantes a los niños pobres, amparadores de la ancianidad indigente y desamparada, y remedidores de todos los males de la afligida descendencia de Adán.

Es admirable el número de héroes y heroínas que lo abandonan todo y se niegan a sí mismos para consagrarse al consuelo y sustento, aún pidiendo limosna, de pobres indigentes, y servirles toda la vida hasta la muerte, en todas las naciones, bajo cualquier clima y grado de civilización.

Es la obra de la pureza. Suponed que falte a estos héroes

esta santa virtud y todas sus obras se desvanecen. Es la gloria de la Iglesia.

Notemos que estas almas virginales, en medio de sus trabajos y de un martirio de todos los días y de todos los trabajos; gozan de una paz envidiable, de una inalterable alegría, que nadie puede arrebatárselas, ni siquiera eclipsarla. Y a la vez comunican con el amor la alegría a todos los desdichados, haciéndoles grata la vida, con el perfume de la pureza y de la caridad.

A la pureza debe el clero secular y regular el cumplimiento fiel y exacto, a prueba de mil contrariedades, de su augusto ministerio, enteramente separado de los negocios, dedicado al servicio de las almas, aún en tiempo de peste y de guerra. Sin el celibato, o el voto de virginidad, no se explica que millares de hombres vivan separados del mundo, combatiendo sus máximas y costumbres, al servicio del prójimo débil y pobre.

Nada humano les mueve ni puede mover, teniendo al mundo por enemigo.

En faltando la pureza, en el momento en que los consideramos al frente de una familia, desaparece todo, pierden su carácter y las obras de caridad sufren un eclipse, como el espíritu de sacrificio; porque los deberes y obligaciones de la familia lo estorban e imposibilitan.

Nuestros misioneros son héroes, en países salvajes, contando sólo con la providencia y sufriendo amarguras, contrariedades, persecuciones, sin desaliento, sin desmayo.

Sin pureza, la obra de las misiones se esfuma. La pureza es fecundísima.

Y todos estos operarios, héroes de la caridad, todo lo deben a la santa pureza, que les convierte en seres superiores, más que hombres; que a ejemplo de lo que hizo nuestro Maestro, pasan por la tierra haciendo bien, desarrollando las inteligencias con la verdad, predicando la práctica del bien, embalsamando el mundo con el perfume de la pureza y vivificándolo con el calor de la santa caridad.

Cumpliendo con tan altos deberes son felices y viven en perpetua alegría, con la alegría del Señor.

La pureza forma seres, que son ángeles y santos. Acaba con todos los males que la sensualidad acarrea y convierte a los hombres en bienhechores del linaje humano en la vida.

natural y sobrenatural, proporcionando remedio a los males físicos y morales.

La pureza es la gloria y el honor de la Iglesia, y la gloria y el honor de los que la practican y la alegría propia y ajena. Es la sonrisa de la tierra al mundo angélico. Es el aroma de este valle de lágrimas; aroma de lirio, de azucena, de violeta y jazmín que se remonta a las alturas y perfuma el trono de la infinita Magestad de Dios.

Por eso a la pureza, sonrisa y perfume de la tierra, corresponde siempre la sonrisa benévola y arrobadora del Señor.

Y de esta doble sonrisa brota la más pura, la más intensa alegría, la única que puede hallarse en este valle de dolor y de lágrimas.



CAPITULO X

La alegría y la lengua

1.—Obramos bien o mal, con el uso o abuso de los órganos corporales o de las potencias del alma. Si usamos bien de los sentidos y potencias, buenas son nuestras obras. Si abusamos de ellos nuestras obras son reprobables.

Así acontece con la lengua: si de ella usamos bien son buenas nuestras palabras y nos hacen gratos al Señor. Si usamos mal de la lengua, malas son nuestras palabras y las reprueba y castiga el Señor. Si son buenas, sentimos complacencia, queda contenta el alma y experimentamos alegría al pronunciarlas y al recordarlas. Pero, si son malas, por fuerza tienen que turbanos; y así no es posible la alegría para el mal hablado.

Pero hay una particularidad notable; si hablamos bien, hacemos bien a nuestros hermanos; si hablamos mal les perjudicamos.

La alegría, pues, que sentimos con el buen uso de la lengua se comunica a los demás. La turbación que sufre el malhablado también se comunica a todos los que le oyen, particularmente a sus víctimas.

De esa suerte el bien hablar es causa de alegría universal; de que no participan los malhablados, ni dejan que participen los demás.

2.—Habla bien el que alaba a Dios su Criador y Redentor; habla mal, horriblemente mal, el que blasfema.

Para esto precisamente nos ha dado la lengua para que le bendigamos y glorifiquemos con ella; con gran amor al Ser Necesario, que clemente y amante ha hecho todas las cosas; al que es la Suma de todas las perfecciones en grado infinito; a la inefable Bondad que no se cansa de derramar grandes beneficios sobre nosotros. Este es nuestro principal deber, el más racional, el más grato y el más honroso.

Quien honra a Dios se honra a sí mismo. Cuanto más le honremos y glorifiquemos, más participamos de sus perfecciones.

Si nos olvidamos de El somos ingratos y procedemos como hombres faltos de razón, causando nuestra ruina.

Alabándole, dándole gracias, glorificándole con nuestras palabras, hacemos lo que hacen todas las criaturas en el cielo y en la tierra; particularmente en el cielo, pues en esto consiste su gozo, su alegría, su felicidad.

Nunca más dichosos, más bienaventurados, más alegres que cuando cumplimos conscientemente este deber de emplear nuestra lengua en su alabanza, con todas las veras de nuestro corazón.

El indiferente que no mueve la lengua para glorificarle es un hombre sin corazón; el blasfemo tiene un corazón diabólico; anticipa su propio infierno, porque es propio del condenado blasfemar y odiar a Dios.

Lo mismo el que no tiene corazón que el que lo posee diabólico no pueden disfrutar de alegría, porque no la hay en el infierno. El blasfemo es un réprobo que arroja su baba inmundada contra su Dios y Señor.

Desgraciado blasfemo, infeliz indiferente, que no sabéis o no queréis hablar bien de Dios, porque no sabéis amarle.

Benditos sean los que le alaban y glorifican: seamos de este número y gozaremos de sin par alegría.

3.—Del prójimo podremos también hablar bien o mal.

Lengua viperina es la que se ceba en los defectos del prójimo, dejando siempre algo de ponzoña en su fama.

Lengua bendita la que siempre habla bien, nunca de los defectos de su prójimo; porque deja sano y hasta consolida su buen nombre.

Siendo la más importante ley que nos ha impuesto el divino Legislador, el amor al prójimo, es indudable que le disgusta muchísimo el que no se cumpla. El que siempre habla bien demuestra que es fiel cumplidor del precepto que nos hace discípulos de Cristo, porque ama de verdad.

al prójimo. Pero el que habla mal y se ceba en las faltas o pecados del prójimo, poniéndolos de relieve, este no ama; porque amar es hacer bien; y en vez de esto hace mal hablando mal.

El que habla bien goza con el aplauso de su conciencia, es mirado con amor por Jesús y por esto rebosa su corazón de alegría.

A veces el que siempre habla bien tiene que imponer silencio a los murmuradores; y saber callar, pero de tal suerte que su silencio es una censura tácita de la conducta del murmurador. Considera el honor del prójimo como su propio honor y vela por él como por el suyo: es que ama al prójimo como a sí mismo.

El aplauso de las gentes que miran con amor y admiración a los bien hablados; y el aplauso de la propia conciencia que le dice que ha cumplido con su deber; el aplauso de Dios, que complacido le sonríe, causan un bienestar inefable en el alma que sabe hacer buen uso de la lengua para con el prójimo.

En cambio el murmurador, que gusta de propalar las malas acciones del prójimo, que siempre ve malas intenciones en todo lo que dicen o hacen los demás, complaciéndose en divulgarlo; el que calumnia por creer a pie juntilla los males que le cuentan para divulgarlo enseguida; el que forja calumnias que deshonoran gravemente y que con frecuencia hasta materialmente perjudican, ¿cómo puede estar tranquilo? ¿Cómo puede gozar de paz interior? Revuelta la conciencia le conturba, haciéndole comprender el daño causado con su charla murmuradora. A los tales tachan las gentes de malas lenguas perturbadoras y Dios aparta su vista de ellos, porque le inspiran profunda repugnancia. Revuelven las familias, acrecientan odios, cuando menos antipatías, alteran y ponen discordias en sus víctimas. Son una plaga social.

¡Ah! si estas lenguas murmuradoras que sólo hablan de los defectos ajenos dan algunos visos de piedad, son el deshonra de la Iglesia, que no aprueba, antes condena enérgicamente tan execrable proceder.

¿Es posible que los que poseen tales lenguas puedan gozar un instante de alegría? Ni ellos gozan, ni dejan gozar a los demás.

5.—La lengua ha de ser instrumento de verdad; nunca de la mentira.

Dos cosas se oponen a la verdad, el error y la mentira: el error es una flaqueza de la mente; la mentira es un desorden de la voluntad.

No podemos evitar siempre el error, porque nos equivocamos con frecuencia; pero podemos y debemos evitar el mentir, que es decir lo contrario de lo que pensamos.

La mentira envilece; la verdad nos hace libre... Es la vida de nuestra inteligencia y la luz que nos ilumina. Es también nuestra honra en la vida de relación.

Reina la mentira en un corazón perverso, falso, engañador, siempre con doblez, nunca con buena fe.

El embustero es imitador del demonio, mentiroso desde el principio.

Nadie puede fiarse del mentiroso, porque hasta la verdad es sospechosa en sus labios.

¿Podrá gozar de la alegría un ser semejante?

El que es amigo de la verdad dice lo que siente y nunca lo contrario, vive tranquilo, está en paz con sus semejantes, brilla por su buena fe é inspira a todos confianza; porque saben que por nada del mundo mancharía sus labios con la vil y fea mentira.

Da gusto a todos y todos le dan gusto a él.

El hombre veraz vive alegre. El mentiroso no está satisfecho de sí mismo, porque conoce su maldad y ya sufre en la tierra el castigo de sus embustes.

Si quieres gozar de alegría, guarda tu lengua, usa bien de ella; que el bienhablar nos hace mucho bien y lo hace a los demás.



CAPITULO XI

La abnegación y la alegría

1.—Engaña mucho a los mundanos la palabra abnegación por no comprender su sentido; y por esto quedan como embargados por el temor exclamando: “No es posible la vida con el espíritu del Evangelio. La abnegación constante es demasiado violenta y triste. Misántropos son todos los devotos.”

Nada de esto es verdad; procede este pensar y sentir del desconocimiento de nosotros mismos, de lo que exige la vida de relación y del espíritu evangélico.

Debemos afirmar todo lo contrario: sin la abnegación, la alegría plácida, suave, dulce y duradera es imposible.

A la abnegación se opone el exajerado y desordenado amor a nosotros mismos, el querer hacer nuestra voluntad, el afán de hacer nuestro gusto en todas las cosas, el egoísmo, en fin, con todas sus consecuencias. A primera vista se descubre que este conjunto de cosas es incompatible con la alegría.

El que en todo se busca a sí mismo necesariamente ha de vivir contrariado, porque o choca con legítimos intereses, o con otros egoísmos; y partiendo del egoísmo, nadie tiene el deber de sacrificarse para satisfacer gustos o caprichos ajenos.

Es una necesidad que no puede soslayarse, el sufrir esos choques, que sin abnegación se llevan con impaciencia, con

mal humor, con ira, riñas, luchas incesantes, que hacen muy triste y difícil la vida. Dígasenos si con tantos tropiezos y disgustos puede o no conciliarse la alegría.

En verdad, en verdad puede afirmarse una incompatibilidad absoluta. Ni goza de alegría, ni permite que gocen de ella los que le rodean, en cuanto está de su parte.

2.—¿En qué consiste la abnegación? Es una consecuencia del amor verdadero, de la santa caridad,

Es por de pronto la negación de todas las pasiones cuando tienden a dominarnos. Y esta abnegación es necesaria si no queremos ser esclavos de las mismas, de los vicios más degradantes. Es la mortificación de todo lo que es desorden en nuestra naturaleza; es la represión de los excesos del genio, del temperamento, de nuestra voluntad imperiosa, de nuestros caprichos y aún de nuestro parecer y criterio, cuando puede ser causa de disgustos, de disidencias, discordias, o de otros inconvenientes contrarios a la caridad.

Fundamento de la abnegación es el reconocer que no nos pertenecemos, sino que somos de Dios, que para su gloria y no para la nuestra, hemos sido criados y hemos de enderezar nuestros pensamientos, palabras y acciones a este fin. Complemento de este gran principio es que nos ha hecho Dios sociales, no sólo en el orden de la naturaleza, sino también en el de la gracia. Así se ve claro que nos debemos amar unos a otros según la naturaleza y además por ser gravísimo precepto de Cristo Señor nuestro.

De donde se sigue que nos hemos de negar totalmente ante Dios, no buscándonos a nosotros mismos en nada, sino a Dios y a su gloria; y disputos siempre a abnegarnos, esto es, a sacrificarnos por nuestros prójimos en aras de la justicia y de la caridad.

Los Santos, que son los hombres más racionales y cabales, han reducido esta doctrina a una fórmula breve y sintética que ha sido la norma de su vida: nada para nosotros, todo para Dios y nuestros hermanos.

3.—Y no se crea que con esto se anula nuestra personalidad, o que se obra contra la naturaleza, el no querer ni hacer cosa que redunde en nuestro bien propio. Jesucristo sabe bien lo que es contra o según la naturaleza y es amigo de nuestra personalidad; y sin embargo nos impone el precepto de la abnegación, diciendo: el que quie-

ra ir en pos de mí a la perfección y a la gloria niégese a sí mismo.

Luego, o negamos a Cristo o hemos de confesar que la abnegación no es contra la naturaleza ordenada, ni arruina nuestra personalidad; antes lo perfecciona todo.

La razón lo confirma. El que se niega totalmente en la presencia de Dios gana a Dios; se vacía de sí mismo y de todas las criaturas, y se llena de Dios, de sus dones y gracias y hasta de su misma vida.

No perdió su personalidad nuestro Señor Jesucristo, sacrificando su actividad, su carne y sangre, su vida y alma para salvar al hombre. Ni la han perdido los grandes héroes de la caridad, por no vivir para sí, sino para servir a los demás. Su personalidad adquiere nuevo realce hasta ser admirados y venerados por el mundo. Al darlo todo, enriquecerse con los méritos de Cristo, que les dan derecho para ser reyes en el glorioso Empíreo.

No hay mayor riqueza que la del que se reduce a la pobreza por amor a los pobres y necesitados. Nadie alcanza mayor dignidad que el que por amor a Cristo, se entrega a los más duros y humillantes trabajos para remediar a su prójimo. Nadie más grande que el que sabe renunciar todas las grandezas de la tierra por amor a la humildad, a fin de imitar a nuestro Redentor y dedicarse al servicio de los más humildes en el orden social.

El que entiende que todó lo brillante del mundo es vanidad y que la verdadera gloria consiste en la virtud, y que no hay virtud sin abnegación; éste es un sabio en el entender y un santo en el obrar y un bienhechor de todos en su vida de relación; porque es todo caridad, todo abnegación y sacrificio.

4.—Pues bien, el hombre abnegado es el que disfruta de verdadera alegría. Nada le turba, porque ha renunciado a todo; recibe bien todas las contrariedades porque no aspira a gustos y satisfacciones según la carne, renunciando a su propia voluntad; todo lo recibe bien porque en todo ve el querer de Dios, con el cual se identifica el suyo, y pasa la vida haciendo bien: goza porque sabe que Dios le ama. ¿Puede carecer de alegría un espíritu semejante? Ni en el cielo ni en la tierra hay cosa que pueda inquietarle, porque mirando todo cuanto es, todo cuanto acontece, desde el punto de vista de Dios y teniendo en paz su

conciencia, goza de la más grande alegría posible en este mundo sublunar.

No puede gozar de alegría el alma que está llena de sí misma, porque es un gran desorden y se convierte en fin de sí misma, mientras las criaturas le causan amarguras constantes.

El alma abnegada es feliz y se siente inundada de santa y pura alegría.



CAPITULO XII

La alegría en los males de la vida

1.—Vamos a considerar como, mediante la gracia de Dios, en nuestra mano está sacar alegría de la pobreza, de la deshonra, de las enfermedades y hasta de la muerte.

Parece una paradoja, y sin duda lo es, si no nos domina el espíritu de Cristo, su religión santa, que, según los mundanos nos roba todo gusto y placer y nos sume en un mar de melancolía y tristeza.

2.—Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. La pobreza nos conquista un Reino y nos hace felices o bienaventurados. Cristo que lo asegura lo sabe bien y no engaña.

Desde luego, hablando de los ricos el divino Maestro dice: ¡ay! ¡ay! ¡ay! de los ricos. Es notable el contraste; mientras los pobres son bienaventurados, los ricos resultan desgraciados. Es natural que los desgraciados estén tristes, mientras los bienaventurados están gozosos y alegres. Así resulta de la doctrina del divino Maestro.

El mundo entiende las cosas al revés: los desgraciados para él son los pobres y son felices para él los ricos. ¿Quién tiene razón, Cristo, o el mundo?

Para nosotros proponer la cuestión es resolverla. Cristo es la Verdad y dice siempre la verdad. Las cosas son como El las ve y las entiende; no pueden ser de otra manera. El mundo está dominado por el espíritu del mal, mentiroso desde el principio y lo tergiversa todo.

La experiencia de la vida desmiente al mundo y confirma la doctrina del gran Maestro. En efecto, si, al parecer, los ricos gozan más y sufren y padecen más los pobres; en realidad los ricos y poderosos están llenos de cuidados abrumadores para conservar o acrecentar sus caudales. Viven en perpetua preocupación y cualquier pérdida les desazona: los deudores que no pagan, los malvados que amenazan, los tributos que el Estado impone y la terrorífica visión del comunismo, apenas les deja vivir.

Agrégase a lo dicho que no hay cosa que les de gusto y placer, porque todo lo han probado; hastiados de lo más gustoso, nada le satisface. Pierden la naturalidad con el empaque que la sociedad les impone, con mil exigencias que la posición reclama, viniendo a ser víctimas de lo mismo que al parecer les hace felices.

Que pueden huir del frío en invierno y del calor en verano; pero esto es a costa de grandes incomodidades, sin casi sentir ni gozar de la temperatura templada que siempre les rodea.

En las enfermedades, en manos de la ciencia gastan mucho y sufren bastante más que los pobres. En todas las desgracias, que no son pocas, su amargura es mayor, porque no ponen en Dios su confianza, que nunca falla; apoyándose en los hombres y en el dinero, que fallan casi siempre.

No hablo de la envidia que les persigue, de planes frustrados con frecuencia, de ambiciones contrariadas, de celos que roen su buen nombre y de esa cohorte de males, esas luchas, más o menos sordas que inquietan, perturban y hacen triste la vida.

En la apariencia la vida de los ricos y poderosos es de color de rosa, de colores sonrientes, con banquetes opíparos, goces inacabables, felicidad completa; pero en realidad es una vida intranquila, inquieta, casi siempre sin gusto, agitada, sin hallar en parte alguna, ni aún en sus fiestas el placer que buscan, la alegría apetecida.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!, de los ricos.

Los pobres al contrario. Cuando son pobres de espíritu viven tranquilos y en paz en su condición y estado, carecen de ambición, se contentan con el pan nuestro de cada día. Ven a Cristo pobre, a Cristo trabajador y se sienten dignificados. No fué Cristo rico, pudiendo serlo; luego la pobreza no es un mal, sino un bien. ¿Qué el pobre carece

de gustos? Es un error pensarlo; pues en lo material y sensible, cualquier extraordinario en la alimentación, o algún sencillo festejo, resulta para el pobre delicioso, porque es algo nuevo, no acostumbrado.

Su casa, su familia: tal es su mundo; un mundo de cariño y de alegría por el amor:

Confía en Dios al cual invoca y por experiencia sabe que nunca le abandona.

Viven con y para la familia; la oración común le consuela y hasta en sus mayores tribulaciones sonríen resignados, porque para su bien las permite el Señor y no pierden su confianza en tan buen Padre.

No les invade el mal humor, porque saben que esta vida no es la vida, que es un destierro de la Patria. Se dirijen al cielo y esta verdad les conforta, les satisface y les alegra.

Como el pobre nada posee, no teme perder sus tesoros; y en la hora de la muerte, desprendido de todo, gozará pensando que emprende la ruta de la bienaventuranza, de su Casa, donde le espera su Padre amabilísimo, Dios y su Hermano mayor, Jesucristo, que le ha redimido y su Madre benditísima la Inmaculada Virgen María y sus hermanos menores, los ángeles y los santos, que le esperan con los brazos abiertos para hacerle participe de su gloria.

No sólo no está reñida la alegría con la pobreza, sino que no falta nunca en el corazón del verdadero pobre, del que siendo realmente pobre, lo es también de espíritu. Merece nuestra enhorabuena.

4.—Aún de la deshonra, no merecida, saca buen partido el alma cristiana para alegrarse. La deshonra puede provenir de una mala lengua, que se complace en robarnos la buena fama, atribuyéndonos acciones deshonrosas, que nos roben nuestro buen nombre. Peor es perder la honra que perder el caudal. Y es cosa muy dura a la naturaleza el llevarlo con paciencia, perdonarlo y amar al calumniador.

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo nos da esta victoria y con ella la mas dulce y serena alegría.

El calumniador es un criminal de la peor especie. Es un ladrón del mayor bien natural del hombre. Para el calumniador no hay paz, ni tranquilidad, ni alegría. Por muy embotada que tenga la conciencia no es posible que se sustraiga a sus mordientes remordimientos: el que obra el mal no puede tener alegría, aunque exteriormente la finja.

Pero el alma cristiana, que, ayudada de la gracia, sabe perdonar con amor generoso y heróico, ofrece al Señor todos los perjuicios, penas y dolores que causa la calumnia y queda hasta consolada cuando piensa que Jesús fué horriblemente calumniado, y sin defenderse siquiera perdonó generoso, y amó tanto que dió su vida por sus calumniadores. Y se dice enseguida: ¿No he de imitar a Jesús? ¿Porque no he de padecer yo, pobre pecador, lo que padeció el Santo de los Santos?

Recuerda también este sólido y consolador pensamiento: yo soy lo que soy delante de Dios, ni más ni menos, así me amen o me odien las criaturas.

Con este proceder, sacando provecho hasta de la deshonra, vive con la conciencia tranquila y goza de una alegría interior, que nadie puede arrebatárle.

Cuando el mundo tiene por deshonrada a una persona porque sigue y practica las máximas evangélicas y arde en celo por la salvación de las almas; si por esto es perseguida, se alegrará tanto más cuanto mejor conoce que ésta es la señal inequívoca de que Dios la ama y no hay mayor dicha que la de sufrir y padecer por Cristo.

Saliedo del concejo o Sanedrín los apóstoles, porque habían sido humillados con azotes crueles por amor a Nuestro Señor Jesucristo, salieron contentos y gozosos.

Aún de la deshonra saca interior alegría el alma sólidamente cristiana.

5.—No hay en la naturaleza mal mayor que la muerte; es la destrucción de la propia personalidad. Sin embargo, la religión hace de la muerte algo deseable, agradable, que se recibe con alegría.

De modo que si la religión no fuera el principal deber del hombre y el camino único para llegar a la felicidad eterna; todavía habría de ser amada y practicada porque es la alegría del vivir temporal.

La muerte, dice la religión de acuerdo con la experiencia, es el fin de los trabajos, el término de la tribulaciones y el principio de una vida feliz e inacabable, si hemos procurado servir y amar a Dios, cumpliendo su santa ley. La muerte es el último acto de nuestra vida efímera, y el primero de una vida dichosa y eterna. La muerte no es un mal, sino un bien; es preciosa la muerte de los justos; cuando se la anuncia contestan: me he alegrado con esta nueva: vamos a la Casa del Señor que es el cielo. Los que

mejor practican la religión desean morir, porque aguijoneados por el amor, de amor desfallecen, deseando vivamente unirse para siempre con su amado Jesús.

Hasta la muerte causa alegría al alma cristiana. Se alegra con las persecuciones y con la deshonra (no culpable) de acá abajo, bendice la pobreza y cuantos sufrimientos haya pasado.

Sí, sí; la religión es la alegría.



CAPITULO XIII

El Cristianismo y la alegría

1.—Dos son los estados del hombre, el de la naturaleza y el de la gracia, el natural y el sobrenatural. El primero es imperfecto y se perfecciona con el segundo; porque éste, sin quitar nada de lo bueno que la naturaleza tiene, le añade perfecciones muchas y muy excelentes de un orden superior.

Aunque la naturaleza tuviera todas las perfecciones que le competen, todavía sería muy inferior al estado sobrenatural, que no destruye ni quita nada a la naturaleza; sino que la enriquece con nuevos quilates.

Pero no es así; porque nuestra naturaleza está viciada, mal inclinada, enferma; y el orden sobrenatural la cura, la fortalece y robustece, la restaura y además le comunica una nobleza superior.

La elevación al orden sobrenatural se verifica en el Bautismo, que es un verdadero nacimiento a una vida superior.

Sin el Bautismo, el hombre carece de esta vida sobrenatural, de esta elevación y nobleza divina; sin fé, sin esperanza, sin caridad, sin el último fin sobrenatural, sin cielo. Se queda con una naturaleza oscura en la mente, flaca en la voluntad, desordenada en sus pasiones y sujeta a toda clase de trabajos sin compensación.

Sin Bautismo el hombre es un ser desequilibrado, envilecido. Así no fué formada la naturaleza por Dios.

Con el Bautismo el hombre se llama y es cristiano, con todas las prerrogativas que corresponden a su renacimiento sobrenatural.

2.—El que no es cristiano no tiene motivos para estar alegre y contento. Las deficiencias, las malas inclinaciones, el desorden pasional, la ignorancia de las verdades trascendentales y morales, sin esperanza en lo presente, sin consuelo en las penas que aquejan nuestra existencia actual y el desconocimiento de lo que haya en ultratumba y de su destino, no son cosas que causan alegría, sino tristeza y melancolía habitual y un constante malestar.

El cristiano en cambio tiene iluminada la inteligencia con la santa fe, robustecida la voluntad por la gracia, es fortalecido para dominar sus pasiones, y poseedor de méritos infinitos, los de Cristo, con la sólida esperanza de alcanzar su fin, que es una Bienaventuranza completa inanisible, que consiste en la posesión del Bien sumo y la satisfacción insuperable de la vida divina, que será su vida.

Todo pues, en el cristiano es motivo de alegría.

No está exento de disgustos, contrariedades, persecuciones, enfermedades y otros achaques comunes a la descendencia de Adán; pero posee un talismán con el que convierte en bienes todos los males; y sin dejar de sentirlos, sobre ellos se eleva su espíritu y flota la alegría que embalsama el ambiente que respira. Este talismán es su dignidad de cristiano; por la que ve la mano de Dios en todas las cosas, y por consiguiente en los sufrimientos, cualesquiera que sean de la presente vida. Considera y sabe que las penas de acá duran poco; y que con ellas se puede satisfacer por los pecados; y así fácilmente se convierten en olorosas flores, o en ricas perlas que serán nuestra delicia en la Patria celestial.

El cristiano sabe que el camino de la Gloria es camino de cruz; y que después del calvario llega fijamente el día de la resurrección.

Sobre todo, viendo a Cristo padecido, humillado, calumniado, abandonado y muerto, se abraza con gusto a todo lo amargo, doloroso y pesado de la vida; y de esta suerte se aposenta la alegría en su alma.

No es que el cristiano no sufra, lo repetimos, pero aún de esas desdichas saca alegría, al choque del talismán, como al choque del acero salta la chispa del pedernal:

3.—Ser cristiano es ser un “superhomo”, un hombre su-

perior. Posee una dignidad que rebasa las cimas de todas las dignidades del orden natural. Más que ministro, más que rey, más que emperador es ser cristiano; hombre que vive la vida de Cristo, partícipe de sus méritos, hijo de Dios, heredero del Cielo, rey en la gloria con todos los ángeles y bienaventurados, rey también que no reconoce más superior que el Rey de reyes y Señor de señores.

Tiene en la Fe el germen de la visión beatífica; y en la esperanza la prenda de su dicha eterna; y en la caridad la mayor exaltación y plenitud de la vida más amable y deliciosa.

Si con todo es flaco y falta a Dios, recurre a su misericordia, seguro de un amplio perdón, que no enfría el amor que Cristo por él siente. Lloro los yerros pasados con lágrimas dulcísimas. Ve lo presente complacido en el gratísimo pensamiento de que Dios le ama. Contempla lo venidero con la firme esperanza de que eternamente gozará de la vida del amor felicísimo de la Trinidad beatísima.

El verdadero cristiano ha hecho un pacto con la alegría y fiel es ésta a aquél: ni él se divorcia de la alegría ni la alegría de él.

La religión bien entendida y practicada no es triste ni melancólica, ni causa mal humor; es una ardiente alegría sin eclipse.

Es la alegría del vivir.



CAPÍTULO XIV

La alegría del católico

1.º—En realidad el cristiano y el católico no deben distinguirse, porque no puede ser fiel cristiano el que no es católico. En la práctica, sin embargo, por falta de lógica, tan corriente entre los hombres, se llama cristiano en general al que cree en Cristo, crea o no crea en la Iglesia; y católico al que cree en Cristo tal y como lo predica la Iglesia católica.

Gran dicha es ser cristiano de verdad y causa verdadera alegría al alma creyente. Mas hartos motivos tendrá para entristecerse, si no es cristiano integral, como el Evangelio enseña, esto es, si no es católico. Muchas veces lo hemos dicho de palabra y por escrito, y no me cansaré de repetirlo: no hay verdadero cristianismo fuera de la Iglesia católica. Sostenemos que en rigor lógico y conforme a la verdad, cristiano y católico se confunden y que en ese sentido el que no es católico no es cristiano.

De donde se sigue que sólo al católico corresponde cuanto hemos dicho en el capítulo anterior de la suma alegría, de la soberana alegría del cristiano.

2.—Cristo Señor nuestro no ha fundado más que una Religión, con una misma Fe, con una misma doctrina. Donde hay fe diferente y diferentes y varias doctrinas no puede estar la religión de Cristo. En ella todo ha de ser verdad, porque Cristo no ha enseñado errores, y la verdad es la misma siempre, invariable e inmutable.

Ahora bien, dentro de lo que se llama cristianismo hay una iglesia que vindica para sí la autoridad doctrinal de Cristo; pero también hay otras escuelas o sectas, que se llaman religiones, que rechazan esta autoridad, después de haber vivido sometidos a ella: son ramas desgajadas.

Si la autoridad doctrinal existe, el cristianismo sólo está donde está la autoridad. Si no existe, el cristianismo está en todas y en cada una de las escuelas o sectas; porque no habiendo autoridad, cada uno está en su derecho admitiendo o rechazando lo que bien le parece, dando al Evangelio un sentido u otro, distintos entre sí y aún en oposición uno de otro. Pero ¿a quién se oculta que si fuera esto razonable, la doctrina de Cristo, como de tal Maestro, no existiría, porque resultaría contradictoria?

¿Quién nos garantiza que Cristo enseñó lo que un sector protestante sostiene, y no lo que sostiene otro en oposición al primero?

En este sistema del libre examen, de la autonomía de la razón individual en materias de fe y doctrina, el cristianismo se esfuma. Tal es la enseñanza de la lógica.

Luego hay que recurrir a la autoridad, que nos garantiza con certeza lo que Cristo ha enseñado y el sentido en que lo ha enseñado. Admitida la autoridad infalible, tenemos siempre y en todas partes la misma Fe, la misma verdad; como debe ser la Fe, y la verdad de la doctrina, de la religión de Cristo-Dios.

Bastan estas indicaciones. En otra parte hemos demostrado que en efecto Cristo instituyó su Iglesia y la dotó de autoridad, de un magisterio infalible, para que los fieles se vieran obligados a creerla y seguirla con plena certeza, bajo pena de eterna condenación.

No hay, pues, cristianismo fuera del catolicismo. Sólo el católico, objetivamente hablando, sólo el católico es cristiano, tal y como Cristo lo ha dispuesto.

Luego la alegría que acompaña al cristiano sigue al católico, que en serlo tiene nuevos motivos de alegría.

3.—Es un nuevo motivo de alegría el poderse dar cuenta en cada momento de la certeza con que cree. Lo enseña la Iglesia, dice, luego lo enseña Cristo, luego es verdad.

Fuera de la Iglesia se carece de esta certeza; porque lo que uno cree, otros lo contradicen con la misma autoridad que tiene él para creer lo que cree.

¿Quién tiene razón? La duda se impone, la vacilación domina; y la Fe, que ha de ser certeza, desaparece.

El católico dice: Cristo ha comunicado a su Iglesia su magisterio infalible; los que a él no se someten están fuera de la religión de Cristo, e ignoran cual es la verdadera doctrina del divino Maestro. Todos yerran; más yo tengo certeza de que lo que creo es lo que Cristo enseñó: ¡Gracias, Dios mío; soy feliz en creer! Siento una alegría inefable, que fluye de la certeza; como ésta fluye de la autoridad doctrinal de la Iglesia. ¡Oh, esta certeza es un admirable don que recibimos de nuestro amadísimo Maestro!

Sin esta certeza no se concibe la religión. No basta una certeza puramente subjetiva; debe ser objetiva, procedente, no de la facilidad que tengamos para creer, sino porque brota de las instituciones creadas por Cristo. Esta certeza, que nos viene de fuera, está dentro de nosotros y con nosotros se identifica; pero no procede de nosotros, no nace de las disposiciones de nuestra naturaleza, o de las disquiciones de nuestra razón.

Esta es fuente de una alegría que sólo el católico puede sentir. Unido a la Iglesia, unido está con lazada fuerte e irrompible con la verdad, con Cristo que es la verdad.

4.—De éste se originan otros motivos de alegría, el conocimiento cierto de lo que es bueno y de lo que es malo, pues se lo enseña con plena autoridad la Iglesia.

Si se prescinde de esta autoridad, sólo hay opiniones, vacilaciones y dudas; nadie sabe con certeza lo que es bueno, aunque otros lo impugnan; y lo que es malo aunque otros lo aprueben. La autoridad de la Iglesia cierra la puerta a éstas inquietantes disquiciones y contradictorios pareceres. Ahora bien, sin normas ciertas ¿cómo se regirá la conciencia? Sin autoridad en materias de Fé, se impone el escepticismo en lo especulativo. Sin autoridad en materias de costumbre se impone el escepticismo en el orden moral. Y con el escepticismo ni hay Fe, ni hay moral.

El católico sabe con plena certeza lo que debe hacer y lo que debe evitar. La duda es incompatible en la profesión de católico. Esta certeza es fuente de alegría, porque conoce la manera de agradar a Dios el católico y el camino seguro de la eternidad feliz.

5.—La Iglesia nos da de Dios una idea grandiosa, que entraña para nosotros el deber ineludible de honrarle y rendirle culto. ¿Cómo? Este "cómo" nos lo revela la Igle-

sia, mandándonos tomar parte en el culto que ella rinde a Dios: un culto único, el mismo en todos los tiempos y en todas las partes. La santa Misa, las oraciones por ella aprobadas nos dan la seguridad, si las practicamos con Fe y piedad, de que damos a Dios una honra infinita, cumpliendo de esta manera el deber sacratísimo que nos incumbe, cuyo cumplimiento alegra nuestra vida y corazón.

6.—La vigilancia que ejerce la Iglesia sobre las doctrinas, condenando las erróneas; la solicitud que tiene de nuestra salvación, proporcionándonos medios, los más eficaces, con la palabra divina y los sacramentos; los consuelos que nos prodiga en nuestras desgracias y sus tiernos y eficaces cuidados en la hora de la muerte, para prepararnos a fin de entrar limpios, fortalecidos y triunfantes en la región de la eternidad; es una prueba terminante de que tenemos en la Iglesia una madre poderosísima, sapientísima, tiernísima y solícita, que nos ama con vehemencia y no nos abandona ni un sólo instante. Ella es Cristo que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres; que por esto nos ha dicho que con la Iglesia, que es su Cuerpo místico, estaría todos los días hasta la consumación de los siglos, siempre amándonos, siempre prodigándonos los tesoros de su infinita caridad y las caricias de su amantísimo corazón.

¡Qué dicha ser católico! ¡Qué alegría la que esto nos produce!

Tengo seguridad de que en la hora de la muerte podré exclamar con júbilo como Santa Teresa de Jesús: Gracias, Dios mío, soy feliz porque muero en el seno de la Iglesia Católica Apostólica Romana.



CAPITULO XV

La alegría de la penitencia

1.—¿Penitencia y alegría? Parece un contrasentido.

La penitencia dice dolor, pena, mortificación y trabajo; todo merecido por nuestras culpas. La alegría, en cambio, es regocijo y júbilo, contento y satisfacción, que sale de lo íntimo de nuestro ser. ¿No parece un contrasentido, una paradoja, la junta de cosas tan contrarias?

Esto parece, miradas las cosas superficialmente; pero de hecho resulta todo lo contrario; pues existe la mayor armonía entre la alegría y la penitencia, cuando se estudian a fondo, aún vistas a la luz de la historia y de la experiencia.

No se aleja la alegría de la verdadera penitencia; ni está ésta reñida con la suma alegría.

2.—¿Qué es la penitencia? Es un dolor muy vivo por los pecados cometidos, acompañado de alguna pena afflictiva, ya voluntaria, ya impuesta por el mismo Dios, que nos la envía, para que, soportándola bien, podamos satisfacer a la divina justicia.

Hay pecados que pesan sobre nuestra conciencia, de los cuales solicitamos humildemente el perdón; hay la pena de haberlos cometido; hay también algún sufrimiento, de alguna manera voluntaria, con que deseamos pagar el placer que pecando buscábamos.

El creyente sabe que con la penitencia Dios perdona todos los pecados, y que el alma queda limpia de las negras

manchas que la afeaban y recobra la gracia de Dios perdida, que la hermosea y enriquece.

Es fecundísima la penitencia para librarnos del mal mayor, que es el pecado; para reconciliarnos con Dios, que es el mayor bien; para recobrar su amistad, para darnos o acrecentar la vida espiritual, prodigándonos este conjunto de bienes, los mayores de la presente vida. La penitencia restaura en nosotros el equilibrio perdido por el pecado, restablece el orden y nos proporciona tranquilidad y paz.

¿No son todas estas cosas motivo de viva alegría?

Bienes superiores a éstos no se conciben siquiera. Males más graves y trascendentales de que la penitencia nos libra no hay cosa que nos libre. Luego la penitencia que nos libra de tantos males y acumula en nosotros tantos bienes, resulta sumamente apetecible, si oímos la razón. Debemos gozar alegremente las riquezas del orden moral que la penitencia nos proporciona.

Para no sentir esta alegría sería preciso que tuviéramos atrofiado el sentido moral y entenebrecida la inteligencia; es decir, que dejáramos de entender y sentir como hombres.

La penitencia es la alegría del hombre, porque es la alegría del pecador, y pecadores somos todos, por desgracia.

3.—Consideremos ahora una particularidad de la penitencia. Cristo Señor nuestro la ha convertido en sacramento. Sabía que, aún después del bautismo, nuestra fragilidad nos haría caer en pecado. Y en vez de dejar libre el paso a la justicia, por la gravedad que reviste la culpa de los cristianos, abre las cataratas de su misericordia infinita e instituye un sacramento de clemencia y perdón, sólo para los pecadores cristianos.

Esto es una maravilla de la caridad infinita del Redentor para con las almas redimidas, que anulan para sí la recondición, pecando.

Tan grave es la ofensa que al Redentor hace el cristiano que peca, que en los antiguos tiempos hubo quienes negaron a la Iglesia el poder de perdonar a sus hijos pecadores. Es que el cristiano es miembro del Cuerpo místico de la Iglesia, del cual Cristo es la cabeza. La sublevación de un miembro contra su cabeza con un acto de rebeldía, le hace acreedor a que se le ampute para siempre. La Igle-

sia condenó este error, como una heregía; pero queda en pie la extrema gravedad del pecado del cristiano.

Cristo, no obstante, se compadeció de nuestra miseria; porque su corazón rebosaba amor, que no podía comprender el corazón de los herejes. Así instituyó Cristo para nosotros los cristianos, y nada más que para nosotros, el sacramento de la penitencia.

Tanta caridad nos ha de causar honda alegría, viendo que somos tan amados, aún siendo malos; contando con un medio fácil y eficaz de recobrar la gracia perdida. Alegrémonos con la clemencia del Redentor; pero esta alegría no ha de servir para facilitar nuestras caídas, pues sería monstruoso; sino para retraernos de la culpa, por ser ofensa a un Dios que tan infatigablemente nos ama. La institución del sacramento de la penitencia debe alegrar nuestro corazón y nuestra vida.

4.—Efectivamente, cuando seducidos por las cosas sensibles que nos atraen, o enagenados por una violenta pasión, nos olvidamos que somos de Cristo y obramos como si no tuviéramos Fe, y tenemos el atrevimiento de quebrantar la ley del Señor; sentimos viva pena por habernos enemistado con Cristo, y nos da vergüenza el recordar, no sólo las excelencias del Ofendido, sino también su infinita bondad, el amor con que nos mira, aún siendo pecadores.

A veces la ceguera espiritual es duradera y los pecados se multiplican y el corazón se entumece y huye el pecador de su Dios, como Adán y Eva en el paraíso, después de haber pecado; y abandona las prácticas de piedad, que son oración santa, y permanece muerto mucho tiempo: todavía de vez en cuando se siente iluminado por un rayo de esperanza de la reconciliación por medio del sacramento.

Una confianza hecha a un Padre, unas lágrimas de compunción, y con esto el pecador encuentra cariño y un maestro que le enseña, un médico que le cura, un Padre, en fin, que llora con él, le consuela, le fortalece y le perdona con la autoridad de Dios.

¿Quién podrá explicar la alegría que siente el pecador perdonado, al levantarse de los pies del confesor, que es Cristo? Se ha obrado en él un cambio profundo, una verdadera metamorfosis. La tristeza se convierte en alegría, en una satisfacción inmensa, en gozo inefable. Ya es amigo de Dios y le mira Jesús con buenos ojos. Si se muere se salva.

Ya no ve las cosas con la mirada de la pasión, que antes le cegaba; comprende que su vida fué una gran locura; pero ha recobrado la razón, se ha avivado su Fe, ama a Dios y es amado por El. Son santos sus pensamientos, santos sus afectos, santos su propósitos. Tal es la obra de la penitencia.

El demonio y la impiedad, su instrumento, trabajan para hacer odiosa la confesión, el sacramento de la Penitencia, que nos cerciora de la bondad de Dios que perdona y hasta nos da buenas disposiciones para obtener su gracia y amistad.

Quiere el enemigo retener al pecador en su pecado, inutilizar la misericordia de Dios y burlarse de ella. Combatir la confesión es un recurso demasiado eficaz para impedir las conversiones y acrecentar el número y gravedad de los pecados, con notable daño de las almas y maligna influencia desmoralizadora en la sociedad.

La confesión es obra divina y de práctica fácil, habiendo dolor, buen propósito y buena voluntad. Lo saben bien los que sinceramente la practican.

La experiencia enseña que para el pecador no hay manantial más fecundo de paz, tranquilidad y santa alegría que el misericordiosísimo y consolador sacramento de la Penitencia.

Sí, sí; de la Penitencia brota la alegría más intensa; la verdadera penitencia es inseparable de una razonable alegría.

Es la alegría del vivir para el alma pecadora.



CAPITULO XVI

La Eucaristía y la alegría

1.—El manantial y fuente inagotable de alegría se encuentra en la Eucaristía, el sacramento del amor.

Se necesita Fe; pero la Fe basta. Cuanto más viva es la Fe, más viva es la alegría de que con la Eucaristía goza el alma creyente.

En ella hallamos a Dios, al mismo Dios, a Cristo Señor nuestro, deseoso de estar con nosotros, de vivir con nosotros, de regalarse con nosotros, ansioso de hacernos bien, Está Jesús, no como juez para hacer justicia, castigando nuestras iniquidades; sino como Médico para curarnos, como Maestro para enseñarnos, como Consolador para consolarnos, como Capitán para defendernos, como Rico y Poderoso para enriquecernos, como Señor para enoblecernos, como Amigo para darnos sus tesoros y darse El mismo; como Padre tiernísimo para perdonarnos y cuidar cariñosamente de nosotros; y hasta como divino y soberano Alimento para comunicarnos su misma vida.

No cabe mayor dicha; ni acá en la tierra pueden darse más sólidos y eficaces motivos de alegría.

Todo lo que podemos apetecer lo encontramos, lo tenemos en la Eucaristía.

2.—En ella está el cuerpo y sangre de Nuestro Redentor, con vida, y por consiguiente con alma, unida a la persona del Verbo. Está Cristo mismo, entero, glorioso como está en el cielo.

Sin embargo, le vemos humillado, anonadado, para que no nos espante su gloria y su grandeza. Pero El no pierde su gloria, como no pierde su divinidad; la oculta, la esconde, la vela con los accidentes sacramentales, para hacerla más asequible a nuestra pequeñez, para aumentar nuestra confianza, despojado exteriormente de cuanto pudiera aterrarnos.

Está en innumerables partes de la tierra, donde quiera que haya un sacerdote, para que no nos cueste trabajo encontrarle; para que entendamos con cuanto cariño, haciendo uso de su omnipotencia, nos busca, nos oye, nos atiende, siempre que nos plazca.

Es la Eucaristía la suma de todos los bienes, es el Amor infinito, omnipotente, que siente hambre y sed de nuestro amor; tesoro riquísimo que arde en deseos de comunicarse.

En las ciudades, en los campos, en las islas, hasta en los desiertos, con tal que haya un sacerdote, se halla siempre de noche y de día, a todas horas, en el sagrario por y para nosotros, para que encontremos en El remedio para nuestros males, consuelo en nuestras aflicciones, verdad en nuestra ignorancia, guía en nuestras vacilaciones, fortaleza en nuestra debilidad, confianza en nuestros desmayos, sostén en nuestros desengaños, victoria en nuestras luchas y tentaciones y luz que nos ilumina y nos liberta, y camino seguro en medio de las encrucijadas de este mundo y vida santa y divina con que desaparecerán las debilidades y enfermedades de la vida terrena.

Recurramos siempre a la Eucaristía y desaparecerán nuestras angustias mortales y nos sentiremos felices teniendo al autor de toda felicidad; y estaremos alegres porque nos comunicará la alegría. Aquel que para alegrar nuestra vida presente y prepararnos para la futura ha querido quedarse con nosotros, siendo vecino nuestro, amigo nuestro, bienhechor nuestro, que nos ama, al parecer, más que a Sí mismo, pues se humilla hasta lo sumo y pasa por los mayores desprecios con tal de estar siempre pronto para hacernos bien.

Si quieres alegría, ama, busca, frecuenta la Eucaristía.

3.—Si el alma suspira, como debe, para dar al Señor un culto digno de El como Dueño y Señor de todas las cosas, y una prenda digna de El, como bienhechor, por los dones y gracias con que ha enriquecido a sus criaturas; y un obsequio, también digno de El, para moverle a que nos conceda

cuanto necesitamos, cuanto a este fin le pedimos; y una Víctima, digna de El para que por ella nos perdone todos los pecados; tenemos la santa Misa, esto es, la Eucaristía como sacrificio, que ofrecido con amor y confianza, consigue el católico estos interesantes fines.

¡Cuánta alegría derrama sobre el alma una Misa bien oída! No sólo nos comunicamos mano a mano con el Señor, sino que le pagamos por creces cuanto le debemos.

Recordando que Jesús nos ha dicho que morimos si no comemos su carne y no bebemos su sangre, es decir, si no comulgamos, después de admirar y bendecir la caridad infinita del Sagrado Corazón de Jesús, al darse a nosotros como alimento, para comunicarnos su propia vida; temblando por nuestra indignidad, confiados en la bondad divina, gozosos por tomar parte en tan rico banquete, nos acercamos a la sagrada Mesa y recibimos al mismo Cristo que viene palpitante de amor a nuestro corazón, para regenerarlo, alimentarlo, purificarlo y abrasarlo en las llamas de su amor.

¿Hay algo superior a la sagrada Comunión? ¿Hay algo que supere la alegría que nos causa al recibir a Dios en gracia y caridad?

Cristo, el Dios hombre, infinito y eterno, todo altísimo, viene a nosotros para iluminarnos, levantándonos hasta El haciéndonos hasta cierto punto una misma cosa con El.

Después de comulgar el alma se reconcentra en sí misma y contempla a Jesús en su corazón y le mira confiada, y con El se recrea y le ofrece cuanto es y tiene y le pide cuanto necesita con la seguridad de conseguirlo; que habiéndose dado El, que vale más que todos sus dones, no nos negará lo que vale infinitamente menos; siente el que ha comulgado ardientes deseos de amarle más, de meter su corazón en el Corazón divino. ¿Quién podrá explicar lo que pasa en el alma que comulga fervorosamente?

La comunión se nos facilita cuantas veces queramos, pues sólo la indignidad voluntaria nos impediría dar gusto a Jesús comulgando.

No cabe mayor dignidad, ni mayor ni mas legítima alegría que una comunión hecha con fé, humildad y amor.

La alegría de comulgar supera a otra cualquiera alegría.

4.—Y no basta con esto. Al fin la Misa es un acto que pasa; y otro acto que pasa es la santa comunión. Cristo quiere estar con nosotros de una manera permanente, quie-

re vivir y morar en nosotros, para que le encontremos siempre que queramos en el Sagrario.

Es esta la maravilla de las maravillas: en el sagrario está siempre, esperando nuestras visitas, con las manos henchidas de gracias y un corazón deseoso de repartirnoslas.

Jesús en el sagrario lo es todo para el que le busca, le visita, con El se comunica y en El confía.

De cerca ó de lejos, pensemos en el sagrario, fija la memoria en nuestro Amado, que es nuestro Dios. Acudamos confiadamente al Sagrario y el Prisionero de amor nos atenderá y nos dará cuanto le pidamos.

No hay pueblo en el mundo, ni lo ha habido, ni lo habrá que tenga tan cerca sus dioses como el pueblo cristiano tiene a su Dios único, dispuesto siempre a favorecerle.

Ciertamente el que está triste es porque quiere. El Corazón Eucarístico de Jesús es un manantial perenne de dicha y de alegría. Hay y encontramos en la Eucaristía todos los bienes que podemos desear y juntamente un amor fino, delicado y ardiente a prueba de infidelidad e ingratitudes.

Por esto el que afirma que la religión y la piedad comunican tristeza y melancolía al alma, no sabe lo que se dice.

La alegría del vivir para el alma cristiana está en la Eucaristía.



CAPITULO XVII

María causa de nuestra alegría

1.—Nos lo dice la Iglesia en la letanía lauretana: **Causa nostrae lætitiæ, ora pro nobis**: causa de nuestra alegría ruega por nosotros.

Está pues justificado para todo católico el título de este capítulo.

María es la causa; la alegría el efecto; pero de la alegría en concreto, de la que está en nosotros, de "nuestra" alegría. Luego por la devoción a la Señora, los que cultivan su amabilísimo trato, los que la honran y la aman, éstos son los que reciben la alegría de manos de nuestra santísima Madre.

Los que se alejan de ella, por su indevoción, indiferencia, falta de amor, o sobrados de pecados, no pueden recibir la alegría. En este sentido no influye María en ellos con el efecto propio, que es la alegría; aunque suscite remordimientos en su conciencia para que se duelan del pecado, propongan firmemente la enmienda; en una palabra, se conviertan. Esto no es la alegría, sino la esperanza de conseguirla, mediante la conversión realizada con la gracia de Dios correspondida; y así pueda hacerse devoto de María y recibir de ella como merced la alegría del corazón. Nunca olvidemos que no se da, ni se puede dar la alegría en el que vive en el pecado con obstinación. Es ésta una verdad que jamás debe olvidar el hombre: el pecado mata la alegría, a pesar de todas las falaces apariencias.

2.—María es causa de nuestra alegría, por ser la Madre de Jesús. Todo lo que ella es, lo es por ser Madre de Jesús, Madre de su Criador, Madre de su Salvador. Concurren, pues, en ella las mas preciadas joyas de naturaleza y gracia, todas las perfecciones de orden natural y sobrenatural, realizado todo con la inefable dignidad de Madre del Eterno. Es Madre amable, es Madre admirable. Es toda hermosa, porque todo lo hermoso se halla en María para que sea grata sobre toda ponderación al corazón del eterno Padre. No hay perfección que en ella no se encuentre, ni virtud que le falte. Cuanta belleza se halla repartida en la naturaleza, junta y realizada está en ella. Todas las excelencias, gracias y prerrogativas, repartidas entre los ángeles y los santos, todas se hallan juntas y de manera más excelente en ella.

Es humilde, obediente, mansa, prudente, justa, fuerte y en todo moderada. Brilla por su pureza virginal, por su fe vivísima, por su firme esperanza, por una caridad tan sublime que la mueve a sacrificarse totalmente con gusto por Dios y por los hombres.

Todo esto para ser Madre de Cristo, de Cristo que es toda nuestra alegría.

Y es Madre de Cristo muy libremente, muy conscientemente, sabiendo todas las grandezas y glorias del que había de ser su Hijo, y todos los dolores y sacrificios que había de consumir para salvar al hombre.

Todos los bienes que por Cristo recibimos, todos los debemos a María, porque le debemos al mismo Cristo, al dar su consentimiento para ser Madre de Dios.

Y como a Cristo se lo debemos todo, todo se lo debemos a María. Es la Bienhechora universal.

Amable por sus perfecciones, admirable por su dignidad, merecedora de toda gratitud por el bien que nos hace, esperanza nuestra, incansable en el empeño, eficaz de suyo, de librarnos de todo mal y conquistar nuestra dicha temporal y eterna: bien merece llamarse causa de nuestra alegría; porque descansa tranquila en sus brazos nuestra alma, derretida de amor hacia ella.

3.—Es nuestra Madre por ser Madre del Redentor.

El amor tiernísimo de Jesús, no ha querido redimirnos sólo, ha dispuesto que concurriera su Madre haciéndola corredentora. El es nuestro Padre que nos da la vida sobrenatural; pero ha querido también darnos una Madre.

Esta Madre es María, que coopera a nuestra vida sobrenatural.

La ternura infinita del Corazón de Jesús, derramada a torrentes en el corazón de María, ha llenado el Corazón de nuestra Madre, que nos ama con ternura casi infinita, con la ternura de Jesús, que en ella se ha hecho maternal.

Cuando un hijo tiene una madre de mucho talento y discreción y de bondad inefable y una solicitud a la que nada se esconde y por consiguiente de un amor siempre dispuesto al sacrificio por el hijo, éste rebosa complacencia y siente soberana alegría por tener tal madre; porque sabe que con ella nada le faltará, y sobre todo, que nunca le faltará su cariño.

Pues así rebosa complacencia y alegría el corazón católico que conoce a la Santísima Virgen María, pues siente por ella un tierno amor filial; porque sabe que siempre velará por él, que nunca le abandonará, que constantemente sentirá su amor maternal, sin que haya nada ni en el tiempo ni en la eternidad, ni en el infierno ni en la tierra, ni siquiera en el cielo, que pueda arrebatárle este riquísimo tesoro.

Nunca nos fallará el amor, nunca la tierna solicitud de nuestra bendita Madre.

Gran motivo es éste de gozo, de júbilo, de alegría superior a cualquier otro, exceptuado el Corazón amantísimo y omnipotente de Jesús. Y siendo así que nuestra confianza y amor está todo puesto en Jesús; pero de una manera sensible y al parecer con mayor afecto, al amor maternal, femenino de nuestra amantísima Madre, que después de todo no tiene más objeto que llevar a sus hijos a Jesús, y de atraer a Jesús a sus hijos.

Los muchos peligros que corremos para perseverar en la práctica de la virtud y salvarnos: el pecado nos cerca, las pasiones tumultuosas nos asaltan, el enemigo de nuestra salud no duerme; ¿quién nos dará fuerza para luchar en estas batallas y triunfar de tantos enemigos? ¿Quién si caemos nos levantará? La madre, sólomente, la madre que no quiere que ningún hijo suyo perezca. Es la Buena Pastora y no dejará que permanezcan en las garras del lobo infernal sus queridas ovejitas, sus corderos, sus cabritillos, con tal que la amen y confiadamente amándola la invoquen.

4.—Nunca sintamos miedo de llegarnos a María, por

malos que seamos; una madre recibe siempre con amor a sus hijos, que aún flacos, miserables y pecadores la amen arrepentidos.

Es María la alegría del pecador que quiere reconciliarse con su Redentor.

Es la alegría del alma contristada porque sale vencedora de la tentación.

Es la alegría del pobre, porque recibe de ella amor a su pobreza, tranquilidad y paz.

Es la alegría del enfermo, que siente sus cuidados maternales, comunicándole conformidad, consuelo y alivio.

Es la alegría del triste, cuando deposita en su corazón maternal sus cuitas y tribulaciones.

Es la alegría de los prisioneros a quienes ampara en su corazón.

Es la alegría de las madres que le confían sus hijos.

Es la alegría de todos los que sufren, consolándolos y remediándolos.

Es la salud de los enfermos, refugio de pecadores, consoladora de los afligidos, auxilio de los cristianos y sostén de todos los santos. Por esto, todos la llaman causa de nuestra alegría.

Sóis, oh Madre mía, también el refugio, consuelo, fortaleza y aliento de los sacerdotes; y por esto, os invocamos diciendo: Madre nuestra, no nos abandonéis; en vos confiamos; sois la causa de nuestra alegría.



CAPITULO XVIII

La alegría en la unión con Dios

1.—La felicidad es Dios y por esto Dios es la suprema alegría.

Luego cuanto más nos acerquemos a Dios, cuanto más y mejor unidos estemos con El, tanto más alegres estaremos, tanto mayor y más intensa será nuestra felicidad.

Gravísimo error es creer que esta unión es triste, pesada, aburrida y todo porque, buscando estar unidos con Dios, nos privamos de muchas cosas terrenas, en las que los mundanos ponen sus delicias, pensando que fuera de ellas es imposible todo placer y gusto. Dos errores torpísimos hay en este pensamiento: uno, que realmente nuestra alegría, nuestra dicha está en los placeres y gustos con que nos brinda el mundo. Otro error, tener tan baja idea de Dios que se nos ocurra que es cosa aburrida y casi desesperante el buscar y conseguir esta unión con El. Si le poseemos, poseemos todos los bienes; si de El nos separamos, caerán sobre nosotros todos los males. Esta es la pura verdad, enseñada por la Fe y la razón y la experiencia.

Cuando la conciencia nos dice que agradamos a Dios, que Dios está contento de nosotros y que nos mantiene unidos a Sí, ciertamente que sentimos un gozo y alegría inefable, que ninguna criatura nos puede dar ni arrebatarse.

2.—El mayor bien es la unión con el Sumo Bien.

¿Cómo se verifica esta unión? Lo primero por la gracia.

Nuestra naturaleza, por ser criatura está unida con su Creador, que está en ella, que continuamente la crea, la sostiene y la vivifica, como a imagen y semejanza suya. En ese sentido la unión con Dios de nuestro ser, es la única razón de nuestra existencia.

La gracia es la elevación de nuestra naturaleza, y esta elevación nos une más estrechamente con Dios, nos pone en contacto con Dios de manera más íntima, sobrenatural, que nos pone en condiciones de poder participar de la misma vida de Dios, mediante la gracia santificante.

Vivir, aún en la tierra, la vida de Dios, es la obra de la gracia. ¿No es estrecha, sublime, inefable esta unión?

Entre católicos sólo el pecado puede romperla; porque el pecado, y sólo él, mata esta vida divina. Sin pecado el católico participa siempre de la vida de Dios, hasta poder decir: Ya yo no vivo, es Cristo quien vive en mí.

¿Hay un pensamiento, hay una realidad, que pueda comunicarnos más alegría? Que las tormentas de la vida terrena rugen sobre nuestras cabezas; que la adversidad nos visita con su séquito de amarguras, que nuestro cuerpo sufre agudos dolores; cuando pensamos y sentimos que estamos en gracia de Dios, todo se nos hace ligero, y las penas se esfuman y las tinieblas desaparecen a la luz clarísima de esta luminosa convicción: estoy en gracia de Dios; Jesús está conmigo y no me abandonará: vivo su misma vida. Y sin dejar de sufrir, por encima de las penas y tribulaciones, brilla una serena alegría que inunda el alma y le comunica una tranquilidad y paz admirables, que se manifiesta por una dulce sonrisa y palabras suaves henchidas de santa conformidad con la bendita voluntad de Dios.

Vivir en gracia es vivir en Dios, y vivir en Dios es la perfecta alegría.

3.—La gracia la da Dios, lo mismo que cuanto el hombre es y cuanto bueno tiene; pero es preciso que cooperemos nosotros a la gracia con una voluntad resuelta. Dios nos une a sí; pero exige que nosotros queramos unirnos a El; haciéndole entrega de nuestra voluntad.

Dios nos une a El por la gracia; nosotros nos unimos a Dios juntando, dando y fundiendo nuestra voluntad con la suya.

Y esto es otro manantial de alegría. Mientras domina en nosotros la propia voluntad nos sentimos tristes y pesados; porque necesariamente nuestra voluntad tropieza con.

otras voluntades; si se impone, da que sufrir y a la postre sufre también; si se ve obligada a ceder y a rendirse se siente contrariada y humillada con tristeza y mal humor.

Pero cuando entregamos nuestra voluntad a la voluntad de Dios, nuestro querer o no querer al el querer o no querer divino; cuando identificándose nuestra voluntad con la de Dios, como se funde e identifica hasta cierto punto lo inferior con lo superior; entonces siempre hacemos lo que queremos; porque siempre se hace lo que Dios quiere, dispone o permite; y lo que el Señor quiere, dispone o permite es lo que queremos nosotros. De suerte que ningún acontecimiento nos entristece, porque todo sucede según nuestra voluntad, sucediendo todo según la voluntad de Dios, que hacemos nuestra.

Cegamos con esto la fuente de todos los disgustos, de todas las contrariedades, que son las que impiden, turban o matan la alegría.

Cuanto más unida está nuestra voluntad con la divina, más perfecta es; porque participa más de la voluntad infinitamente perfecta de Dios, que es su infinita perfección. Y a todo ser consiente la perfección, le comunica bienestar, del cual brota la alegría en los seres racionales.

El católico se complace con que se haga la voluntad de Dios, aún la permisiva. Lo que Dios quiere, quiere él; lo que Dios permite, lo permite él. Sólomente tratándose del pecado, que Dios permite, respetando el libre albedrío del hombre, enderezándolo a su mayor gloria con su Providencia sapientísima y potentísima. Tiene el deber el católico de procurar impedirlo, y trabaja con asiduidad para evitarlo o corregirlo, siempre conformando, aún en esto, su voluntad con la de Dios. Participa así de la tranquilidad de la voluntad soberana del Eterno, porque esta voluntad posee por completo la nuestra.

Queramos lo que quiere Dios y siempre estaremos contentos y alegres. Es unirnos con Dios y en esta unión está la alegría.

4.—Esta unión de la gracia y de la voluntad se completa con la unión del amor. El amor es de suyo unitivo; busca al Amado y vive estrechamente unido a El, cuando el amor es muy intenso.

El amor participa de las cualidades, buenas o malas del objeto amado, hablando del amor humano. Cuando lo amado es algo ruin, ruin es el amor; si es noble, noble es

el amor; si es carne, carnal es el amor; si es oro, metalizado es el amor; si es Dios, divino es el amor.

El amor a Dios nos eleva hasta Dios mismo. Encuentra en su ascensión el amor divino y con el se funde; y uno sólo es el amor de Dios al hombre y el amor del hombre a Dios. Es la más completa y perfecta unión con el Criador y Redentor, que se consumará en el cielo con el amor glorioso, completo y eterno.

La unión del amor alegra grandemente al hombre, porque nada le interesa lo bueno o malo del tiempo, de la vida presente, de las criaturas. Es indiferente a todo, porque sólo le interesa lo que ama, que es Dios. Nada pues le contrista.

Siente las ofensas hechas a su Amado; pero ni aún esto le quita la alegría interior, satisfecho y contento porque su vida se resume en estas palabras: amo y soy amado de Dios: mi vida, mi gloria, mi dicha y mi alegría consiste en amarle y en entender que soy de El amado.

No lo olvidemos; no nos da alegría el mundo con sus grandezas y glorias, con sus riquezas y placeres. La verdadera alegría está en nuestra unión con Dios.



CAPITULO XIX

La alegría y la caridad

1.—Dijo el divino Maestro, y nos lo recuerda el Apóstol de las gentes, que es mejor dar que recibir. Y comentando la palabra divina podemos afirmar que más se goza dando que recibiendo; que la alegría no está principalmente en los que reciben favores; se encuentra y está más bien en los que por caridad los dispensan, sobre todo a los necesitados.

No busquéis alegría en los avarientos, en los acaparadores, en los usureros, porque los veréis siempre desazonados, inquietos, sedientos de mayores ganancias, a manera de los hidrópicos, siempre sedientos, tanto más cuanto más beben.

Las gentes, aún las ricas que no dan, porque temen quedarse pobres, son esclavas de sus riquezas y de los temores de perderlas; y la alegría huye espantada de ellos.

No hay alegría para el envidioso, porque la envidia tristeza es: recibe pena el envidioso del bien ajeno, que debería ser su gozo.

No la hay para el vengativo, nunca satisfecho si no puede perjudicar a la persona que odia.

Está refida con el egoísta, que sólo procura su bien, aún a costa del bien del prójimo; pues nunca consigue complacer al "yo" que es el ídolo insaciable de su corazón.

2.—La verdadera, sólida y constante alegría es compa-

ñera inseparable del amor al prójimo; y más si este amor incluye sacrificio, que por amor a Dios se acepta y practica. Este proceder es muy grato al Señor, porque, es cierto que complace mucho al Altísimo el amor a nuestros hermanos. Y esto lo sabe el que no escatima sacrificios en favor del prójimo; y este conocimiento le causa purísima alegría. Obsérvese que de los diez mandamientos de la Ley de Dios, sólo tres miran al Señor; los otros siete son en favor del prójimo. En la Ley Nueva, Cristo Señor Nuestro encarece y preceptúa este amor como un precepto nuevo, el precepto suyo por excelencia, que será ante los cielos y la tierra la señal más evidente de que somos discípulos suyos.

Tan riguroso es Cristo Señor nuestro en exigir este amor que manda que se extienda hasta a los enemigos. Para inculcarlo más se vale de sencillas y hermosas parábolas, y, sobre todo, de su ejemplo, pues pasó la vida haciendo bien, aunque en pago recibiera ingratitudes, odios, persecuciones, pasión y muerte.

El católico que no tiene esta caridad, no puede estar tranquilo, porque sabe que falta al más querido de los mandamientos divinos; y la conciencia no le permite gozar en paz de su torpe egoísmo.

Tanto más cuanto que los apóstoles no cesan de predicar esta doctrina a los fieles, y San Juan llega a decir que no ama a Dios quien no ama al prójimo.

Este amor nos reconcilia con la divinidad; y practicado por medio de la limosna, lleva consigo el perdón de los pecados.

Toda la religión en dos preceptos se encierra, dice el divino Maestro, en amar a Dios sobre todas las cosas, más que a nosotros mismos; y al prójimo por amor a Dios como a nuestras propias personas.

Sin cumplir esta ley santa, esta ley de amor, es imposible que disfrute el hombre de verdadera alegría, y menos el católico porque conociendo más y mejor a Cristo, sabe que le disgusta vivamente y de El se aparta, no amando.

Al revés, quien ama de veras a su prójimo, sabe que agrada a Jesús, que tiene la señal inequívoca de los discípulos de Cristo; y de esto recibe mucho contento, aún en medio de las adversidades de la vida; siente suave y placida alegría, sabiendo que Jesús está contento con él, disfrutando a la vez de las delicias del amor.

3.—Porque ciertamente premia el Señor con gran interior satisfacción las buenas obras que el amor al prójimo inspira a los suyos. ¡Cuánto goza el alma, dedicada a enseñar a los niños o a los adultos; cuánto alimentando al hambriento, consolando a los afligidos, vistiéndolo a los desnudos, socorriendo a los pobres, cuidando de los enfermos, recogiendo a los desamparados; satisfaciendo en una palabra, las necesidades espirituales y corporales de los desgraciados! No hay alegría semejante a esta alegría. Es tal que con ella quedan bien compensados los sacrificios que el amor les impone. No hay goce comparable con el goce que resulta de haber derramado a manos llenas el bien.

No hay alegría que se parezca ni en suavidad ni en intensidad a esta alegría.

Diganlo estos millares de espíritus generosos que no viven más que para hacer bien, consagrando totalmente su actividad y vida al servicio del prójimo desconocido, hasta morir por él, si es preciso. Y viven contentos y alegres tanto más contentos y alegres, cuanto más sacrificios les cuesta el remediar los males ajenos.

Sienten las delicias del amor. Reciben sin buscarlo ni quererlo, el premio debido a sus continuos y costosos servicios.

Y digo, sin buscarlos ni quererlos, porque el amor verdadero no busca premios ni recompensas, ni se paga de semejantes consuelos. Amar es hacer bien, y de esto se alimenta, vive y se regocija el amor.

4.—Donde se prueba más este amor es cuando se ejercita con los que nos perjudican, nos dañan, nos odian y son enemigos nuestros. Parece algo opuesto a la naturaleza, si atendemos a la repugnancia que sentimos.

Conviene, sin embargo, advertir que esta repugnancia es de la naturaleza caída; no de la naturaleza íntegra y ordenada como salió de las manos de Dios.

Enseña el angélico Doctor que hubiera sido natural al hombre antes del pecado, el amar a Dios más que a todas las cosas, más que a sí mismo; pero después de la caída, no; porque domina en nosotros el egoísmo, que no podemos vencer sin la gracia que nos otorga Cristo, para violentarnos y dominarnos.

Al egoísmo repugna el perdón de los enemigos, y más todavía el amarlos de corazón, como nos manda Jesús. Pero una vez que con la oración alcanzamos la gracia necesari-

ria y nos resolvemos a vencer la repugnancia que sentimos no sólo resultamos vencedores y llegamos a amar y a hacer bien a los que antes odiábamos; sino que nos resulta fácil y consolador y alegre, por habernos vencido a nosotros mismos, superando y pisoteando la repugnancia sentida; y por el placer que nos causa el bien que acabamos de practicar.

Se siente mayor placer al hacer bien a nuestros enemigos que el sentido por hacer bien a los amigos o a otras personas que nos sean naturalmente simpáticas o indiferentes.

Es un placer más puro, de un orden superior; es el placer que procede de la misma violencia que nos hemos hecho para hacer nuestra la voluntad de Dios. Es el placer por haber hecho bien, sin más razón que la de hacer bien, y haber complacido al Señor.

Sentimos profunda alegría, satisfechos de nosotros mismos.

Demos gracias a Dios por haber alegrado y regocijado nuestra vida cumpliendo el gravísimo precepto que nos ha impuesto de amar a nuestros enemigos.

Que sea amor siempre nuestra vida, y a pesar de los sacrificios, o más bien por los sacrificios viviremos en la mayor alegría, suave, pacífica, constante, sin que nadie la pueda turbar ni menos matar.

Gracias a Dios por todo.



CAPITULO XX

La alegría en la muerte

1.—Algunas observaciones hemos hecho sobre este tema en uno de los capítulos precedentes. Pero siendo tan importante el asunto y de tanto interés para nosotros no dudamos dedicarle unas cuantas páginas más. Mucho nos interesa para ordenar nuestra vida y alcanzar el último fin que es el negocio más importante, por no decir el único. Nuestro fin, el de la vida terrena ¿es un bien o es un mal? ¿Es deseable o terrible? ¿Puede ser mirado con terror, o es posible recibirlo con alegría y desearlo con amor, sin desesperación?

Son estas interrogaciones muy interesantes y las respuestas a las mismas exigen pensar con atención, sin perder de vista la psicología, la razón, la Religión y la influencia del modo de vivir acá en la tierra.

Dediquémonos un momento a pensar y creo que nuestra conclusión al final de todo va a ser ésta: el católico puede mirar la muerte sin miedo, temor ni alarma; y hasta sentir deseos de morir, y mirarla cara a cara con alegría.

2.—Mirada en sí la muerte no es apetecible, ni puede inspirarnos contentamiento; es la destrucción de nuestro ser personal; y ningún sér puede amar su destrucción. La Fe nos enseña y la razón demuestra la inmortalidad del alma; pero no la inmortalidad del hombre, de la persona que surge de la unión del alma y el cuerpo. No es pues

agradable la muerte; antes la mira con mucha repugnancia la naturaleza.

La Fe añade que después del pecado de nuestros primeros padres, la muerte es un castigo, por habernos robado el privilegio de la inmortalidad. Morir por una exigencia de nuestro ser natural, con el carácter de castigo, debe más bien mirarse con disgusto y tristeza, aceptándola el católico como el mayor de los males naturales: vista la muerte de esta manera, sería ridículo buscar alegría en el morir.

3.—Pero podemos y debemos mirarla de un modo cristiano, con la mirada de la Fe, de modo sobrenatural.

La muerte es el fin de los trabajos, de las tentaciones, de las caídas de la vida presente. Los males de la pobreza, aún la extrema y los dolores corporales, todos los sufrimientos morales, cualesquiera que sean; todo acaba con la muerte. Aún los odios, las envidias los rencores, las calumnias; nada nos mortificará más, porque ya no hay sujeto, no existimos.

Para un alma cristiana es un pensamiento grato éste: ya no ofenderé más a Dios, se acabó mi debilidad y mi flaqueza, la volubilidad de mi voluntad. Y se alegra porque ama a Dios y no quiere ofenderle.

Esta consideración nos presenta la muerte como un bien, supuesto que es el fin de todos los males.

Es verdad que se dejan los bienes terrenos, pocos o muchos; pero el católico pierde no lo que poseía como cosa propia, sino como mayordomo de Dios, para emplearlo en su servicio: pobres, misiones, culto, necesidades sociales, Nunca los había poseído como propios; de modo que tiene el corazón despojado de ellos y no siente perderlos. Devuelve a Dios lo que es de Dios.

De esta manera se separa de su oficio, profesión o carrera, o empleo; pero nada de esto le absorbía: miraba en ello el cumplimiento de un deber social, familiar y siempre religioso, pues trabajando cumplía la Ley divina.

Más le puede doler el dejar su cónyuge, sus padres, sus hijos, sus hermanos, sus amigos; pero siempre considera las personas como de Dios, más que como suyas, pues le impone deberes para con ellas y las había puesto a su alrededor para su bien. Dios que no abandona ni a las florecillas del valle, ni a las avecillas del aire, cuidará de las personas queridas que deja en este mundo.

Por otra parte no ignora lo que sabe todo cristiano, a saber, que no pierde la vida, sino que la cambia; que no deja de existir, sólo muda de lugar, y si pierde la habitación temporal halla otra habitación imperdible en el cielo.

4.—Podría, tal vez, amargar su muerte el recuerdo de los pecados cometidos en la vida; pero ha sentido y siente por ellos viva pena, vehemente dolor, confesándolos, recibiendo la absolución, confiando en la misericordia y palabra de Dios, de que ha otorgado el perdón de todos ellos, y hasta los ha olvidado, según frase de las Sagradas Escrituras. Siente dolor, pero sufre apaciblemente, como bañado y penetrado por la virtud de la esperanza, tanto más firme y segura, cuanto que es la palabra y promesa del mismo Dios. Y si algo faltara para alegrar su corazón penitente, acude solícito nuestra amantísima madre la Iglesia, llevándole a Jesús, como Viático, a fin de que no desmaye en el camino de la eternidad. Confórtale a la vez con otro sacramento, que acaba de santificar el alma, ungiendo los sentidos corporales. Muy solícita de su salvación no cesa de orar a su lado, recordándole la Fe, que nos justifica y la misericordia infinita del que le ha criado para salvarle, y la protección y sostén de María nuestra Madre santísima, de los ángeles nuestros amigos y de los santos nuestros hermanos.

Las puertas del cielo se abren y Dios mismo, el buen Jesús, sonriente y amabilísimo desciende a recoger aquella alma, que le es tan cara, para llevarla en su compañía a la Gloria, donde reinará feliz con eterna alegría.

¡Cuán amable y confortante es la Fe cristiana a la hora de la muerte! Venciendo y dominando la naturaleza con el auxilio de la gracia llega el católico a mirar con amor y suave deseo la muerte, y cuando llega la hora la recibe como un bien, porque la espera siempre su Dios y Señor, después que muera.

5.—Para mejor comprender y sentir esto, conviene observar como mueren los santos. No sólo no temen la muerte; la desean hasta con viveza. No sienten temor sino anhelo. ¿Cuándo será, exclaman como San Pablo, que se disuelva mi sér para unirme a Cristo? Santa Teresa decía que moría porque no moría.

Y se explica perfectamente, porque en estas almas morir es una exigencia del amor.

Si amamos a Dios, como El quiere ser amado, se

arrastra nuestro corazón y nuestra vida el amor como arrastraba la vida de los Santos. Así ciertamente miraríamos esta nuestra existencia terrenal como el mayor impedimento para satisfacer el ansia de unirnos al Amado. Los que mucho aman tiene que esforzarse para vivir, y se conforman porque ésta es la voluntad de Dios; y aún así de cuando en cuando exhalan una amarga queja, diciendo: cómo se ha prolongado, oh Señor, mi morada en el mundo! como el real Profeta, mirando al cielo decía: cuán amables son tus tabernáculos en la Gloria, según tus enseñanzas; y suspira David por llegar cuanto antes a ellos.

Y si se les anuncia la muerte, reciben con júbilo la nueva y exclaman: Me he alegrado con la noticia que me han comunicado; vamos a la casa del Señor.

Así la Religión en vez de entristecer la vida, en vez de comunicar molestia y mal humor, llega hasta a hacer agradable la muerte, preciosa a los ojos del Altísimo.

Hay para el alma justa un manantial de alegría, hasta en la muerte.

¡Si comprendiéramos bien la Religión! ¡Si la practicáramos con fidelidad! ¡Si fuese el amor a Dios el alma de nuestra vida! Sin duda, el momento de la muerte sería una alegría sin par para el hombre sinceramente católico.



CAPITULO XXI

La alegría y la Iglesia

1.—Uno de los más eficaces y razonables motivos de alegría es el ser hijos de la Iglesia. Algo tocamos este tema al hablar del título de cristiano y católico; pero es conveniente insistir para agradecer al Señor tamaño beneficio y disfrutar de la alegría que inunda el alma del fiel consciente.

Singular maravilla del brazo omnipotente y del corazón abrasado de amor de Jesús, es la Iglesia Santa. La Virgen María hablando de los prodigios obrados por el Señor en ella, decía: ha hecho en mí cosas grandes, Aquel que es todo poderoso y su nombre santo. De igual manera puede decir la Iglesia: ha hecho en mí cosas grandes Jesús mi fundador con su omnipotencia y santidad.

Con hombres plebeyos e ignorantes, sin dinero ni influencia social, sin los recursos de la fuerza pública o del Poder, ha creado un reino fuerte; con la oposición absoluta de todos los países de la tierra, que para arruinarlo contaban con la fuerza y el Poder, con la humana sabiduría, con los hábitos viejos y corrompidos de los pueblos. A esas furiosas acometidas no oponían los ciudadanos de su reino mas resistencia que la de permanecer sumisos en todo lo lícito y padecer y morir voluntariamente para afirmarse en su Fe y conservarse puros y limpios y sin mancha en medio de la corrupción general.

Y pereció la Sinagoga rebelde y cayó hecho pedazos el imperio romano y quedó triunfante y glorioso el reino de Cristo.

Jamás se vió, ni se ha visto cosa semejante. La sabiduría humana humillada por la "locura" de la cruz; las viejas costumbres, trocadas en otras informadas de pureza, humildad y fe; la fuerza vencida por la paciencia; y el imperio ahogado en la sangre voluntaria y generosamente derramada con alegría por millones y millones de mártires. Este es el milagro de los milagros.

Y sobre estos milagros el brazo del Redentor ha levantado su Iglesia.

Pues bien, esta Iglesia no ha dejado de ser combatida por todas las pasiones desatadas y por los sofismas de una pseudociencia y por el mundo con sus indomables concupiscencias, por la sugestiva influencia del Poder, ordinariamente adverso y por la fuerza pública, siempre dispuesta a derribar sus templos y a perseguir a sus fieles. Nada de esto le hace la menor mella y no poniendo más resistencia que la verdad, la constancia en el padecer y la confianza en Jesús, que se ríe de todos los esfuerzos realizados en su presencia, impotentes contra El.

Heregías, cismas, los concertados sofismas, invenciones del orgullo humano, cubiertos con la púrpura vistosa de la ciencia, de todo se ha servido el infierno para ridiculizarla, envenenarla con el error, corromperla con máximas inmorales, aplastarla y ahogarla con la avalancha de cuanto el mundo posee de halagador o destructor; sin que hayan podido conmover los cimientos de este Edificio, porque descansa en Cristo que es su piedra angular, que quebranta cuanto con ella choca y aplasta todo cuanto padece su inmensa pesadumbre.

Esta Iglesia inerme, pobre, desvalida, sin tesoros ni fuerza armada, subsiste, se levanta triunfante, contemplando a su alrededor las ruinas de todas las escuelas, de todos los imperios, de todas las obras de los hombres.

Todo pasa y ella, a pesar de toda su debilidad, permanece en pie.

Cuando yo considero esto, me río del vano poder de los poderosos, de los cálculos y planes de los que se creen sabios y de la soberbia de los enemigos de hoy, más insignificantes que los de ayer, y caen en el ridículo de creer y aparentar que se bastan y se sobran para acabar con la

Iglesia, convirtiéndola en un montón de escombros, enterrando de nuevo a Cristo, impidiéndole resucitar.

Cuanto más la persecución arrecia y más envalentonados veo a los enemigos, más me alegro de ser hijo de la tan odiada y perseguida Iglesia; más gozo pensando en la vanidad de todos los ataques que sufre, en la locura de cuantos esperan matarla. Siento una esperanza más firme, una Fe más sólida; y gozo y me alegro pensando en el seguro y próximo triunfo. Las puertas del infierno no prevalecerán.

No quiero pertenecer a escuelas que perecen; quiero ser hijo de la Iglesia que siempre vive, que no puede morir, ni la pueden matar. Esta es mi alegría.

2.—Yo admiro su sapientísima constitución, obra del mismo Jesús. La admiro, la acato y me alegro de pertenecer a ella.

Cristo es su cabeza invisible y su corazón y su alma; todos los días, siempre, hasta la consumación de los siglos, está con ella vivificándola y dirigiéndola.

Ha puesto además un Vicario Suyo, Cabeza visible, Rey, Soberano, Pastor de todos los miembros de su Iglesia. Ha creado a la vez otros Príncipes inferiores, los obispos, sometidos a su Vicario, auxiliares para atender las necesidades espirituales de los fieles; los sacerdotes y ministro inferiores; y todos para el pueblo fiel, debiéndose consagrar totalmente a El, ajenos a todo lo que no sea su sagrado ministerio. Es una jerarquía amplia, que no depende de la voluntad de los hombres, sino de Cristo que la ha instituido.

Una particularidad notabilísima distingue esta maravillosa jerarquía. Los obispos y sacerdotes tienen por el sacramento del orden que han recibido, facultades que proceden inmediatamente de Cristo, independientes en su sér y en la validez de su ejercicio, los obispos del Papa y los sacerdotes de su obispo. Así el obispo puede ordenar sacerdotes y consagrar obispos, aunque sea rebelde: cometerá acciones ilícitas, pecará gravísimamente, pero la obra queda hecha, sin que el Papa pueda impedirlo.

Igual observación puede hacerse con respecto a los sacerdotes en relación con su obispo. Pecará gravísimamente el sacerdote que consagra, no obstante la prohibición del prelado; pero la consagración queda hecha y la misa se ha dicho, sin que haya príncipe de la Iglesia que pueda arrancar de raíz este tremendo poder.

¡Cuán admirable es la obra y el poder de Cristo! Cualquiera otro reino o república en que oficiales inferiores gozarán de un poder independiente de los superiores, se dividiría bien pronto, anulándose su unidad y pereciendo por la anarquía.

Y sin embargo, la Iglesia subsiste y prospera y goza de una poderosa unidad, a prueba de todos los desgastes del tiempo y de las disolventes sectas, y del orgullo y la soberbia. La Iglesia triunfa y por su unidad se impone, probando que es obra divina.

El católico goza y se alegra vivamente cuando piensa que es parte de esta obra prodigiosa, que es hijo de esta admirable y potentísima Madre, que bien revela que es obra maestra de Cristo su celeberrimo fundador.

Alegremonos santamente: somos católicos, es decir, pertenecemos a este reino gloriosísimo, admirabilísimo en su íntima constitución, fortísimo e invencible, que no concluirá como militante sino cuando se transforme en triunfante.

3.—A estos motivos de alegría se junta la consideración de que vamos con muy buena compañía, con todos los hombres que se han distinguido por sus virtudes y talenos, por las preclaras cualidades que los constituyen en glorias de la familia humana. Porque es verdad que todo lo católico es bueno, es santo; nada malo o erróneo puede considerarse como fruto de este árbol prodigioso, plantado por la mano de Dios en medio de la tierra. ¿Hay errores? No son de la Iglesia. ¿Hay defectos? No son de la Iglesia. Estarán en algunos fieles contra lo que la Iglesia prescribe; pero por lo mismo la Iglesia los rechaza y los condena.

Aún más, todo lo bueno que hay en el mundo, aunque materialmente esté fuera de la Iglesia, vive de la savia de este Arbol; pertenece al alma de la Iglesia y ésta aprueba, bendice y hace suyo todo lo que es virtud, bondad y perfección. Personas y cosas, cualidades buenas, excelentes; todo lo hermoso es de la Iglesia, todo de la Iglesia participa. Todo lo malo, inhonesto, ruin, erróneo y hediondo, todo es ageno de la Iglesia. Es pensamiento de San Agustín, y es la pura verdad.

Y yo, dice el católico, soy hijo de esta Madre, ciudadano de este Reino, fruto de este Arbol; y si cupiera, que no cabe, la vanidad me pavonearía por tal honor; me alegro con toda mi alma y hasta procuro cuidar con júbilo y esmero

que no sea fruto podrido, un ciudadano rebelde, un hijo desnaturalizado; sino un hijo fiel y amante, un ciudadano que honre al reino, un fruto fresco, jugoso, rebosando savia, gustoso al paladar y sumamente aromático que embellesca al Arbol, del cual estoy pendiente y vivo.

Así será completa mi alegría, porque nada hay que alegre tanto al alma, que lo piensa y siente, como el ser hijo de la Iglesia Católica Apostólica Romana.

La alegría del vivir es un hecho gratisimo que resplandece siempre en el verdadero y sincero católico.



CAPITULO XXII

Cristo y la alegría

1.—Aquí se encuentra la fuente original de toda alegría. No hay otra posible: sólo en Cristo redentor, en su fe, en su moral, en su culto, en su Iglesia, podemos respirar con holgura, a pulmon pleno; y el pecho se ensancha, y el corazón se dilata y gozamos, nos alegramos y triunfamos de todo lo que es malo física y moralmente.

¿Qué es lo que más nos entristece? Lo que es o reputamos un mal para nosotros. Lo que molesta, abate o deteriora nuestra naturaleza física, espiritual y moral, esto es lo que nos da pena, angustia, tristeza.

Ahora bien: el que viene a quitar todos los males, o por lo menos los hace soportables y hasta agradables y nos proporciona todos los bienes, los posibles, ahora en el tiempo, y de manera plena y definitiva en la eternidad, éste es el que realmente alegra nuestro corazón y llena de regocijo nuestra alma.

Es nuestro Señor Jesucristo: como redentor quita todos los males del alma y prodiga toda clase de bienes naturales y sobrenaturales y hace soportables y aún agradables los males físicos que aquejan a nuestra organización en la presente vida.

¿Queremos regocijarnos intelectualmente con la posesión de la verdad? El es la Verdad y se digna comunicárnosla. ¿Buscamos el bien, para alegrarnos con su posesión?

El es el soberano Bien que se entrega a nuestra voluntad. ¿Estamos sedientos de amor sincero? El es el Amor y toda su vida amor; y su anhelo es que correspondamos amándole de suerte que nuestra vida sea también toda ella amor, que vivamos la vida del Amor, esto es, de Jesús.

Cristo es la solución de todas las dificultades, el consuelo de nuestra penas, alivio de nuestros trabajos, fortaleza en los azares de la vida, victoria en nuestras luchas, purificador de nuestras almas manchadas, nuestra esperanza firme de la Gloria y Bienaventuranza eterna, nuestra luz en las oscuridades del espíritu, nuestra vida que compenetra con la suya la nuestra miserable. ¡Cristo, en fin, siendo remedio para nuestro males todos y tesoro de todos los bienes es nuestra alegría, el que regocija los días de nuestra peregrinación sobre la tierra.

Gustad y ved como lo que acabamos de decir no pasa de ser una ligera sombra de la regocijante realidad.

Los que conocen, aman y sirven a Cristo lo saben por experiencia, lo han gustado y lo gustan, no acaban de proclamarlo en alta voz: Cristo es nuestra alegría; fuera de El sólo la tristeza y la desesperación dominan.

2.—Cristo nos ha reconciliado con Dios, su Padre celestial. Las rebeldías de nuestra razón, de nuestra voluntad, de nuestra libertad, de nuestro corazón, de nuestras pasiones, de nuestra carne imperiosa, Cristo las ha pagado por nosotros, ha aplacado la justicia del Eterno, nos ha proporcionado los inapreciables tesoros de la misericordia y ha dejado limpia nuestra alma con las aguas del Bautismo y embellecido con la púrpura de su benditísima sangre.

¿Nos inquietan nuestro pecados? El los perdona si nos arrepentimos; y hasta los olvida.

El con su gracia y nuestra cooperación hermosa nuestra alma con virtudes sobrenaturales y naturales.

El pone sentimientos nobilísimos en nuestro corazón, aspiraciones sublimes, humildad, abnegación, generosidad en los sacrificios, vencimiento del egoísmo y el fuego de un amor intenso, hasta heroico, para con todos los hombres, con vivos deseos de hacerles bien y sacrificarnos por todos.

3.—Por la fé Cristo reina en las inteligencias, siendo la luz del mundo. Fuera de la doctrina de Cristo, da lástima ver las teorías, las hipótesis, los sistemas que se ven obli-

gados a inventar los adversarios para edificar algo frente a la obra de Cristo.

Todo es soberanamente ridículo, acabando por negar la razón, por bestializar al hombre y por caer en el nihilismo filosófico, que es el escepticismo; y en el moral y religioso que es negación de la religión y de la moralidad; y en el social que es el imperio de la anarquía.

Nada más falso, nada tan ridículo, nada tan degradante hallamos en los sabios filósofos de la antigüedad, que no conocían a Cristo. Dentro de estas escuelas todo es noche cerrada, todo duda o afirmaciones gratuitas, desnudas de toda verdad; todo es desconsolador y triste y desesperante.

Dentro de la Fe hay claridad para la inteligencia, afirmaciones ciertas y rotundas, moral pura que autoritativamente se impone; y sobre todo, el amor que afirma y robustece la libertad; que requiere el sacrificio santo, base del orden y de la paz social: en este orden y en esta paz se halla la alegría y el gozo del espíritu.

Para comprender mejor esta influencia de la Fe de Cristo, tengamos presente que por su Persona, su enseñanza y la práctica de su religión, abarcó a todo el hombre en su vida íntima y en su vida de relación. En su vida íntima es eficaz su influencia en los pensamientos, deseos, afectos, sentimientos, querer y amores. Todo ha de engendrarse, moverse, desarrollarse en el ambiente de Cristo; todo ha de ser penetrado por el espíritu de Cristo, y entonces reina el bien, la verdad y el amor puro, los deseos y aspiraciones santas y el amor, alma de toda la vida cristiana. Si esta influencia es efectiva, no impedida por el hombre, por ignorancia o perversión; el interior está ordenado; vive en paz; todo es bueno y verdadero en él y todo es contento y alegría.

Contra esta influencia, disminuyéndola o impidiéndola, está luchando y a veces se impone la anarquía interior; y entonces no hay verdad en la mente, ni bien en la voluntad, ni deseos ordenados, ni sentimientos nobles, ni verdadero amor, sino egoísmo, desórdenes, choques, molestias y descontento.

En la vida de relación ha de dejarse sentir la influencia de Cristo. El padre de familia ha de ser cristiano, esto es, debe ordenarlo y gobernarlo todo con la doctrina, la moral y la gracia de Cristo. Y así la esposa y la

madre y los hijos de uno y otro sexo han de ser cristianos todos, como tales madres, esposas e hijos.

El ciudadano y el gobernante y el empleado público han de ser cristianos como empleados, como gobernantes, como ciudadanos; y en el ejercicio de sus cargos no deben apartarse ni un ápice de la doctrina, de la moral, del gobierno de Cristo.

Y el comerciante ha de ser cristiano y los artistas deben ser cristianos y los abogados y médicos e ingenieros deben ser cristianos como ingenieros, como médicos, como abogados, como artistas, como industriales, como comerciantes y agricultores, porque todo lo que el hombre hace, dice o piensa ha de basarse y ser vivificado por el espíritu de Cristo.

O Cristo es todo para nosotros o nada; porque con El no caben componendas ni regateos. Si Cristo es nada, entonces toda la actividad del hombre se desarrolla sin El, y no hay regla moral cierta e imperiosa a que deba atenerse, ni más fin que el terreno y personal, ni más móvil que el egoísmo perturbador, que todo lo desordena, que todo lo trastorna con la mala fe, el engaño, el torpe abuso de todas las profesiones.

Y un tal estado no es de paz y tranquilidad, está reñido con el bienestar individual y público; y nadie está contento reinando la desconfianza, desterrada la alegría que reina en los que viven según Cristo.

Es evidente que si queremos vivir alegres es preciso que se refleje en nosotros la vida de Cristo.

Cristo es la alegría del alma, de la familia, de la sociedad, cuando domina y reina su santo y pacífico espíritu.



CAPITULO XXIII

La alegría y la creación

1.—En medio de la creación estamos, dominando el mundo material, vegetal y animal y sin dominarlos nos servimos de los astros, compañeros de la tierra y mas del sol que es nuestro centro astronómico. Estamos en relaciones con estos seres con nuestros sentidos y potencias, disfrutando de sus ventajas y sufriendo sus inconvenientes.

Nos dijo el Criador en las personas de nuestros primeros padres: “dominamini”, dominadlo todo, porque todo está a vuestra disposición.

Señores de todo, ha sufrido este señorío un gravísimo quebranto por el pecado; y hallamos no poca resistencia en las criaturas, que nos causan molestias y trabajos de mucha cuantía.

Agréguese a esto, que, efecto del pecado original, o de la decadencia de nuestra naturaleza llegamos, no pocas veces, a ser dominados por las criaturas inferiores, que halagando nuestros sentidos llegan a dominar hasta nuestras potencias racionales.

La creación es causa de angustias, penas, trabajos y tristezas; pero también puede ser, y es de hecho para los espíritus superiores causa de purísima e intensa alegría.

2.—Mirada desde el punto de vista del materialismo, tiene poco de agradable para nosotros, no obstante sus ma-

ravillas. Sin que la inteligencia infinita, que todo lo ordena y dispone; sin que la autoridad divina que todo lo gobierna, sólo hay para nosotros el aplastante fatalismo, sin un fin, sin orden, ni armonía; teniendo con nosotros relaciones necesarias, choques frecuentes, inevitables, sometidos todos a las mismas leyes, que nos ligan, cohiben y molestan, sin compensación posible.

Nosotros mismos para el materialismo no somos otra cosa que una evolución necesaria de la materia; pero materia, sólo materia, sin libre albedrío, sometidos al determinismo, desvanecido el orden moral, sin vigor intelectual, sin corazón, sin amor posible.

Vista la creación así; lo primero, no es creación, sino la materia eterna, que evoluciona sin cesar; y lo segundo somos nosotros un accidente entre los séres; que aparecimos sin saber porqué y desaparecemos en un momento dado, después de una vida trabajosa, desgraciada, henchida de amarguras y dolores.

Visto así el universo, nada tiene de agradable, ni apetecible; todo pesado, congojoso, tirante, forzado; todo, en una palabra, opuesto a nuestra naturaleza.

Así no es posible la alegría, ni en lo presente, ni en lo venidero; en lo presente, porque nos sentimos oprimidos por la materia y sus leyes; en lo porvenir, porque no queda para nosotros, dado el concepto materialista, más porvenir que la disolución y la nada. ¡Bonito porvenir, para que pensando en él alegremos el presente!

Tal vez disfrute el hombre algún placer sensible o alguna ligera satisfacción; pero todo esto es pasajero, momentáneo, pasa rápidamente, quedando el abatimiento y la tristeza.

La alegría es racional y brota de un ser libre, señor de la materia con el concepto de un porvenir de vida inmortal. Sin esto toda alegría es imposible. Y por esto, porque en la práctica se vive a lo materialista, por esto no hay alegría en el mundo, aunque se busque en banquetes, espectáculos, fiestas mundanas y en los placeres sensuales.

3.—La creación es la obra de la sabiduría, del poder y del amor de Dios, su Creador. Todo está en sus manos, todo sumiso a sus leyes y ordenado de suerte que lo inferior sirve a lo superior en la tierra y todo reconoce el dominio del hombre, otorgado por Dios.

El católico ve a Dios en todo, en las cosas, en las leyes

que los gobiernan; sabe que Dios le ha criado dotándole de inteligencia, voluntad y libertad, destinándole después de breve estancia en la tierra a una felicidad plena y sin término en la presencia de Dios.

Contempla las maravillas de los seres y alaba y bendice a Dios en ellos. Todo parece, y es, hermoso para el católico; porque pensando en Dios, Criador, Gobernador y providencia de todo, tiene muy desarrollado el gusto estético y goza con la belleza y perfección de las flores, con el gusto y hermosura de los frutos, con los ríos con sus rumores, y los mares con sus mareas, los árboles con sus frondas, los montes y los valles, y las llanuras, y los vientos, y las lluvias; la calma, la serenidad y las tormentas; los mundos siderales con sus encantos...; todo le place, porque en todo admira el poder, la sabiduría y la bondad del Señor.

Nada hay bajo ni pequeño, ni humilde para el católico, porque en todo ve la actuación de la Causa primera, ordenadora de todas las cosas y sus movimientos.

La huella divina vista en cada criatura lo sublima todo, lo ennoblece todo; sin salirse de la realidad, porque es la verdad neta y se complace en los esplendores divinos, en las voces elocuentísimas de los seres que nos dicen: soy obra de Dios, bendícele, cántale, dale gracias por nosotros ya que Dios te ha dotado de inteligencia.

Así se engrandece la creación a los ojos del católico y le causa alegría todo lo que ve y toca, todo lo que percibe y conoce.

Alégrate, alma cristiana, y alaba al Señor en las obras de sus manos. Los cielos cantan la gloria de Dios, el firmamento ensalza las obras de sus manos.

Somos los representantes de la creación: todo se halla sintetizado en nosotros; y así en nombre de todo, de la materia, de los vegetales y de los animales y hasta en nombre de los ángeles, pues somos como ellos inteligentes, glorificamos al Criador y con nosotros y por nosotros le glorifican hasta los seres insensibles.

Sea nuestra alegría ver a Dios en todas las cosas. glorificarle en lo que en sus criaturas hace, darle gracias por los beneficios, que por doquier desparrama y alegrarnos al verle servido y honrado.

Vista la creación así, que es como debe mirarse, es causa de una pura y santa alegría.

4.—Ciertamente que en la creación hay muchas cosas

que nos disgustan; fríos intensos, calores que parecen excesivos, lluvias torrenciales o sequías persistentes, tormentas con sus rayos y truenos; volcanes y terremotos, vendavales y ciclones; esto y más nos causa grandes perjuicios, nos disgusta y atormenta, causando, a veces, espantosas catástrofes. Sin hablar de las enfermedades de la vida y otros semejantes azotes, a los que estamos sometidos.

Esto ciertamente no causa alegría. A la verdad si todos estos males se sufren como si sucedieran fatalmente, sin obedecer más que a las leyes necesarias y sin relación con el supremo Legislador; son, de este modo considerados, tanto más lamentables cuanto mayor es el daño que nos han causado. Pero si los miramos como ordenados por la divina Providencia, que mueve y dirige las causas segundas, ya tiene otro carácter muy distinto. La razón y la experiencia para todo hombre que piensa y observa, enseña que lo material se ordena a lo moral y que por consiguiente el Señor con sus leyes y los efectos de las mismas se propone castigar, corregir, o enderezar los actos humanos de las criaturas racionales. Ver a Dios actuando en todo, es ver la realidad, pues nada hay más real que la intervención divina. Ver en los fenómenos físicos la actuación de Dios encaminándolo todo a nuestro bien moral, espiritual y eterno; es una consecuencia necesaria de ser Dios el gobernador universal que ordena lo inferior a lo superior, lo material a lo moral, las criaturas todas inferiores al hombre, atendiendo a su vida presente y futura.

Por eso el católico ve la mano de la Providencia en todo, del infinito poder, de la infinita sabiduría, de la infinita bondad que lo quiere o permite para nuestro bien.

En estos fenómenos que tanto pánico infunden y tantos males materiales causan, ve el católico resplandecer a veces la justicia, a veces la misericordia y siempre la sabiduría y bondad del Señor. Por esto, lo sufre todo con paciencia, humildad, conformidad en la voluntad divina y en ocasiones con santa alegría, bendiciendo y glorificando a Dios en todos esos accidentes.

Esta es la singularidad del católico, el sacar su aprovechamiento espiritual de donde los impíos sacan ira y desesperación: encuentran deliciosa alegría, donde los incrédulos sólo hallan melancolía, malhumor y desesperación.

En todo esto el materialista o el mundano siente, desmayado abatimiento, vencido por la naturaleza y el terror.

El católico, cuanto más bueno es, cuánto más piadoso, cuánto más perfecto es, más por encima está de estos fenómenos; sólo se humilla ante la mano de Dios, que sabe ser benigna y amorosa, hasta cuando castiga.

Por esto siempre está alegre, y en los más horrorosos fenómenos naturales, en los más espantosos y terribles, alaba y bendice a Dios, sintiéndose cosa suya y siempre amado por El.

Jamás le abandona la alegría.



CAPITULO XXIV

La alegría en la Redención

1.—Hemos sido redimidos. La Redención en sí considerada es completa; sólo falta que, con la gracia de Dios, la hagamos nuestra y nos la apliquemos como seres libres que somos.

Los que no quieren ser cristianos, o que siéndolo tienen la triste gloria de haber apostatado, o sin esta apostasía, miran la Redención con indiferencia o de ella prescinden como si no fuera para ellos; ninguno de estos participa de los saludables efectos de la Redención.

Estos viven la vida de la naturaleza caída; mientras los cristianos vivimos la vida de la naturaleza redimida. Aquella es la vida de las concupiscencias, de la ignorancia, de la perversión de la voluntad y de una libertad, debilitada y enferma. Esta es la vida de la naturaleza restaurada con nuevas energías y luces para la mente, la voluntad, el corazón y aumento de energía y buena dirección de la libertad.

La primera es vida degenerada, de luchas sin victorias, de combates sin gloria; vida triste y desesperada o hundida en el abismo del más profundo apocamiento.

La segunda es vida regenerada, sobrenaturalizada, de combates victoriosos, de luchas triunfantes, de humildad sin abatimiento, de esperanza y amable alegría.

De donde se sigue que sin Redención todo es tristeza;

con la Redención todo es alegría que nadie puede men-
guar, ni menos arrebatarse, con tal de vivir la vida de Re-
dención.

No cabe cosa más alegre que la Encarnación del Verbo para redimir al hombre, queriendo morar con nosotros para que viviéramos su gloria en medio de sus humillaciones, su gloria de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Dios levantó la naturaleza humana hasta juntarla hipostáticamente a Sí, para que participara de su naturaleza divina, de sus méritos, de su gracia, con una íntima comunicación con su dignidad. No ha podido ser la naturaleza humana más exaltada, después de haber sido humillada hasta lo sumo en el edén terrenal, hecha esclava del demonio vencedor.

Tan alta ha sido colocada nuestra naturaleza que no sólo pisotea y triunfa del enemigo rebelde, sino que hasta los ángeles buenos y santos le rinden vasallaje de sumisión y obediencia.

3.—Esta excelsitud está llamada a alcanzar por Cristo la naturaleza humana de cada uno de los hombres, con tal que nos dejemos atraer por la sacratísima Humanidad de nuestro Redentor, que por esto dijo: que cuando estuviera levantado en alto, en la Cruz, todo lo atraería a Sí. De esta suerte, como lo pide a Dios la Iglesia de continuo en la Santa Misa, como Dios se ha hecho partícipe de nuestra humanidad nos haga a nosotros partícipes de su Divinidad.

El baja a nuestra miseria para que nosotros subamos hasta su grandeza. O si quereis, el Verbo se ha hecho hombre para que el hombre se haga Dios.

Para esto ha fundado su Iglesia, Cuerpo suyo místico, del cual es Cabeza para que seamos miembros suyos. Y a la manera como los miembros participan de la dignidad de la Cabeza así nosotros participamos de la excelencia y gloria de la bendita Humanidad de nuestro Señor.

Cuando esto consideramos llénase de regocijo el alma, porque se siente grande, excelente, perfecta, elevada por Cristo, mediante su Humanidad santísima hasta la soberana cumbre de la divinidad.

Pequeños, miserables y caídos, esclavos de la carne, desordenados, siervos del demonio; por la Redención nos sentimos ordenados, elevados, señores de nosotros mismos,

libres, santamente libres, participantes de cualidades divinas, con la categoría de dioses.

Como la Redención es la base de nuestra grandeza, y el desprendimiento de nuestra miseria; así es la base sólida de nuestra alegría y la muerte de toda desesperación y tristeza. Nos ha regenerado y elevado y nos ha hecho amables a Dios, devolviendonos la honra singular de ser hijos suyos.

Alegrémonos en el Señor: nada nos proporciona tanta alegría como la Religión mediante la Redención.

4.—Por la Redención se ha puesto de realce el amor de Jesucristo, con sus trabajos para hacernos participantes de su excelencia. Nos sentimos amados de Jesús y esta es nuestra alegría. El dignarse conversar familiarmente con nosotros, viviendo nuestra propia vida, durante treinta y tres años, demuestra la caridad ardiente de su corazón, que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres, no para gozar El con ellos sino para comunicarles su propio bien, para hacerlos partícipes de los ricos frutos de su Redención.

Y tan de su agrado es esta convivencia con el hombre, este vivir y comunicarse con El, que no ha querido alejarse de nosotros y se ha quedado en la Eucaristía, donde le hallamos siempre que queramos, dispuesto a derramar sobre nosotros los tesoros de su Redención amorosa, El mismo nuestro Redentor para transformarnos en El.

Para no sentir gozo inefable ante amor semejante del Rey de Cielos y Tierra, del Omnipotente y Omnisciente, Amabilísimo, Riquísimo y Misericordiosísimo Señor; se necesitaría tener un corazón muy bajo, muy ruin, que sólo se ame a sí mismo para su ruina.

Y ese gozo inefable es dicha, es soberana alegría.

Si nos remontamos a los días de la vida pública de Jesús, nos sentimos encantados y gozosos, oyendo y viendo al Redentor afanarse por enseñarnos una doctrina sublime y santa con la mayor sencillez. Nos arrebatará su ley de amor y nos maravillará su caridad con las almas pecadoras. El Redentor es nuestro Maestro: para esto bajó del Cielo, para enseñarnos. Su enseñanza es regeneradora de la inteligencia, suavísimamente reguladora de nuestra voluntad, ennoblecedora de nuestro corazón, en el que engendra nobilísimos sentimientos y amores divinos.

Divino Maestro, sois nuestra alegría.

Como el amor se prueba con el sacrificio, pensemos y meditemos cuanto ha costado a Cristo el redimirnos, cuanto caro ha comprado los tesoros de nuestra Redención.

Con las más bajas humillaciones nos ha encumbrado; con los dolores corporales nos infunde la santa pureza y nos hace amable la mortificación; con las aflicciones del alma nos consuela y acaba con las nuestras; con el dolor de contrición que vivamente le atormentaba enciende en nosotros este dolor por nuestras caídas; con el derramamiento de su sangre nos lava; con su muerte nos vivifica. Objeto de las maldiciones de los hombres a los cuales redime acusado de todos los delitos, condenado por todos los tribunales, nos enseña a no dar valor a los juicios de los hombres y a sufrir las contrariedades de la tierra. Así como resucitado merece nuestra resurrección, la espiritual con el arrepentimiento y el perdón; y la corporal para cuando suene la última hora para la humana familia. (1)

¡Cuanto ha costado la Redención al Hijo del hombre que es a la vez el Hijo de Dios! ¡Cuanto padecer para proporcionarnos la alegría que perdimos en el Paraíso! ¡Qué fecundidad la del divino Amor!

Alegrémonos, viéndonos tan amados de nuestro Redentor. Alegrémonos al participar de los saludables efectos de la Redención. Y nunca olvidemos que es la más garrafal de las tonterías el afirmar que la Religión es triste y que viven una vida melancólica las personas piadosas.

Donde no hay Fe, o donde reina la ignorancia, o donde la Fe no es práctica por falta de obras buenas; donde la Fe no se cultiva, ni se nutre con la piedad; es imposible el contentamiento, ni puede haber más que la pseudoalegría mundana, que no es alegría, sino vanidad y aflicción de espíritu.

El católico sincero, el católico práctico, el católico integral, recordando la Redención de Cristo respira alegría en medio de los mayores trabajos de la vida.

En verdad, en verdad, la Redención es causa de nuestra alegría.

(1) Véase nuestro libro *Cristo Víctima*, que está rematando su impresión en Sevilla.

CAPITULO XXV

La alegría de la justificación

1.—La justificación es consecuencia de la Redención; como somos redimidos, somos también justificados. Pero para lo uno y para lo otro, para que participemos de la Redención y seamos justificados, es necesario nuestro querer, nuestra cooperación. El que nos ha creado sin nosotros, ni nos justifica, ni nos salva sin nosotros: es sentencia de San Agustín.

Justificación es lo que forma y constituye al justo. Es la elevación al orden sobrenatural, con las virtudes teológicas, fe, esperanza y caridad, sin dejar atrás las virtudes morales, todas sobrenaturalizadas también: es la unión con Dios, mediante la gracia y la participación de la vida divina.

El justo está adornado de todas las virtudes y por esto, da a cada uno lo que le pertenece, a Dios lo que es de Dios y al prójimo y a sí mismo lo que les pertenece como criaturas que son de Dios. Más aún, el justo lo es principalmente por la caridad, y la caridad no es raquíca, ni se mueve sólo dentro de la órbita de la justicia; se extiende más allá, dándose, comunicándose por puro amor, sacrificándose por hacer bien a todos sin buscarse nunca a sí mismo.

El justo vive de la Fe, porque todo lo contempla desde este elevado punto de vista, y a la luz de esta virtud soberana que lo ilumina todo. El justo vive de la Fe, de una

Fe viva y fecunda que esplende en todas sus obras y en las intenciones que entrañan lo mismo subjetivas que objetivas.

La justificación hace al hombre amigo de Dios, hijo suyo muy amado, después de perfeccionar o al perfeccionar su naturaleza elevada y casi divinizada con las maravillas de la gracia.

¿Es esto motivo de triteza o de alegría? La perfección natural, más la sobrenatural, más el conjunto de todas las virtudes, más la amistad y filiación divina; no pueden menos de contentar, de satisfacer, de alegrar el corazón del justo; porque se reúnen en su persona todos los bienes de que es capaz nuestra naturaleza en la presente vida.

Mirando a su alrededor, nada hay que le turbe, nada que le espante, porque tiene paciencia, tolerancia, espíritu de sacrificio, junto con la humildad que le hace desprenderse a sí mismo y la caridad que le hace pensar, juzgar bien a los demás, dispuesto siempre a volver bien por mal. Nada le turba, nada le espanta, nada teme, siempre sereno y tranquilo, porque como ve a Dios en todo lo que sucede ve la mano sabia y bienhechora, la acción de su Padre celestial, que su Padre es, y nada permite que sea para su daño.

Si mira al cielo no ve más que motivos de consolaciones y alegría, porque allí está su Patria, su Padre, su dicha y su felicidad. Y sabe que Dios está contento con él, y que de El es infinitamente amado y muy regalado.

Mira a lo pasado y aún recordando sus pecados, sabe que con el dolor, la penitencia y absolución todo está perdonado y hasta olvidado por el Dios de las Misericordias.

Si mira a lo presente, entiende que a pesar de sus miserias y pecados no deliberados, ama a Dios y es amado de El, y está contento y satisfecho y alegre con la confianza en su divino Amado.

Si mira a lo porvenir confía en la gracia que no le dejará caer y mira a la muerte como el paso para unirse definitivamente con su Dios y gozar de su vida, de su gloria, de su bienaventuranza.

Nada hay que pueda nublar el sol de la alegría que envuelve y compenetra al justo. Esta reservada está al alma justificada.

3.—La justificación arranca de la Redención. Sin la Redención la justificación es imposible. Cristo Señor nuestro nos reconcilia con nuestro Padre celestial desde el ara.

de la Cruz. Satisface por nuestros pecados sobreabundantemente; con su sangre bendita nos rescata y nos compra, nos hace suyos, nos comunica sus méritos; y nosotros aceptando y haciendo nuestro el sacrificio del Redentor, quedamos a la vez redimidos y justificados.

Todas las gracias de la justificación las debemos a Cristo. El es el único Redentor, que nos restaura y levanta; el único Mediador por quien vienen a nosotros todas las gracias, dones y carismas del Cielo.

Luego la justificación es obra de Cristo. Causa y Manantial de todas las gracias; de El debe el hombre recibirlas.

El que no está justificado, bien por falta de Fe, bien por falta de virtudes y sobra de pecados, imperfecciones o vicios; no halla en sí mismo cosa que le agrade y pueda contentar sus aspiraciones, ni recibe consuelo de Dios, al cual desagrada, ni está seguro de las criaturas, ni le satisface el presente, ni goza con el pasado, ni vislumbra porvenir en que pueda descansar tranquilo. Nada le satisface, y si algún goce encuentra ni es completo, ni duradero; y al pasar deja en el alma un sedimento de hiel.

No está contenta su inteligencia, ni su voluntad, ni su corazón. Pesada es para el la presente vida, siente susto por el porvenir, amenazador el estado de ultratumba; porque nada hace que asegure su salvación. No hay paz para el impío, ni contento sólido, ni alegría serena y constante.

Y pues gracias y dones y mercedes inestimables son las que inundan al hombre justo, podemos y debemos afirmar que Cristo, autor de la justicia, es el que forma al justo.

El justo vive de la Fe y Cristo es la luz de la Fe. El justo lo es por la gracia, y toda la gracia nos viene de Cristo. El justo lo es porque, pecador por origen, se ha reconciliado con el Padre; pero quien le ha reconciliado es Cristo.

De donde se sigue que sin Cristo no hay justificación. El justo ha de ser hombre de Fe, cristiano de verdad, miembro de la Iglesia santa, perteneciendo por lo menos a su alma. La razón es porque el justo es un ser rescatado y reconciliado por Dios; y esto no es, ni puede ser sin Cristo, sin vivir la vida de Cristo, que es la vida de la Iglesia.

De donde se infiere que todos los goces de la justificación y sus excelencias se deben a la Redención; y así los motivos de alegría de la Redención son los motivos de la alegría de la justificación.

4.—Un alma justificada es un alma transformada. Li-

bre de pecado, ordenada en su sér, llena de gracia y santidad; vive tranquila del todo: es otro Cristo. Por el contrario, el pecador es un sér desgraciado, que vive en el desorden, afeado por la culpa, sin que por sí mismo pueda salir de su horrible y espantosa situación. Es que el justo lleva luminosa la señal del Redentor; y el pecador lleva el signo del ángel caído. Transformar al pecador, haciéndole justo y santo es obra que requiere la omnipotencia del Excelso.

Esta transformación, que la siente el alma del justo, comunica alegría grande y hace dichoso su espíritu.

Prescindid de esta transformación y matais la alegría, porque huye de los hombres pecadores.

Dadme un hombre transformado así, un hombre justificado, un verdadero justo; y yo os daré un ser que jamás pierde la tranquilidad, que vive en la paz y goza de especial alegría.

No hay medio subjetivo más poderoso y eficaz de la verdadera alegría que la justificación.

El justo oye como palabra de Dios las siguientes exhortaciones a la alegría: "Alegraos y gozaos, justos, en el Señor y gloriaos en El todos los rectos de corazón; y deleitaos y regocijaos y complaceos en sus bienes infinitos." (Ps. 33, 32, 36).

La Santísima Virgen cantaba: "Alegróse mi espíritu en Dios mi Salvador."

San Pablo dice a los Filipenses: "Alegraos siempre en el Señor: otra vez os digo que os alegréis."

Otra vez el real Profeta: "Mi corazón y mi carne se alegraron en el Dios vivo. Mi alma se alegrará en el Señor y se gozará en Dios autor de su salud." (Ps. 83 y 34).

Por fin, la Iglesia en el oficio divino convida a todos: "Venid, alegrémonos en el Señor y cantemos cánticos de alabanzas a Dios nuestro Salvador."

El justo, pues, siente la alegría del vivir.

CAPITULO XXVI

La alegría por la glorificación

1.—La esperanza es el único bien que no perdió el hombre, después del pecado. Así lo entendieron hasta los paganos. Nosotros lo sabemos por la Fe y la cotidiana experiencia.

La Fe nos enseña que con el pecado de Adán y Eva lo perdimos todo, menos la esperanza en el Redentor prometido.

La experiencia nos enseña que la tierra es una mansión de dolor, de lágrimas, de sinsabores; sólo gozamos con la esperanza de librarnos del mal presente y que de momento nos aqueja; y el cristiano goza con la esperanza de que terminen todos los males con la gloria del cielo.

¡Oh! sí, mil veces sí; la esperanza del cielo es lo que más consuela, lo que más fortalece, la que nos da resignación y hasta dulcísima alegría, cualesquiera sean las penalidades que soportemos.

Sin la esperanza del cielo, esta vida sería una horrible desesperación. Con la vista fija en el cielo, sufrimos apacibles, nos alegramos con una alegría, razonable, bien fundamentada.

2.—Para el infeliz que no espera la eternidad bienaventurada, no hay más que penar sin compensación, sufrir sin consuelo, vivir desesperado.

¡Qué cosa tan triste, amarga, desoladora el pensar que la muerte es el término total y absoluto de nuestra existencia! ¿Para qué hemos nacido? ¿Para trabajar, padecer, rabiar y morir? Es un concepto de la vida desesperante; sin ideal, sin objetivo, sin porvenir, sin esperanza.

Para el católico la vida es un don de Dios, verdadera peregrinación por la cual somos viajeros que caminamos a la eternidad; sirviéndonos todo para llegar a nuestro término, a nuestro destino.

El pensamiento del cielo nos anima: los sufrimientos son peldaños de la escala de Jacob que nos conduce a un descanso felicísimo.

Lo que para el incrédulo es un mal irremediable e insupportable, para el católico es algo pasajero, mudable, que le purifica y le limpia y dispone para la eternidad dichosa.

Lo que para el materialista es desesperación, para el católico es dulcísima esperanza.

Para el materialista su fin es la nada. Para el católico su fin es el cielo.

La nada es la más triste desilusión; el cielo es la alegría en este mundo.

3.—La esperanza del cielo es una esperanza cierta, firme que en realidad depende de nosotros, pues no falta nunca el auxilio de la gracia, si hay en nosotros buena voluntad.

Fúndase esta firmeza en la palabra de Dios, en su providencia admirable, en su justicia rectísima, en su misericordia sin límites. Dios lo ha prometido y no falta.

Sólo podría ocurrir la duda, fundada en la versatilidad de nuestro apetito racional; pero mediante la oración, los Sacramentos y obras de piedad, conseguimos gracia que refuerza y afirma la voluntad en el bien; y aún, dada nuestra flaquezas, miserias y pecados, acude el Señor con su infinita misericordia, ansioso de perdonarnos y reconciliarse con nosotros, si encuentra dolor y arrepentimiento.

Siempre reina en el corazón del católico la paz y la alegría, porque sabe que con la gracia de Dios se salva, queriendo el.

El cielo nos sonríe, nos alienta, nos consuela y nos alegra.

Vamos al cielo, dice el alma cristiana, vamos al cielo; lo de acá nada es, nada vale y en realidad no tiene más valor que el de abrirnos u obstaculizarnos la entrada en el Reino celestial. Lo que nos ayuda es un gran bien, aunque sea doloroso y amargo; lo que nos retrae es un gran mal, aunque resulte placentero, hermoseado con los espejismos del mundo. Hay, pues, placeres que matan la alegría, porque borran la esperanza del cielo. Y hay dolores, penas

y trabajos, que nos causan alegría, porque nos ayudan, despreciando lo de acá, a acrecentar la confianza de alcanzar la corona inmortal; lo baladí y pasajero de todo lo de acá, próspero y adverso, nos abre el apetito de bienes de un valor imponderable, siempre firmes y permanentes y siempre nuestros.

El cielo esperado, el cielo suspirado, el cielo trabajado por nosotros acá en la tierra es nuestra alegría, lo mismo en los momentos plácidos de la vida que en los tormentosos y adversos. Siempre su pensamiento nos regocija, siempre nos alegra.

4.-¿Qué es el cielo? Es, como vulgarmente se dice, el conjunto de todos los bienes sin mezcla de mal alguno. Según este vulgar concepto del cielo, que es ciertísimo, aunque un poquitín vago, pensar en el cielo, es pensar en la posesión de todos los bienes, de todos absolutamente; y por lo mismo, el más completo alejamiento de todos los males. El fin de todos los males físicos, intelectuales y morales y el goce inacabable de todos los bienes por parte de la inteligencia, de la voluntad, de la memoria, de la imaginación y de la sensibilidad; no puede menos de alegrar al ánimo más triste, de endulzar la vida más amarga, de ser gratísimo bálsamo para curar y cicatrizar todas las heridas causadas por las contingencias adversas de la presente vida.

Explicuemos algo más lo que es el cielo. Dios es el soberano Bien, el bien de todas las cosas; nada hay bueno, ni hermoso, ni deleitable que de una manera superior no esté en Dios; como toda la luz y claridad diurna está en el Astro del día. Todo lo perfecto está en Dios, pues cualquier perfección en las criaturas es sólo un reflejo muy pálido de las divinas perfecciones. De donde resulta que poseyendo a Dios vemos y gustamos todo lo que es gustoso, deleitable, bueno, hermoso y perfecto. Eso es el cielo, ver cara a cara a la infinita majestad de Dios, saciarnos de todas sus perfecciones y grandezas, y poseerlo todo totalmente, en cuanto es posible por parte de la limitadísima criatura.

En el cielo se llena de Dios la inteligencia, la voluntad, el corazón, la memoria, la imaginación y hasta la sensibilidad; sin que haya en nosotros potencia o facultad que no esté llena hasta rebosar, de su Dios, de su Criador, de su Redentor.

Con lo cual el bienaventurado es felicísimo, no puede

aspirar a más, ni desear más, porque todo su ser está satisfechísimo, sin anhelo que no halle la perfecta posesión de lo anhelado.

Ni ojo humano, ni oído oyó la suprema dicha que en el cielo se goza, acompañado de todos los santos, los hombres de mayor saber y de más amor que han honrado a la tierra y al linaje humano.

Estar con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, vivir su misma vida y gozar de su misma felicidad eterna; esto es el cielo.

Por eso el pensamiento del cielo es la mayor alegría que podemos sentir en este mundo.

Seremos glorificados. Quedará nuestra naturaleza envuelta y compenetrada de una gloria de suyo infinita; sin frío, ni calor, sin hambre, ni sed, sin enfermedad, ni molestia; con plena seguridad de que no se ha de perder nunca ni menguar siquiera tamaña dicha; sin que nos canse ni fatigue, sin que nos harte ni fastidie; siempre viva, siempre nueva, siempre halagadora. Este es el cielo; así estará glorificada nuestra alma.

Su vida será amor, amor intensísimo, amor gratisimo, amor deleitoso, amor en que el alma se pierde, sin perderse, en el amor tiernísimo y sin límites de la divinidad.

No es posible decir ni dar a entender acá en la tierra lo que el cielo es; sería preciso que estuviéramos ya en él. Por esto en la presente vida la Fe es conocimiento sobrenatural del cielo; con esta esperanza nos alienta, nos fortalece, nos anima y nos alegra aún en medio de las mayores tribulaciones.

Cuanto más duros son los sufrimientos, tanto más nos cuanta y alegra el pensamiento del cielo.

Cuanto más cerrada es la tormenta y mas espesas las tinieblas, más se alegra el alma el pensar en el cielo, fin de todo mal y principio de todo bien eterno.

Todo lo de acá pasa, esta vida se esfuma, la muerte llega apresurada; pero trás de la muerte el cielo.

No está triste, jamás se entristece el alma cristiana. El cielo la espera y goza con la esperanza firme, con la gracia de Dios y su futura glorificación, que está muy cerca, al llegar.

La esperanza de nuestra glorificación alegra la vida cristiana.

CAPITULO XXVII

La alegría de la buena conciencia

1.—La alegría es algo íntimo que brota del corazón. No viene de fuera, pues lo exterior podrá sernos agradable y proporcionarnos un momento de placer; pero la alegría habitual se identifica con el alma y no hay cosa alguna que nos la pueda arrebatarse, como nada la puede dar.

Es algo muy íntimo, algo accidental ciertamente; pero procede del estado del alma y con ella se compenetra.

Consiste el error de muchos en esto, en buscar fuera de sí la alegría, olvidando, no dirigiendo, ni enmendando el estado del espíritu.

Si queremos gozar de una plácida y pura alegría, procuremos tener una conciencia recta, clara y sencilla, de la que, no siendo contrariada, no recibimos mordiscos que matan, sino aplausos que regocijan.

La conciencia es el dictamen práctico de la razón. Si sólo a la razón natural nos atenemos, tendremos una conciencia natural, expuesta a todas las variaciones y dudas y vacilaciones y errores de la razón humana. Para que sea el dictamen práctico de la razón, es menester que ésta esté en posesión de la verdad moral de un modo cierto.

Pero como la razón está enferma y fácilmente se derrumba en el error, y cuando no, titubea y vacila, el dictamen práctico de la conciencia será erróneo e incierto, alboreado apenas ó en tinieblas.

Por esto es preciso que la razón este iluminada y robustecida por la Fe, que pone en claro no sólo lo que debemos creer, sino también lo que debemos practicar, las leyes que tenemos que cumplir, la moral a que debemos ajustar nuestros actos.

Es la conciencia cristiana firme y cierta como la Fe, luciendo con resplandores de cielo, completamente segura de sus dictámenes.

La conciencia cristiana es pues el dictámen práctico de la razón iluminada, vigorizada y afirmada por la santa Fe.

2.—Pues bien, ajustar nuestra conducta a la ley natural y a la ley divina, esto es, a la ley cristiana, a la ley católica, porque es universal; esto es tener una conciencia recta, santa, firme y constante.

Por la Fe recibimos el Decálogo, que hemos de practicar; por la Fe los sacramentos que hemos de recibir y las leyes de la Iglesia que hemos de cumplir: esta es nuestra conciencia. Si obramos en conformidad con ella quedamos satisfechos, contentos y alegres; porque la conciencia nos testimonia que hemos obrado bien; y cierto, nada hay que más gusto nos dé que éste desapasionado, sereno y leal, aplauso de la conciencia.

Quien busca el aplauso de las gentes y se complace en la fama y buen nombre, nunca gozará de sólida satisfacción, ni tendrá una íntima alegría; porque está pendiente del pensar y del querer ajeno, de suyo mudable, engañoso a veces; porque no es raro que aplaudan lo malo y censuren lo bueno; sin que pongan ni quiten un quilate siquiera a la bondad o malicia de nuestras obras.

Somos nosotros los que hemos de formar nuestra conciencia no los demás; porque no se trata precisamente del dictámen práctico de la razón ajena, sino de la propia, entendida como hemos dicho arriba. La alegría que por esto podemos sentir no saldría de adentro afuera, sino de afuera a dentro; porque depende del gusto, apreciación o capricho de los demás, acerca de la bondad o malicia íntima de nuestras obras.

3.—Cuando impulsados por el interés, por la ambición, obramos contra nuestra conciencia, no cabe más que inquietud, desasosiego, intranquilidad, tristeza. Cuando el hombre sustituye la conciencia por el amor a los intereses materiales, no puede estar contento, porque nos muestra un corazón metalizado; ni goza de alegría, porque nunca

está satisfecho; ni vive en paz porque todo lo atropella siempre que del interés se trata. Cualquiera pérdida material le abate y amarga su vida. No puede estar contento ni goza de alegría.

Si en vez de conciencia pone la desatentada ambición, por ella se gobierna y tropieza con mil obstáculos y dificultades; se enreda en luchas innobles, y ve con frecuencia marchitas sus ilusiones; no halla fidelidad en los amigos; atropella la virtud, portándose sin delicadeza y acaba por fracasar. Si logra encumbrarse es objeto de bajas envidias y nunca está sin recelo, harto fundado de caer precipitado en la nada. ¿Cabe alegría en semejante sujeto?

Si es la pasión la que usurpa su lugar a la conciencia para dirigir la vida humana, ¿qué puede esperarse de una vida dominada por la pasión? La pasión en el hombre no hace una vida humana según la razón; sino una vida animalizada, diametralmente contraria a la naturaleza racional. En este caso cabrá el placer animal, turbado todavía por las centellitas de la razón que no pueden extinguirse; pero nunca la verdadera alegría que es racional.

De todas maneras y en todos estos casos obra el hombre con su conciencia, que ni se extingue, ni calla; y ella es la encargada de echar acíbar en los platos que se le antojan más sabrosos.

La alegría no puede existir sino como fruto maduro, sabroso y jugoso de una conciencia recta e ilustrada, de una conciencia católica que reine y domine pensamientos, palabras y obras.

4.—Cuando se posee una conciencia clara, recta y santa; y el hombre quiere que sea la norma de su vida y por nada del mundo, la contraria; entonces es el hombre moralmente perfecto y sabe violentarse dominando pasiones, intereses, respetos humanos y no se aparta una línea del cumplimiento del deber, por mucho que se compliquen las circunstancias de su vida, por muchos que sean los obstáculos con que tropieza; por grandes que resulten los sacrificios que el deber o la conciencia le exija. Es un hombre verdaderamente grande, que nunca engaña, con quien se puede contar siempre para el bien; es todo un carácter.

Y no por esto le vereis triste o apesadumbrado; porque ni su tranquilidad, ni su paz dependen de un feliz éxito, sino del cumplimiento de su deber. Tiene la alegría del deber cumplido, como ya vulgarmente se dice.

Nada le inquieta, nada le espanta; tiene su conciencia católica, con ella vive en perfecta armonía, siendo sus resultados obras y párticas conformes a la verdad y al derecho. Así su interior rebosa una perfecta alegría.

Obrar contra conciencia es ser un malvado. Obrar según conciencia es ser un hombre honrado, y dentro de la Iglesia católica es ser santo, porque la conciencia es siempre lógica, reflejo de la doctrina de la moral, de la voluntad de Dios; y marca el camino y llega a la meta de la santidad con la gracia de Dios que nunca le falta.

Una buena conciencia y el ajustar siempre a ella nuestra vida, es hacer la voluntad de Dios, es darle gusto siempre y en todo, es participar de su amistad, porque Dios es amigo de todas las almas justas; es gozar lo más que se puede gozar en la presente vida. Es tener una alegría que ni el mundano ni el pecador pueden comprender.

Conciencia viva, que es el vigor espiritual del hombre; mientras la conciencia atrofiada hace del hombre un ser sin conciencia, sin tener lo que al hombre caracteriza. Lo primero es la virtud, el orden, la paz y la alegría. La conciencia atrofiada es el hombre esclavo, de las pasiones, esclavo del vicio, un desgraciado que hace un desgraciado a los que le rodean y tratan.



CAPITULO XXVIII

El criterio católico y la alegría

1.—Gran cosa es tener un criterio único, universal con que podamos juzgar en verdad de todas o casi todas las cuestiones o problemas que hoy se discuten.

Este criterio existe: es el criterio católico. Ver y juzgar de todo desde el punto de vista de la Fe y de la moral católica es la aplicación del criterio católico.

Es una ventaja inmensa, porque es un criterio único, universal, verdadero y cierto.

Su aplicación es posible, porque la religión hoy ocupa todas las inteligencias, bien para amarla y seguirla, bien para aborrecerla y perseguirla. Diríase que es teológica esta generación, con una teología de derecho y otra al revés. Afirmándola o negándola, de religión todos hablan, a todos interesa; y siendo cierto que en el fondo de toda cuestión política hay siempre una cuestión religiosa; también se entrafña la cuestión religiosa en el fondo de toda cuestión científica, aún en las artísticas y literarias.

Sí, pues, en todo palpita la religión, puede y debe aplicarse a todo el criterio religioso.

El criterio religioso, que al fin es criterio católico, porque nadie se preocupa del Protestantismo, del Alcorán, del Budismo, etc. Cuando se impugna la religión, sólo se impugna la católica. Es que sólo a ella se la da importancia: es el testimonio y homenaje que le rinde a la fuerza la impiedad.

Procurar ver en todas las cuestiones y problemas que se agitan la conformidad o disconformidad con la Fe y la moral de la Iglesia y rechazar y condenar como erróneo y malo lo que no se conforma y aceptar como verdadero y bueno lo que se conforma con la doctrina y moral de la Iglesia: éste es el criterio católico y su práctica.

2.—Muy razonable es esto, porque es un criterio verdadero, el único infaliblemente verdadero, porque es el criterio de Dios.

Si nos apartamos de él y sustituimos la verdad cierta por la endeble opinión humana, que casi siempre nos engaña; es exponernos a errar y erramos la mayor parte de las veces en nuestros juicios y resoluciones. Con el criterio de la Iglesia acertamos siempre; si prescindimos de él andamos a tientas; si juzgamos las cosas contra este criterio, las juzgamos falsamente, no las vemos como son, sino como “nos parecen” y andamos dando tumbos con detrimento de nuestra integridad intelectual y moral.

Siempre acertamos empleándolo; siempre desacertamos si de él prescindimos y mas si de él disintimos.

No nos dejemos arrastrar por las sutilezas, ni por el ingenio ajeno, ni por la elocuencia ni por el sofisma. Y mientras los demás andan turbados e inquietos, cambiando de parecer, a cada rato, nosotros permanecemos tranquilos y firmes en nuestra conciencia, en paz y santa alegría, riéndonos de los infelices que son víctimas de sus propios errores o de los errores de sus semejantes, inquietos y desaseados como ellos.

Es motivo de satisfacción y alegría apoyarse en el criterio católico y rechazar otro cualquiera, que a él se oponga.

El criterio católico, aplicado a las ciencias, sólo excluye lo que positivamente se opone al dogma; sólo rechaza al naturalismo y al monismo, que son la negación de la ciencia, aún desde el punto de vista experimental y de observación, según el método propio de la ciencia. Se complace el criterio católico en todos los progresos, en todos los descubrimientos, en todos los adelantos de la ciencia.

El criterio católico, certero siempre, sólo rechaza lo falso, lo absurdo, lo que importa la degeneración o la muerte de la ciencia.

En literatura el criterio católico no discute ni juzga escuelas, ni formas literarias, que deja a las disputas de los literatos. Complaciéndose en la inspiración, en las imáge-

nes bellas, en la cultura y en la propiedad de los epítetos; sólo rechaza conceptos contra el Dogma o la Moral u otros que se propongan matar la Fe en las inteligencias y la pureza de los corazones y en las costumbres. Lo falso, lo erróneo, lo inmoral es lo que condena y rechaza en la literatura el criterio católico.

En el arte, cualquiera que sea, el criterio católico admira y aplaude la belleza, porque es reflejo de la Belleza infinita; y respeta y admira los ingenios y la inspiración de los artistas, porque dones son de Dios. Pero condena el sensualismo en el arte, el predominio de las formas que lleva al artista hasta las más vergonzosas desnudeces que excitan la concupiscencia, que revelan, tal vez, la habilidad en la ejecución, al artesano, no al genio, que es espiritual; es rendir culto a la fealdad, a la deformidad.

En fin el criterio católico sabe distinguir en todo lo verdadero de lo falso, lo bello de lo feo, lo moral de lo inmoral, el verdadero arte al servicio de la razón, del pseudoarte al servicio de las pasiones, del vicio y de la irreligión.

4.—El que todo lo ve y lo juzga desde el punto de vista católico está libre de las veleidades y cambios de opinión tan frecuentes en estos días, en que apenas hay convicciones. A cada cambio se ridiculiza la opinión o teoría anterior. Es cosa vieja, medioeval que es preciso rechazar. La última palabra del progreso y de la ciencia es lo que hoy vige y se impone. Todo esto parecerá ridículo, y lo es, pues la última palabra al dejar de ser impuesta por la moda, es desechada como un error vulgar. Y así no hay más que vacilaciones, dudas y un continuo cambio de ideas. De todo lo cual está libre el que permanece firme en el criterio católico. Todo cambia, pero el católico no cambia. Combatíó ayer el error de ayer contra el clamoreo de la indocta muchedumbre; y hoy le dicen que tenía razón ayer. Mañana avanzando siempre en la senda de las aberraciones se sublevarán contra el católico; pero otro día no tendrán más remedio que darle la razón. La verdad es siempre la misma, nunca varía.

En lo político el criterio católico no discute, ni se impone acerca de las formas de gobierno, más o menos monárquicas, o más o menos democráticas o republicanas, cosa ajena y fuera de la órbita del criterio católico. Esto no quiere decir que no sea de suma importancia la forma de régimen en cada pueblo o nación; sólo que la Revelación

guarda silencio sobre este particular. El criterio católico en política es el juicio que debe formarse acerca de las relaciones de la Iglesia y el Estado. Todo sistema político que rechaza y se subleva contra la sumisión del Estado, a Dios, a la Religión, a la Iglesia, en todo lo que a la Fe, a la Moral y al culto se refiere, lo condenó ayer, lo condena hoy, lo condenará mañana.

Y no se engaña nunca, y permanece siempre el mismo, cualesquiera que sean las formas en que el error, el ateísmo del Estado, se envuelva. Y así ni se engaña, ni puede ser engañado.

Con este criterio ve claro que sin la sumisión del Estado a la Iglesia el pueblo tiene que sufrir duramente y que dentro de él no cabe el orden moral ni autoridad, no el bien común, sino egoísmo, individualismo, imposición forzosa, capricho y tiranía.

Es de gran consuelo y de santa alegría el ver con suma claridad, en medio de densas tinieblas, como permanece firme frente a tantas mudanzas, como es verdaderamente discreto entre tantos locos.

En este vaivén de cosas y opinones, en este tráfigo de absurdos, ridiculeces y catástrofes, es motivo de gran alegría, de purísimo gozo, el verse el católico poseedor de la verdad y como son rectos y acertados sus pensamientos y juicios.

Cuando la alegría huye del mundo, resulta todavía que está en favor de los que todo lo ven y juzgan con el criterio católico.



CAPITULO XXIX

La mortificación y la alegría

1.—Hay en la Religión algo que espanta a los mundanos, algo que, según ellos, debe matar toda alegría, por su constante contradicción con la naturaleza.

Ese algo es la mortificación y la renuncia de nuestra voluntad.

No poder hacer jamás lo que queremos, contrariar siempre la voluntad, en vez de buscar placer, busca dolor; la mortificación, es algo, afirman, contra la naturaleza, que de manera alguna nos puede alegrar y complacer; antes nos entristece sobremanera y nos sume en un abismo de melancolía y amargura.

Y como quiera que esto es la Religión, y Cristo lo impone, no podéis sostener que la Religión sea consolación y alegría.

2.—Desde luego en contra de lo dicho, a cualquiera se le ocurre esta reflexión: si Cristo lo impone no puede ser que amargue nuestra vida, porque Cristo no quiere nuestro mal; ni puede mandar algo contra la naturaleza el que es su Autor; es imposible que Cristo nos haya impuesto una perpetua melancolía. Luego aún con la mortificación y la renuncia de la propia voluntad cabe alegría.

Esta reflexión está comprobada por la experiencia. Los santos que han sido los hombres más abnegados han derrochado, de ordinario, la alegría, haciendo partícipes a los demás del gozo y satisfacción que rebosan sus almas.

También es lección de la experiencia que según sean los grados de mortificación y abnegación, así son también los grados de alegría que se disfrutan.

3.—Lo primero que hay que notar es que ni las mortificaciones, ni la negación propia va contra la naturaleza, sino contra los abusos o desviaciones o defectos de la naturaleza.

En un célebre discurso profusamente propagado en Francia, dijo un ministro sectario, para fundamentar la expulsión de las órdenes religiosas, que los tres votos, alma de las mismas, son contrarios a la naturaleza. Un absurdo frente a una verdad evidente.

Los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, son algo superior a la naturaleza humana, algo que la eleva, perfecciona y sublima. Ordinariamente se llama naturaleza a las inclinaciones al mal, a las tres funestas concupiscencias que nos abofetean, esclavizan y envilecen. No, mil veces no; no es la naturaleza, es la corrupción de la misma, es el triste legado del pecado original.

Pues bien, la mortificación y la abnegación propia que Cristo nos recomienda sólo ataca, corrige y vence o domina las tres concupiscencias, devolviendo a la naturaleza su primitiva perfección, su nitidez, su hermosura. Y es evidente que no puede gozar de alegría la naturaleza cuando se satisfacen sus exigencias desordenadas, cuando se complace a las tres concupiscencias, cuando no permitimos que nos dominen, cuando las sujetamos, abatimos y apagamos sus fuegos.

Esta es la obra de la mortificación.

¿Qué es la mortificación de la carne? ¿No es debilitar al más grande enemigo que tenemos, que tiende a embrutecer nuestro ser de hombres, a cautivar el espíritu y la razón, para que nos rebajemos hasta ser inferiores a los brutos? Cómo se combate una enfermedad y se quiere rebajar la temperatura y la inflamación empleamos medicamentos que desagradan a la carne, amargos como el acibar y desagradables como la hiel; y en ciertos casos el cirujano tiene que valerse del bisturí para abrir, sajar y cortar, a fin de que recobremos la normalidad y vuelva la plena salud; así también nuestra naturaleza enferma reclama medicinas que quiten la inflamación, que rebajen la fiebre loca; y si es preciso se corta, se raja con el bisturí de la mortificación para que sane la naturaleza y se man-

tenga dentro del orden y goce del vigor espiritual, racional, que es su propio ser y sanidad.

La mortificación quita excesos, corta tumores, equilibra la naturaleza y nos proporciona la paz con el vencimiento del enemigo.

Y así ordenada la naturaleza se siente dichosa y feliz; está contenta y alegre con la alegría interior, que nadie puede arrebatár.

5.—Si suprimimos de un golpe la mortificación, ¿qué pasa? El hombre se deja llevar de todos los apetitos espirituales y carnales, busca gozar haciendo lo que se le antoja, lo que le place, y está siempre inquieto porque no consigue frecuentemente lo que desea; y si lo consigue se cansa, se aburre, se fastidia.

Sin mortificación el hombre trata siempre de imponerse a los demás, y no consiguiéndolo se altera y sufre. Mil veces se siente contrariado en lo que ve, en lo que oye, en lo que los demás hacen y en lo que sucede; y teniendo por norma única hacer su voluntad y su gusto, siempre está mortificado, malhumorado y triste.

Es una verdad experimental: el que voluntariamente no se mortifique, es mortificado por los acontecimientos o las personas. La mortificación se impone, o la voluntadria o la forzada. Con la voluntaria el hombre goza; con la involuntaria el hombre sufre. El que no se hace violencia debe aguantar de mala gana que le violenten los demás. Nadie existe que pueda hacer siempre y en todo su voluntad. El que tiene a gloria sacrificar su voluntad a la voluntad ajena, siempre está contento, porque siempre hace lo que quiere. De ahí su constante alegría.

Esto se verifica principalmente cuando mortificamos nuestra voluntad, rindiéndonos por completo a la voluntad de Dios. Nada más razonable que la criatura se someta a su Criador, y criatura es nuestra voluntad de la voluntad criadora de Dios.

Esto que es el orden, es también el principio de bienestar y alegría, tanto más completa ésta cuanto más completa es la sumisión de nuestra voluntad a la divina.

No querer más que lo que quiere Dios, dulce o amargo, grato o doloroso; y ver la voluntad de Dios en cuanto sucede, porque ella lo gobierna todo; es la suprema dicha posible en la tierra y la suprema dicha en absoluto en la

eternidad. Que se haga, Señor, tu voluntad en la tierra como se hace en el Cielo.

Nuestra voluntad no es firme ni constante, sino voluble y tornadiza; ni es siempre buena, antes se inclina fácilmente al mal; ni acierta en su querer con lo que nos conviene, sino que resulta a veces perjudicial lo que queremos; y no es raro que tenga caprichos, que aspire a realizar con daño propio y ageno.

Tal es nuestra voluntad; que no puede ser principio de alegría el andar suelto, sin reconocer Señor, ni rendirse jamás. Pero el que mira la voluntad de Dios, acierta siempre queriendo lo bueno, lo útil, lo beneficioso; porque tal es la voluntad divina, recta, santa, sabia, amante, que sólo nuestro bien quiere y procura.

No está la alegría en la voluntad rebelde, sino en la voluntad rendida; porque la voluntad rebelde es contraria a la verdad, al bien, a la autoridad, a Dios. ¿De dónde le vendría esta alegría cuando no tiene más que motivos de tristeza y desesperación?

La religión siempre es el eco de la razón recta, madre cariñosa del hombre viador; cuando le impone la mortificación, el rendimiento a la voluntad divina de nuestra pobre, limitada y mal inclinada voluntad, no hace más que ordenar y perfeccionar nuestra naturaleza.

No es, pues, triste la Religión, sino la causa eficaz de la verdadera alegría del alma.



CAPITULO XXX

El mundo y la alegría

1.—Bienaventurados los ricos, porque de ellos es el reino de este mundo. Todas las puertas se les abren y todas las conciencias se les rinden y satisfacen todos sus deseos: son o parecen felices.

Bienaventurados los pobres, que saben sostenerse y se imponen a los adversarios y conservan su carácter, su dignidad, utilizando todos los recursos de la ira, vengándose de los que les dominan, le abaten y perjudican.

Bienaventurados los que viven y gozan y triunfan porque de ellos es la vida.

Bienaventurados los que se apartan de los pobres, de los enfermos, de los necesitados; porque se libran de compartir sus penas y trabajos.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de gloria y poderío e influencia y demás grandezas humanas y laboran para alcanzarlas; pues que esto es lo que constituye el ideal del vivir.

Bienaventurados los que pueden satisfacer sus pasiones, lleno el corazón de placer, porque ellos se regodean, gozan y triunfan, olvidados de Dios, que les es grande estorbo.

Bienaventurados los que aman la paz y el orden que les permite vivir a gusto, libres de huelgas y discordias, motines y exigencias absurdas, y no sienten perturbada su digestión y disfrutan del reino de la tierra, importándoles nada el orden moral y la Religión.

Bienaventurados los que saben huir las persecuciones, sacrificando la verdad, la justicia y la virtud a la conservación de los intereses y de sus comodidades, porque así les resulta plácida y tranquila la vida presente.

Tal es el gusto y satisfacción y alegría que promete el mundo a los que olvidados de Dios se atienen a sus máximas. Pero, ¿da el mundo a los suyos lo que promete? ¿Consiguen verdadero goce y alegría, los que practican estas máximas? ¿Son estas verdaderas bienaventuranzas?

2.—Cuanto propone y promete el mundo es un desorden y el triunfo del egoísmo, la muerte de la justicia y de la caridad; es la revolución, por la cual las pasiones se sobrepone a la razón, la carne al espíritu, el vicio a la virtud, el mal al bien. Con este desorden es imposible el sosiego, la paz interior, una suave y apacible alegría.

Si todos siguen estas máximas del mundo, no será posible la vida; todos lucharían contra cada uno y cada uno contra todos.

La vida social no puede alimentarse de egoísmos, que la alteran, perturban y destruyen; sino de sacrificios personales, de la mortificación de los apetitos, de la aportación de intereses a la comunidad, al bien común. Pero para esto no sirven; antes lo contradicen y niegan las bienaventuranzas del mundo.

Y como del estado social todos participamos y es más sensible la participación cuando todo está alterado y peligran los intereses y no hay seguridad personal y se vive en una perpetua agitación en manos de malhechores, de hombres sin Dios, sin conciencia; dicho se está que no cabe ni el más leve rayo de alegría individual sino malestar, tristezas y hondas angustias sociales, que afectan a cada individuo y a todos.

Tal es el fruto de las bienaventuranzas del mundo: la muerte de toda alegría. Ni gozan los ricos, ávidos de riquezas, porque no todo, gracias a Dios, puede comprarse con el vil metal; ni gozan satisfechos de los bienes que con el oro adquieren, ni se libran de odios y envidias y malas voluntades, ni de dolores y enfermedades que les llevan necesariamente a la muerte. Y como la alegría que pueden a ratos sentir viene de fuera, de fuera viene también su eclipse o negación.

No tienen alegría los bienaventurados del mundo. Menos gozan de ella los que reemplazan la mansedumbre con

la ira, el odio y la venganza, elementos incompatibles con la sana alegría interior.

Ni dan alegría las fiestas, espectáculos, bailes, saraos, tertulias, que es la risa del mundo, las más de las veces fingida, que se convierte en lágrimas, las más amargas, como la hiel o el acibar. Ni la falta de misericordia, que retrae de hacer el bien y huir de los pobres y de los enfermos; precisamente lo contrario es lo que alegra el corazón, compasivo y misericordioso. Ni las injusticias, ni la sensualidad, ni la falsa paz, que es la derrota del bien y el triunfo del mal puede producir este sentimiento tan apetecible y que hace soportable la vida presente, que se llama alegría.

Quien sigue al mundo no repara en medios, para conseguir sus fines, que nunca son santos; ni padecerá de escrúpulos para obrar de mala fe, faltar a su palabra, apoderarse de lo ajeno, siempre que pueda hacerlo, sin verse cogidos en las mallas del código penal. Confundirá la soberbia con la dignidad, tratará con desprecio a los inferiores; les aplastará si se defienden, o los explotará sin compasión; o se vengará de los ricos y poderosos siempre que pueda; y no habrá más moralidad para él que su conveniencia, su interés, su comodidad o regalo.

Tiene el mundo sus bienaventuranzas; pero estas son la causa de todos los desastres del género humano. Todas las desgracias provienen de este manantial infeccionado, cuyas aguas envenenan y matan.

Es porque el mundo, dominado por el maligno, es el conjunto de las tres concupiscencias, más o menos halagadoras, que atormentan y corrompen a la desdichada familia humana.

En el Edén terrenal no hubo mundo, no hubo concupiscencia y reinaba la más dulce y agradable alegría. Pero se introdujo la serpiente, que es el espíritu que informa al mundo, y se dispó la alegría y principió esta triste carrera que emprendió Adán con su descendencia, donde abundan toda clase de penas y tribulaciones, dolores y enfermedades, que no terminan sino cuando termine este mundo.

Luego si buscabas alegría, hay que pedirla al Edén antes del pecado, antes que empiece la corriente mundana que la mata. Es Cristo quien nos devuelve los bienes del Edén dichoso y feliz, bienes de naturaleza y gracia naturales y sobrenaturales, con auxilios eficacísimos para

vencer y dominar pasiones y concupiscencias. Sólo en Cristo podemos recobrar, y no sin lucha, la alegría perdida por el linaje humano.

Conste pues que en las bienaventuranzas del mundo sólo se encierra el engaño, la ficción la mentira; cosas que naturalmente no pueden dar al individuo ni a la sociedad la santa alegría, que es el sonreír de la vida.

Sólo en las bienaventuranzas del divino Maestro la podemos seguramente encontrar.



CAPITULO XXXI

Las bienaventuranzas y la alegría

1.—Siendo enemigos mortales, Cristo y el Mundo, es muy natural y lógico que las bienaventuranzas de Cristo sean la negación y condenación de las mundanas.

Y como de éstas surge el malestar y la inquietud, la guerra y la tristeza, como hemos visto en el capítulo anterior; así de las de Cristo necesariamente tiene que surgir el orden, la paz y una alegría espléndida.

Estas son las bienaventuranzas de Cristo.

Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los Cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

2.—El mundo se ríe de esta doctrina y asegura que con ella sólo se criarán misántropos, hombres inútiles, incapaces de obras grandes por haber declarado guerra implacable al placer y a la alegría sin los cuales la vida es imposible. Si se tratara del placer conforme a razón, que corresponde al hombre y más al cristiano, sería verdad este último aserto; pero es completamente falso si se trata del placer sensual.

Ya vimos que en el mundo no hay verdadera alegría. Veamos ahora como ésta se encuentra en la práctica de las hermosas y sublimes bienaventuranzas de nuestro Señor Jesucristo.

3.—Bienaventurados los pobres de espíritus. ¿En qué consiste esta pobreza? ¿En carecer de todo? No, por más que el carecer de todo voluntariamente y libremente, sea la perfección de esta pobreza, a la que, no todos, sino poquitos están llamados. La verdad es que se puede ser pobre de espíritu, aún poseyendo grandes caudales.

¿En qué, pues, consiste esta bienaventurada pobreza de espíritu? Lo primero en saber y reconocer especulativa y prácticamente que los bienes que poseemos no son nuestros sino de Dios; que somos simples mayordomos, no señores, y que tenemos que dar estrecha cuenta al Amo, al Señor, al Propietario único, del uso que de los bienes hacemos. Verdad fundamental que sirviéndonos de norma en el disponer y gastar nuestros bienes nos induce a utilizarlos en gran provecho nuestro y de los demás.

En segundo lugar la pobreza de espíritu consiste en darnos cuenta de que los bienes que poseemos nos los ha dado Dios, por legítimas adquisiciones; pero no para nosotros, sino más bien para nuestros semejantes, practicando en su administración, no sólo lo que la justicia demanda, sino también las santas exigencias de la caridad.

De suerte que no los ha dado Dios para comodidad o regalo, o para fomentar la vanidad, el orgullo o la altanería, sino para que sus poseedores sean instrumentos de la Providencia en el gobierno del mundo, causas segundas, siempre sometidas a la Primera, sostén del orden, hasta de la vida de los demás proporcionándoles con generosidad y amor los medios necesarios o convenientes para conseguirlo. Esta es la misión de la riqueza; no el lujo, ni el regalo, ni el confort, ni cuanto pueda contribuir al disfrute del placer de los pudientes.

Conocer esta santa misión de la riqueza y no salir de ella por nada ni por nadie, teniendo el corazón despegado de todo, ésta es la pobreza de espíritu.

Necesariamente reclama el desasimiento, el despeggo del corazón, el mirar y poseer las riquezas, más como cosa ajena que propias, no desatarse si se menguan o se pierden y usarlas en el sentido explicado.

Desde luego este concepto de la riqueza excluye todos los afanes para acrecentarla, todos los temores de perderla; y en cambio proporciona la alegría de hacer bien a nuestros semejantes.

La pobreza de espíritu corta la raíz de todos los males, que es la avaricia desatentada; y lleva consigo los gustos y santos placeres que entrafía la caridad.

No es el mundo quien proporciona una vida placentera y alegre con la importancia que da el dinero; sino Cristo Señor Nuestro recomendando y mandando la pobreza de espíritu.

Los que son pobres de hecho, los desheredados de la fortuna pendientes del estipendio de su trabajo, si a la vez son pobres de espíritu viven contentos y alegres y felices, no ambicionando más que el pan nuestro de cada día, que agradecen a Dios. En los primeros años de mi juventud oí contar de un trabajador, que dedicado a su faena cantaba siempre alegre y regocijado. Un caballero que conocía lo poco que ganaba le preguntó porque estaba siempre contento y contestó que pudiendo vivir de su trabajo no deseaba más, porque así lo quería Dios. El caballero le suplicó que aceptara una cantidad que era un pequeño capital para que lo destinara a lo que quisiera, lo aceptó agradecido; pero continuando su trabajo dejó de cantar, preocupado con lo que podría hacer con aquel pequeño capital recibido. No dormía tranquilo y vivía desasosegado. Notado por el caballero, pensaba preguntarle la causa; pero no fué preciso porque el trabajador se le presentó rogándole que recibiera de nuevo el dinero que le había dado, porque le había robado la tranquilidad, la paz, el gusto y la alegría. Cuando se vió libre de ese dinero volvió a su canto ordinario, a dormir tranquilo y a vivir gozando de alegría.

4.—Viven igualmente alegres los que dominando la ira saben ser mansos y humildes de corazón, soportan callando los genios más violentos, saben ser tolerantes y sufridos:

y conservando la paz interior no hay cosa que les altere ni quite o disminuya su alegría; siendo a la vez la alegría de los que les rodean.

Alegres viven los que misericordiosos se desvelan por el bien de sus hermanos; pues nada alegra tanto como hacer bien a los demás.

Hasta en el llorar nuestros propios pecados halla motivos de alegría el alma penitente; y todos debemos ser penitentes puesto que todos hemos sido pecadores, porque estas lágrimas de dolor, mezcladas con la sangre de Cristo Redentor nuestro, borran todos los pecados. De igual manera cuando lloramos los pecados ajenos o por los tormentos o humillaciones de Cristo sentimos que son dulcísimas estas lágrimas, pues con ellas agradamos y complacemos al Señor.

Dichosos los que tiene hambre y sed de justicia porque es el hambre y sed del amor que a la justicia y a la santidad profesamos; y este amor puro y sincero grande gloria es.

Como lo es el vivir en paz con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos, porque esta paz es gozo que aumenta extraordinariamente, cuando nos afanamos en transmitir esta envidiable paz a nuestros hermanos.

De la limpieza de corazón, que es una buena conciencia, arranca como de su propia raíz la alegría interior, teniendo en cuenta que con estas almas se comunica el Señor y las hace gustar celestiales delicias.

¿Qué diremos de la octava bienaventuranza? Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia. Parece a primera vista que los perseguidos y castigados por amor a la justicia, la verdad y el derecho y la virtud debían sentirse consumidos por la tristeza, ya por la persecución misma, ya por no merecer por ello alabanza, honra y premio. Sin embargo, no es así: los que son perseguidos por seguir a Cristo se sienten honrados y gozosos; tómanlo como una gracia que deben a Jesús; y como San Pedro y San Juan, al salir de los tribunales azotados y vilipendiados gozaron en extremo por haber tenido la dicha de ser perseguidos y padecer por el nombre de Jesús.

Esto que se verifica en los Apóstoles, se verificó también en millares de mártires; y en todo verdadero católico si es encarcelado, desterrado, multado, condenado por la profesión de fe de Cristo.

¿Qué como puede ser esto? La experiencia demuestra que esto es así por la gracia de Dios y especial auxilio de nuestro Redentor.

Las bienaventuranzas de Cristo son fuente inagotable de alegría individual y de bienestar social. Son bienaventurados, esto es, felices, los que las practican.

En cambio las bienaventuranzas del mundo, prometiendo placer, dan amargura; brindando con la alegría, proporcionan malestar y tristeza al individuo y a la sociedad.

La alegría del vivir está indisolublemente vinculada en la vida cristiana.



EPÍLOGO

1.—Paréceme conveniente cerrar estas consideraciones encaminadas a deshacer la nociva preocupación de que la práctica de la Religión católica y de la piedad sólida e intensa es cosa muy triste, muy pesada, propia sólo de misántropos; con unas palabras de la “Imitación de Cristo”, libro de oro que habríamos de estar leyendo y meditando siempre por la clarísima ciencia de Dios que contiene, y por el conocimiento psicológico, el más exquisito.

Dice así en el capítulo VI, libro II:

“La gloria del hombre virtuoso es el buen testimonio que le da su conciencia. Ten pura la tuya y siempre estarás alegre.”

El que quiera estar siempre alegre tenga pura la conciencia. ¿No es esto lo que hemos demostrado en las páginas de este libro? ¿No es esto también lo que la conciencia nos enseña?

Continúa así el Santo, como dice el Padre Rodríguez:

“El hombre de buena conciencia puede sufrir mucho y estar contento en las adversidades; pero el que la tiene mala siempre está tímido y sin sosiego.—Si no te remuerde la conciencia gozarás de una quietud suavísima. No te alegres sino cuando hicieres algo bueno.”

Conciencia recta y hacer el bien esto es lo que da alegría, aún en medio de los sufrimientos de la vida. Pero se trata de la conciencia católica, religiosa y de hacer el bien por amor de Dios.

Para gustar de la verdadera alegría precisa ser un católico práctico.

Enseñada el propio Santo nos muestra el contraste:

“Jamás tienen los malos alegría verdadera, ni gozan de la paz del alma, porque no hay paz para el impío, dice el Señor.”

Nunca el impío e irreligioso pueden vivir en paz y alegres, ni vivir confiados. Escuchemos aún lo que dice el Kempis:

“Si ellos (los impíos) te dicen en paz estamos, no vendrán males sobre nosotros, ¿quién se ha de atrever a hacernos daño?—No los creas, porque repentinamente se levantará la ira de Dios y quedarán destruidas sus obras y perecerán sus pensamientos.”

No hay seguridad para el pecador, pues le perturban las criaturas, le envidian sus semejantes, le calumnian, le roban, le persiguen, y cae con frecuencia sobre él la ira del Altísimo, que desbarata sus planes mejor concertados, convierte en tormento sus mismas obras y siempre amarga su existencia, sin compensación ni consuelo.

Y si aprietan los dolores y trabajos al justo, contesta el Kempis:

“No es difícil al que ama poner su gloria y contento en los trabajos, porque gloriarse en ellos es gloriarse en la cruz de Jesucristo.”

Esto caracteriza al justo, el gloriarse y alegrarse con el padecer abrazado amorosamente a la cruz del Salvador.

“La gloria que se dan los hombres, unos a otros, pasa presto. La gloria del mundo siempre está mezclada de tristeza.”

“La gloria de los santos radica en su conciencia y no en el decir de las gentes.”

Lo que quiere el justo es la aprobación de Dios, porque somos tales como nos ve Dios, sin que el decir de los hombres pueda arrebatarnos la virtud, si la poseemos o dárnosla si carecemos de ella.

Por eso todo el afán del justo es agradar a Dios y su alegría proviene de entender que le agrada: este es su mayor gozo.

“El gozo (y la alegría) de los justos es de Dios, en Dios y en la verdad.”

“Cuando hagas el mismo caso de los aduladores que de los vituperadores, vivirás con mucha tranquilidad de corazón”, y no habrá cosa que pueda turbar la alegría de tu alma.

“Quien tiene la conciencia pura, fácilmente se contenta.” y halla motivos de contentamiento y alegría en todo.

El estado del hombre interior es andar en la presencia

de Dios, dentro de sí, y no tener apego a cosa alguna exterior.”

En esto consiste la alegría del vivir.

2.—Concluyamos afirmando que en manos del hombre está el alegrarse; más aún el vivir en un estado de perpetua alegría, haciendo siempre la voluntad de Dios, no apartándose un punto de la línea del deber, practicándolo todo con la mirada fija en el cielo, contemplando cara a cara y con valor la muerte, que no es más que el fin de los trabajos, el término de las tentaciones y la puerta de la eternidad feliz.

Querer a Dios, como debe ser amado el Bien sumo y tratar de agradarle en todo cuanto hiciéremos, viviendo unidos a El con el pensamiento, con nuestra voluntad, con nuestro corazón, con todo nuestro ser.

Amar y hacerlo todo por amor, esta es la verdadera alegría.

La conciencia recta en la presencia de Dios, esto es la paz y la gloria y la alegría.

Ser católico práctico, esto es todo, ésta es la verdadera alegría.

Fuera de esto sólo hay tristeza, malestar, desasosiego.

3.—Deben ocupar un lugar en este epílogo las siguientes elocuentísimas palabras del inmortal Mella:

“En el fondo de los placeres materiales se encuentra siempre el dolor del alma; en el fondo del dolor aceptado con resignación cristiana encuentra la alegría el corazón. Y es que las risas que producen llanto son falaces velos del mal, y las tribulaciones que engendran dichas en el alma, son ocultos canales del bien.”

“Divina es una religión que sabe convertir las lágrimas en sonrisas y las pesadumbres en venturas, que sólo Dios puede ser Rey absoluto del corazón humano.”

“En el frontispicio de un templo se había trazado esta sentencia: El placer de morir sin pena vale la pena de vivir sin placer.”

Estos pensamientos vienen a corroborar el pensamiento nuestro dominante en estas páginas.

Aquí está bien marcado y resuelto en que consiste la alegría del vivir.

INDICE DE CAPITULOS

	Pág.
Introducción	5
I.—Dios nos quiere alegres.....	7
II.—¿En qué consiste la verdadera alegría?...	11
III.—El amor a Dios y la alegría.....	16
IV.—La alegría de la fé.....	21
V.—La esperanza y la alegría.....	25
VI.—La alegría y la piedad.....	28
VII.—La alegría en la familia.....	31
VIII.—El amor al prójimo y la alegría.....	35
IX.—La alegría y la pureza.....	39
X.—La alegría y la lengua.....	44
XI.—La abnegación y la alegría.....	48
XII.—La alegría en los males de la vida.....	52
XIII.—El Cristianismo y la alegría.....	57
XIV.—La alegría del católico.....	60
XV.—La alegría de la penitencia.....	64
XVI.—La Eucaristía y la alegría.....	68
XVII.—María causa de nuestra alegría.....	72
XVIII.—La alegría en la unión con Dios.....	76
XIX.—La alegría y la caridad.....	80
XX.—La alegría en la muerte.....	84
XXI.—La alegría y la Iglesia.....	88
XXII.—Cristo y la alegría.....	93
XXIII.—La alegría y la creación.....	97
XXIV.—La alegría en la Redención.....	102
XXV.—La alegría de la justificación.....	106
XXVI.—La alegría por la glorificación.....	110
XXVII.—La alegría de la buena conciencia.....	114
XXVIII.—El criterio católico y la alegría.....	188
XXIX.—La mortificación y la alegría.....	122
XXX.—El mundo y la alegría.....	126
XXXI.—Las bienaventuranzas de Cristo y la alegría	130
Epílogo.....	135
Licencia del Ordinario.	

Nihil obstat

Dr. Celestino González.

Canónigo Penitenciario, Censor.

Imprimatur

Las Palmas, 26 de Julio de 1933

† Miguel, Obispo de Canarias

ESTE LIBRO ACABOSE DE IMPRIMIR EN LA
"EDITORIAL CANARIA, S. A." - AVENIDA
DE GALÁN Y GARCÍA HERNÁNDEZ
LAS PALMAS (GRAN CANARIA),
LA VÍSPERA DEL DÍA DE LA
ASUNCIÓN DE N. SEÑORA,
EL AÑO MCMXXXIII

